AMBER KING



Mi futbolista IMPOSIBLE

Mi futbolista imposible

Amber King

1ª edición febrero 2025

Copyright © Amber King

Sobre la cubierta: Foto de Depositphotos

Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Mis otras novelas
Futuras publicaciones

Capítulo 1

Ava

Nunca es tarde para hacer locuras.

Y si no lo crees, mírame a mí, que a mis 24 años he hecho la mayor locura de toda mi vida: le he escrito una carta de amor al chico que me gusta. Una carta donde no solo le he confesado mis sentimientos, sino que también le he llenado los oídos con lo guapo e increíble que es, y, para colmo, he incluido las fantasías sexuales que tengo con él.

Aunque en mi defensa diré que la culpa no ha sido solo mía. El alcohol que corría por mis venas ha tenido mucho que ver. Además, la sonrisa de ensueño de mi amor platónico sería capaz de nublarle el juicio a cualquiera.

Se trata de Scott Wilson, uno de los jugadores de los New England Patriots.

¿Y cómo he acabado colada por un futbolista profesional, te preguntarás?

Pues resulta que mis padres tienen una pequeña empresa de catering que, durante el último año, se ha encargado de proveer la comida a su centro de entrenamiento. Y yo he estado trabajando con ellos. Con lo cual, he tenido la posibilidad de moverme por el mismo espacio donde se mueve Scott e incluso de hablar con él.

Bueno, en realidad, solo hemos intercambiado unas cuantas palabras relacionadas con los menús que servimos y dudo que se haya fijado en mí. Pero, aun así, he podido ser testigo de su encantadora forma de ser.

Scott no solo es guapo, con sus cálidos ojos castaños y su dulce sonrisa, sino también amable e inteligente. Y lo mejor de todo es que no se le ha subido el éxito a la cabeza, como a otros deportistas de alto nivel.

Así que, ¿cómo no me iba a obsesionar con él? Por el amor de Dios, es perfecto.

Además, según he oído por ahí, vuelve a estar soltero y la culpa de la ruptura no ha sido suya, lo que le convierte en un espécimen masculino todavía más perfecto. Perfecto en todos los sentidos.

Ains.

Pero claro, él es Scott Wilson, una estrella en ascenso del fútbol. Alguien que probablemente esté acostumbrado a que todas las chicas le adoren. ¿Qué podría ver en una simple trabajadora de catering que apenas se atreve a mirarlo a los ojos?

Sea como sea, lo que está claro es que ni toda la perfección del mundo justifica que una servidora tenga que mandar su dignidad al garete por un hombre. Y eso es precisamente lo que va a pasar cuando Scott descubra la carta que le escribí por culpa de la borrachera. ¡Qué voy a

hacer un ridículo espantoso!

Es más, el chico va a pensar que estoy mal de la cabeza, que soy una arrastrada, una acosadora, o algo todavía peor, y entonces sí que me puedo olvidar de volver a hablar con él…

Por eso me estoy dirigiendo al centro de entrenamiento a pesar de que solo son las 6 de la mañana y mi turno de trabajo todavía no ha empezado. Para recuperar la maldita carta. Y, como es lógico, es vital que llegue al lugar de los hechos antes que Scott.

Estaciono el coche mientras los primeros rayos de sol empiezan a asomar por el horizonte y cruzo el aparcamiento a paso rápido. Varias imágenes del desfase de anoche me asaltan en el momento en que uso mi tarjeta para acceder por la puerta de personal:

Mi amiga Violet y yo brindando por nosotras en un bar de copas no muy lejos de aquí. Violet presionándome para que me armara de valor y le confesara mis sentimientos a Scott. Risas. Más alcohol. Mi mano escribiendo lo primero que se me pasaba por la cabeza en un papel. Y para acabar la noche a lo grande, yo colándome en este mismo edificio con mi confesión en mano, mientras mi amiga no dejaba de descojonarse.

Dios, ni siquiera recuerdo cómo conseguimos llegar a casa después. Lo único que tengo claro es quien de las dos está pagando las consecuencias: yo, por supuesto. Porque Violet sigue durmiendo tan tranquila en su cama mientras yo estoy aquí sufriendo. Y si al final no consigo enmendar mi error, la única afectada también seré yo.

Ese es el pensamiento que me acompaña mientras recorro un pasillo tras otro del centro de entrenamiento de los Patriots con el corazón acelerado. Ese, y el de las innumerables leyes que debo de estar infringiendo en este momento.

Joder… ¿Quién me mandaría ponerme a beber? El alcohol y yo no nos llevamos bien. Mejor dicho, no me conviene en absoluto. Pero ahora mismo no tengo tiempo de entrar en más detalles al respecto.

El vestuario de los Patriots me recibe con un ligero olor a desinfectante, así que asumo que los operarios de limpieza ya han hecho su trabajo. Solo espero que ya no se encuentren en las instalaciones.

Salvo la distancia que me separa de la zona donde los jugadores dejan su equipación, y me planto frente al compartimento de Scott. Sé que es el suyo porque está señalizado con su nombre, y la estampación de la camiseta que cuelga en el interior tampoco deja lugar a dudas.

Sin perder ni un segundo agarro el casco de fútbol que descansa sobre uno de los estantes y…

cuando lo levanto, frunzo el ceño a más no poder.

Porque la carta no se encuentra ahí.

¿Qué? ¿Pero dónde está?

A pesar de la borrachera recuerdo a la perfección haberla dejado justo debajo del casco. Sobre todo, porque estuve a punto de tirarlo al suelo en el proceso.

Todo mi sistema colapsa al instante y el corazón empieza a latirme de forma errática.

Mierda, no lo entiendo. ¿Dónde demonios ha ido a parar la carta? Debería estar justo aquí.

Me pongo a palpar el interior del estante de forma frenética y, como no tengo éxito, devuelvo el casco a su sitio y sigo buscando en el resto del compartimento. Luego examino el suelo a mis pies y tras dar una vuelta sobre mí misma intento pensar en lo que puede haber pasado.

A ver, Ava… piensa.

¿Y si alguien se ha adelantado y ha cogido la carta? Los jugadores todavía no han llegado, pero podría haber sido algún operario de la limpieza. O quizá me estoy montando películas y la culpa de todo sigue siendo solo mía.

Quiero decir, dejé la carta debajo de un casco, eso lo tengo claro. Pero teniendo en cuenta que no estaba en mis plenas facultades podría haberme confundido de taquilla.

Lo que significa que encontrarla no va a ser tan sencillo como creía en un principio.

Maldigo para mí misma y tras comprobar que todavía falta un rato para la llegada de los jugadores me centro en seguir buscando. Levanto el casco del compartimento contiguo, luego hago lo mismo con los sucesivos y cuando mi determinación comienza a desfallecer una fuerte voz masculina suena a mis espaldas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

El corazón se me sube a la garganta y me vuelvo en dirección al sonido.

A pocos metros de mí se encuentra Tyler Lewis, el idolatrado *quarterback* titular de los Patriots.

Y, para mi absoluta desgracia, me acaba de pillar con las manos en la masa.

Capítulo 2

Ava

«¿Qué estás haciendo aquí?»

Esas son las palabras que han salido de la boca de Tyler. Y, casualmente, me entran ganas de preguntarle lo mismo. Aunque sé que no estoy en mi derecho. Yo soy la que se encuentra en el lugar equivocado.

Además, por su piel sudorosa, es obvio que viene de realizar algún tipo de entrenamiento. Viste un conjunto deportivo que se ajusta a cada músculo de su cuerpo, desde sus brazos torneados hasta sus abdominales definidos, y aún lleva los AirPods en los oídos.

Mierda, debería haber tenido en cuenta que los deportistas de alto nivel buscan la excelencia y por ello entrenan muchas horas extras. Debería haber sido más precavida, debería…

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

Las palabras de Tyler me hacen pegar un respingo.

—¿Qué?

—Te acabo de preguntar qué estás haciendo aquí.

—Ah, sí, lo siento —musito de forma torpe mientras intento pensar en una excusa coherente bajo su mirada inquisitiva. A diferencia de Scott, Tyler tiene los ojos de un azul penetrante e intenso que no me inspira confianza alguna—. Esto, verás… Resulta que he llegado más temprano de lo habitual y, como todavía no había mucho que hacer en el comedor, pues…, ummm, he pensado que podía aprovechar para echar un vistazo por las instalaciones. —Esbozo una sonrisa nerviosa y carraspeo—. Trabajo en el servicio de catering, por si no lo sabías. Y, además, soy una gran admiradora vuestra.

Genial… Acabo de soltar la idiotez más grande del siglo, pero ¿qué otra cosa iba a decir? ¿Qué me he perdido y por eso he acabado aquí? Eso es todavía más difícil de creer.

Tyler se cruza de brazos y alza una ceja en mi dirección. Es entonces cuando me fijo en el tatuaje de su bíceps derecho. Tiene el lema «Never give up» grabado con letras grandes y claras. Un mensaje que no deja de parecerme un tanto irónico, teniendo en cuenta que su dueño encarna a la perfección el estereotipo de estrella deportiva.

Quiero decir, dudo que alguien con su aspecto, y la confianza que derrocha, haya enfrentado algún problema real en su vida que justifique un tatuaje así.

—Así que eres una gran admiradora nuestra… —repite mis palabras añadiendo una nota sarcástica—. Qué sorpresa.

—Sí…

—Aunque no tenía ni idea de que admirar incluyera inspeccionar nuestra equipación tan de cerca. —Baja la vista hacia mis manos y me percato de que todavía sigo sujetando uno de los cascos.

Una nueva oleada de vergüenza me invade, pero la aplaco con otra sonrisa.

—Oh, es que los cascos de esta temporada son tan bonitos que no he podido evitar coger uno para admirarlo más de cerca. Pero me he pasado de la raya, lo sé. No volverá a ocurrir. —Me doy la vuelta y me apresuro a dejar el casco en su sitio mientras Tyler sigue hablando a mis espaldas.

—Vale, pero ¿por qué me ha dado la impresión de que estabas buscando algo?

Inspiro con fuerza en un intento de armarme de paciencia y le encaro de nuevo.

¿Por qué no puede dejar estar el tema sin más? Bastante tengo ya con el hecho de que mi carta siga desaparecida.

—Pues no tengo ni idea, la verdad —respondo con toda la parsimonia de la que soy capaz —. ¿Qué podría buscar?

—No lo sé, tú sabrás. —Tyler se encoge de hombros y, tras dedicarme una sonrisa juguetona que no augura nada bueno, se pone a rebuscar en su bolsillo—. ¿Algo como esto tal vez?

Saca lo que parece un papel y, mientras lo desdobla, una certeza se instala en la boca de mi estómago. La certeza de que se trata de mi carta.

La desdobla en su totalidad y acto seguido extiende el brazo en mi dirección para que la vea bien.

Por un momento no puedo hacer otra cosa que parpadear completamente en shock. Ahí está mi caligrafía algo apelotonada sobre el inconfundible papel en color crema de mi agenda.

—¿Qué haces tú con esto? —consigo articular mientras doy un par de pasos hacia él con el fin de recuperar lo que es mío.

—Me lo he encontrado en mi compartimento —me responde apartando el brazo mientras retrocede para impedírmelo—. Debajo del casco para ser más exactos. ¿Lo has escrito tú verdad? Si no recuerdo mal tu nombre es Ava, Ava Green. Y al igual que la autora trabajas en el servicio de catering. Lo que no me esperaba es que el menú incluyera tanta devoción por Scott Wilson.

Mi boca se abre con desconcierto al mismo tiempo que mi rostro empieza a arder de vergüenza.

—¿Has leído lo que he escrito?

—Por supuesto que lo he leído. Estaba en mi taquilla ya te lo he dicho. Y tengo que decir que el contenido me ha resultado muy interesante. —Otra sonrisa maliciosa aparece en sus labios perfectamente esculpidos.

Una sonrisa que debe ser la perdición de muchas mujeres, estoy segura. Pero en mi caso solo tengo ganas de borrársela de un manotazo.

—Pues no deberías haberlo hecho, no iba dirigido a ti —le suelto.

—Lo sé, créeme. Has escrito el nombre de Scott al menos diez veces. —Lleva la vista hacia la carta y tuerce la boca con reprobación—. La verdad es que deberías evitar repetirte tanto. Y también mejorar tu caligrafía ya de paso.

—¿Qué? —Mi indignación aumenta a pasos agigantados. ¿Pero este quién se ha creído que es? Que sea un futbolista forrado de dinero no le da derecho a tratarme como si fuera tonta—. Como escriba o deje de escribir no es de tu incumbencia —espeto—. Y ahora devuélveme mi carta, por favor.

Estiro el brazo para arrebatársela, pero Tyler vuelve a ponerla fuera de mi alcance.

Luego la pliega y se la guarda de nuevo en el bolsillo.

—¿Para que la vuelvas a dejar en el sitio equivocado? —murmura mientras se aleja caminando y yo sigo sus pasos cada vez más descolocada. Como era de suponer, su taquilla está justo al lado de la de Scott—. Tranquila, que te haré un favor y yo mismo me encargaré de dársela a tu príncipe azul.

¿Qué?

—¡Ni se te ocurra! —Mi respuesta suena demasiado fuerte y por un momento dirijo una mirada asustada hacia la salida—. No es necesario que se la des, quiero decir.

—Ey, ¿qué pasa? ¿No te fías de mí, o qué? —Me dedica otra de sus sonrisas burlonas y deja de prestarme atención para sacar una botella de agua del interior de una bolsa de deporte. Una pista más que debería haber tomado en cuenta para determinar que no estaba sola en las instalaciones.

—No es eso —respondo, aunque Tyler lleva razón en lo de que no me resulta de fiar—. Es solo que… Yo…

Tyler bebe un par de sorbos al mismo tiempo que yo me devano los sesos en busca de una respuesta que no implique confesarle que todo ha sido un error por culpa del alcohol.

—Yo… Ummm…

—¿Tú qué? —murmura guardando la botella de nuevo. Y tras volverse hacia mí añade—: Venga que no tengo todo el día…

—Me equivoqué, ¿vale? Estaba borracha cuando me dio por escribir la maldita carta.

Una chispa de diversión aparece en sus ojos.

—Con que borracha, eh…

—Sí, por eso no necesito ayuda de ningún tipo. Solo que me devuelvas ya la carta, y te olvides de todo lo que acaba de pasar.

Levanto la mano y la coloco con la palma hacia arriba para enfatizar mis palabras. Tyler asiente con calma.

—Vale, pero ¿cómo se piden las cosas?

Dios… Tengo ganas de arrancarle la cabeza.

—Por favor —digo conteniendo la rabia.

Tyler se lleva una mano al bolsillo y saca mi carta por fin. Entonces me la tiende, pero en el último momento parece arrepentirse de su decisión y me la quita antes de que la alcance.

Noto algo en su mirada, algo que hace unos segundos no estaba ahí. Es como si de pronto una idea hubiera aterrizado en su cabeza y estuviese dándole vueltas, cosa que me sorprende porque debe tener el cerebro del tamaño de un cacahuete.

Resoplo con fuerza.

—Déjate de juegos y devuélveme ya la carta.

—¿Estás segura de que no necesitas mi ayuda? Porque estaba pensando que quizá podríamos hacernos un favor mutuo.

—Gracias, pero no me interesa. —Doy un paso y me pongo de puntillas mientras alargo el brazo, pero aun así me es imposible igualar la altura de Tyler. Debe rozar el 1,90 cuando en mi caso a duras penas llego al 1,60.

Maldita genética…

—¿Cómo lo sabes? —insiste Tyler—. Aún no has escuchado mi oferta.

Sigo intentando alcanzar la carta mientras él parece pasárselo en grande a mi costa, hasta que me paro en seco y suelto un suspiro de exasperación.

—Está bien. ¿De qué se trata?

Tyler esboza una sonrisa de triunfo.

—Pues verás… La idea es ayudarte a conquistar a tu príncipe, pero usando otra estrategia más efectiva que esta. —Sacude la carta en el aire y por un momento parpadeo desconcertada.

—¿A qué te refieres?

—Scott y yo jugamos en el mismo equipo, ¿recuerdas? Lo que se traduce en que lo conozco como si fuera de mi propia sangre y eso incluye sus gustos en materia de mujeres y demás. —Se cruza de brazos al mismo tiempo que me rodea mientras parece estudiarme con atención—. Sin duda creo que tienes posibilidades de ganar. Tienes las características físicas en las que suele fijarse Scott. Solo necesitamos potenciarlas al máximo y trabajar en tu personalidad para que se fije en ti.

Mi cara vuelve a arder a causa de la vergüenza que me provoca sentirme evaluada y no puedo evitar esbozar una sonrisa nerviosa.

—¿Necesitamos? ¿Te estás ofreciendo a ser mi profesor particular o algo así?

—Tú lo has dicho. Tu *coach* del amor…

Trago saliva y examino su rostro mientras intento asimilar sus palabras.

¿En serio Tyler me está proponiendo ayudarme con mi vida sentimental? Es surrealista.

—No lo entiendo —digo al fin, dando voz a mis pensamientos—. Quiero decir… ¿Qué ganas tú con todo esto? Estamos en plena temporada de fútbol. ¿No deberías centrarte en entrenar?

—Eso sería lo suyo, sí —concuerda conmigo—. Pero de nada servirá que yo me deje el culo entrenando si mis compañeros no rinden lo mismo. Y no sé si te habrás dado cuenta, pero últimamente el juego de Scott deja mucho que desear. Y todo por culpa de su ex. Desde que la chica lo dejó el pobre no ha levantado cabeza y no puede seguir así. Sobre todo, porque es una de las últimas incorporaciones del equipo y sigue en el punto de mira. Y sería una pena que un jugador tan valioso como él perdiera la oportunidad de su vida por un simple asunto de mal de amores, ¿no crees? —confiesa—. Por eso necesito tu ayuda. Es obvio que estás colada por él y no hay mejor manera de aumentar su confianza que haciéndolo sentir deseado. Y si al final se enamora de ti será como inyectarle un chute de energía en vena y volverá a ser el jugador que era. Todos salimos ganando.

Asiento con calma, aunque no me siento calmada ni mucho menos.

Scott no está pasando por su mejor momento, eso lo sé. Pero en la vida me habría imaginado que yo podría ser la solución a todos sus problemas. Parece un sueño hecho realidad. Un sueño que resulta demasiado bonito para ser verdad.

—No sé… —musito al mismo tiempo que agito la cabeza—. Lo que dices suena muy atrayente, pero no tengo tan claro que vaya a funcionar. Me refiero a que la atracción y el amor son totalmente imprevisibles. No se pueden controlar.

—En eso llevas razón —concuerda—. Pero si no lo intentas nunca lo sabrás. Y como dijo el gran Maquiavelo, más vale hacer y arrepentirse que no hacer. Tenlo muy presente. —Un breve silencio se apodera del vestuario mientras me evalúa detenidamente—. ¿Qué me dices Ava Green? ¿Aceptas el trato?

Un sinfín de pensamientos se me cruzan por la cabeza. Pensamientos que no dejan de analizar los pros y los contras de la proposición de Tyler a marchas forzadas. Por un lado, tengo claro que si la estratagema falla seré yo la que salga escarmentada. O más bien lo hará mi pobre corazón.

Pero por otro también está la posibilidad de que las cosas vayan bien. Una posibilidad que por muy pequeña que sea debería aprovechar, para no tener arrepentimientos en el futuro, como bien ha dicho Tyler.

Además, volviendo al primer punto, si las cosas no salen como esperaba al menos podré sacarme a Scott de la cabeza y pasar página. Lo cual también es un gran avance para mí.

Así que no me lo pienso más y musito:

—Vale.

—Genial —dice Tyler con una sonrisa de oreja a oreja—. A partir de ahora somos un equipo.

Me devuelve la carta y tras guardarla a buen recaudo en mi bolsillo me pide que le dé mi número de teléfono. Le recito los números sintiéndome algo extraña por cómo ha cambiado mi

vida en cuestión de minutos, y cuando él me está a punto de hacer una llamada perdida oímos un coro de voces. Voces masculinas cada vez más cercanas.

Mierda… ¿Cómo puede haber pasado el tiempo tan rápido?

El temor a ser descubierta de nuevo sacude todo mi cuerpo y mi mirada asustada salta a la de Tyler. Luego oteo de forma frenética a nuestro alrededor en busca de una salida, un escondite, lo que sea… Pero la presión no me deja pensar con claridad.

Entonces las voces pasan a escucharse justo detrás de la puerta y, cuando ya he asumido que no me va a quedar otra que pensar en una nueva excusa para justificarme, Tyler tira de mí con firmeza. Luego me guía hacia una esquina del vestuario y, antes de que pueda procesar cuáles son sus intenciones, me encuentro metida en lo que parece un armario de limpieza.

Genial… me digo a mí misma mientras intento acomodarme entre cubos, fregonas y demás utensilios de limpieza.

Al otro lado de la puerta escucho cómo varias personas saludan a Tyler, y él les responde con toda la calma del mundo, como si esconder a una chica en un armario fuera algo que hace todos los días.

Las risas y las voces se mezclan en un barullo ininteligible. Lo único que tengo claro es que estoy doblada en una posición muy incómoda y que, a cada segundo que pasa, me duele más el cuerpo.

Mierda, no veo el momento de que esta tortura acabe.

Poco a poco, la conversación se va apagando, hasta que se hace de nuevo el silencio y suspiro aliviada.

Espero unos minutos más, por si las moscas, y empujo la puerta con cuidado. Me asomo un poco y, al constatar que vuelvo a estar sola, no me lo pienso más y salgo a toda prisa del vestuario.

Capítulo 3

Ava

—¿¡Así que dejaste la carta en la taquilla que no era!? —se sorprende Violet mientras no deja de remover el sofrito de tomate.

Hoy le toca a ella preparar la cena y ha elegido espaguetis a la boloñesa. El pequeño apartamento de dos habitaciones que compartimos en Norwood, Massachusetts, tiene la cocina integrada en el salón, así que puedo seguir todos sus movimientos sin levantarme del sofá.

Hace un rato que ambas nos hemos reunido en casa después de una larga jornada de trabajo, y no veía el momento de explicarle los surrealistas acontecimientos de esta mañana.

Resoplo con fuerza.

—Sí, en la de Tyler Lewis, uno de los *quarterbacks* —le especifico—. Pero lo peor de todo es que encontró la carta y la leyó antes de que yo llegara.

Violet se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos.

—No me jodas. ¿Y qué pasó después? ¿Te dijo algo?

—¿Que qué pasó? —De mis labios brota una sonrisa cargada de ironía— ¿Tú qué crees? Pues que hice el mayor ridículo de toda mi vida. Tyler no solo leyó cada palabra, sino que tuvo el descaro de burlarse de mi forma de escribir, ¿Te lo puedes creer? ¡Joder! Ni que fuera un crítico literario…

—¿En serio?

—Sí. —Gruño y, tras taparme la cara, vuelvo a mirar a Violet. A simple vista parece concentrada en la sartén, pero el reiterado movimiento de sus hombros me confirma otra cosa. Que se está partiendo de la risa a mi costa.

—Oye, ¿de qué te ríes? ¡Todo esto es culpa tuya!

—¿Mi culpa? —Vuelve la cabeza fingiendo seriedad sin mucho éxito—. ¿Pero qué he hecho yo?

—No te hagas la tonta. Fuiste tú quien insistió en que le confesara mis sentimientos a Scott —le recuerdo.

—Bueno, te animé a lanzarte, sí. Pero no entregándole una carta como si fueras una colegiala —replica mientras pone un cazo con agua a hervir—. Y mucho menos con el nivel de alcohol que llevabas en sangre.

—Mira quien fue a hablar. Si tú bebiste incluso más que yo.

—Sí, pero a diferencia de ti, sé llevarlo sin que se me nuble el juicio.

—Pues si estabas tan cuerda, ¿por qué no me frenaste? —puntualizo—. Me habrías ahorrado el desastre.

Violet se vuelve de nuevo mientras yo pongo cara de fastidio, y tras analizarme unos segundos, agita su melena castaña con reprobación.

Su cabello está siempre impecable, cosa que no me extraña. Tiene un don para la peluquería, de ahí que hace un par de años, se animara a abrir su propio salón en el centro del pueblo. Y yo la admiro por ello. Levantar un negocio desde cero no es nada fácil.

—Está claro que no debería haberte dejado beber tanto —murmura al cabo de unos segundos—. Y que conste que no lo digo solo por lo de la carta. Ya sabes a qué me refiero…

Echo la cabeza hacia atrás y suspiro con resignación.

—Lo sé, sí. Pero un día es un día. No puedes tirarte toda la vida haciéndome de niñera.

—Ya, pero le prometí a tus padres que te cuidaría, ¿recuerdas? Y si te llega a pasar algo…

—Tranquila que estoy bien —le aseguro intentando tranquilizarla—. Y el único daño colateral, por así decirlo, ha sido lo de la carta.

—Bueno, pero prométeme que no volverás a beber, ¿vale? Tu salud es lo primero.

Ruedo los ojos y sonrío.

—Te lo prometo, mi sargento.

—Más te vale. —Violet me devuelve la sonrisa y se concentra de nuevo en los fogones.

No puedo evitar que una sensación agridulce se apodere de mí.

La verdad es que es un lujo tener una amiga que se preocupe tanto por mí. Pero odio el motivo.

Lo cierto es que he pasado casi toda mi vida lidiando con una miocardiopatía, lo que, en pocas palabras, significa que mi corazón no bombea sangre de manera eficiente. Me la detectaron a los 5 años y, desde entonces, mi vida ha sido una sucesión de chequeos médicos, ingresos hospitalarios y restricciones.

Como suele pasar con este tipo de condiciones mi salud empeoró de manera gradual, hasta que a los 17 no me quedó otra opción que someterme a un trasplante de corazón.

Por suerte, la operación fue un éxito y, tras un largo proceso de recuperación, pude empezar a llevar una vida mínimamente normal. Pero eso no quita que tenga que cuidarme más que la mayoría de la gente, además de tomar medicación de por vida con los efectos secundarios que eso conlleva.

Y Violet está al corriente de todo. Somos amigas desde la escuela primaria, así que prácticamente es como una hermana para mí. Y, como ya he dicho, agradezco su apoyo… Pero me agota ser siempre la chica frágil a la que todos sienten que deben proteger. Estoy cansada de dar lástima, de sentirme indefensa.

Sacudo la cabeza para espantar esos pensamientos de mi mente y decido seguir relatándole

los hechos a Violet.

—Y espera, porque aún no te he contado la parte más rara de la historia —digo mientras me abrazo a un cojín—. Resulta que al final Tyler se ofreció a ayudarme con Scott.

—¿Ayudarte con Scott? —Violet me dirige una mirada rápida y, tras parar el fuego, escurre los espaguetis. Luego los mezcla con la salsa y los distribuye en un par de platos que deja sobre la mesa de centro—. ¿Pero cómo? —murmura mientras se sienta con expresión incrédula—. ¿Qué pretende hacer? ¿Darte clases de seducción desde el punto de vista masculino o qué?

—Básicamente, sí —respondo echando un poco de queso rallado sobre mi plato—. Me dijo que conocía a Scott lo suficiente como saber sus gustos en materia de mujeres y demás, y que podría ayudarme a llamar su atención.

Violet se ríe.

—¿En serio? Qué locura…

—Sí, pero si lo piensas tiene sentido.

Violet ladea la cabeza y frunce el ceño.

—Espera, ¿qué intentas decir? ¿Le dijiste que sí?

Asiento y, antes de que mi amiga tenga tiempo de montar una escena, le resumo el resto de la conversación con Tyler: que cree que esto podría funcionar, que no pierdo nada por intentarlo y que, si al final no sale bien, al menos habré hecho algo en lugar de quedarme de brazos cruzados.

—Quizás esto sea el empujón que necesito para salir de mi zona de confort —añado a modo de conclusión esperando haberla convencido.

Ella se me queda mirando pensativa.

—No sé, Ava. Yo fui la que te animé a que te lanzaras a por Scott, sí —admite mientras enrolla unos cuantos espaguetis en su tenedor—, pero no estoy segura de que Tyler Lewis sea el mejor camino para ello.

—¿Qué pasa con Tyler? —le pregunto, aunque ya sospecho la respuesta.

—¿Es que no has oído lo que dicen de él en la tele? —añade—. Por lo que parece es un ligón al que no le importa nada más allá del fútbol. Así que no veo cómo alguien que no es capaz de comprometerse va a enseñarte a enamorar a Scott. ¿Y si acaba jugando contigo?

Remuevo mi plato mientras pienso un poco en esa posibilidad y suspiro.

—A ver, puede que su reputación sea la que es, pero eso no cambia que me quiera ayudar de verdad —digo—. Al parecer le preocupa mucho que Scott vuelva a rendir bien en el campo, así que él también está implicado en este asunto. No creo que haya otra intención oculta detrás de su propuesta. —Me llevo un poco de espaguetis a la boca tras lo que hago un gesto de placer y le digo a Violet que están exquisitos, pero ella sigue en modo amiga sobreprotectora e ignora mi cumplido.

—Ava, sabes que yo soy la primera que quiero que vivas todo lo que no has podido a causa

de tu enfermedad, y que te lances a por lo que quieres —me recuerda—. Pero con cuidado. Me da miedo que Tyler te acabe complicando las cosas. Recuerda que el estrés no es bueno para ti.

—Tranquila, lo sé, sí —contesto—. Por eso no tengo intención de tomarme este asunto muy en serio. Y si las cosas no salen como espero al menos podré cerrar este capítulo de mi vida y seguir adelante.

—¿Estás segura?

—Sí.

Violet me evalúa durante unos segundos y añade:

—De acuerdo, me fiaré de ti. Pero no te va a quedar otra que mantenerme informada. Con todo lujo de detalles.

Me río entre dientes.

—Lo haré, sí. Pero por ahora dejemos estar el tema. Me gustaría disfrutar de la cena en paz.

—Vale, vale, pero espera. Hay algo más que necesito saber.

Suspiro, preparándome para otra ronda de preguntas relacionadas con el asunto de Tyler.

—A ver… ¿De qué se trata?

—Por casualidad, ¿viste algún jugador… ya sabes… en paños menores?

Le lanzo una mirada de reprobación intentando mantener la compostura, pero su sonrisa traviesa me lo pone difícil.

—¿Quieres saber qué vi? —respondo—. Cubos, fregonas y un estante repleto de productos de limpieza. Toda una fantasía.

Ella resopla fingiendo decepción.

—Pues vaya, tanto riesgo y ni un solo abdominal de recompensa. ¡Qué desperdicio de aventura!

La miro y nos reímos juntas.

Si hay alguien que siempre consigue hacerme olvidar mis problemas, es Violet.

Capítulo 4

Ava

El día siguiente transcurre bajo una aparente normalidad. Como suele ser habitual en una jornada de trabajo en el catering familiar de los Green, me dedico a surtir los mostradores de comida del comedor del centro de entrenamiento. Snacks, barritas energéticas, fruta, bebidas... Es indispensable que a los jugadores no les falte de nada.

También ayudo a mi padre en la cocina en todo lo que haga falta. Él es chef y se ocupa de preparar los platos del menú, mientras que mi madre lo planifica todo. Es indispensable adaptar los menús y los tiempos a las necesidades diarias de los Patriots. El último integrante del equipo es Joe, mi primo, quien se encarga de todo el transporte y la logística.

La rutina me mantiene distraída, pero a la hora de la comida no puedo evitar lanzar alguna que otra mirada a Scott y a Tyler con una bola de incertidumbre creciente en el estómago. Tyler, por su parte, parece igual de tranquilo que siempre, mientras cuenta algo que hace reír a sus compañeros.

Está claro que disfruta de ser el centro de atención, lo que me lleva a pensar lo diferente que es de Scott. Tyler parece haber nacido para ser admirado y disfrutar de ello. En cambio, Scott, con su porte calmado y reservado, me transmite mucha más autenticidad. Y como de costumbre tengo que obligarme a dejar de mirarlo para que nadie piense nada raro.

A última hora ayudo a mis padres a recogerlo todo y, tras hacer un inventario rápido, y cargar las cosas en la camioneta, nos despedimos.

Por regla general, los acompañaría hasta el local para colaborar con la limpieza de utensilios. O al menos intentarlo. Sin embargo, mis padres, al igual que Violet, siempre me han tratado como si fuera de cristal. Y la verdad es que empiezo a estar cansada de sentirme tan sobreprotegida. Soy más fuerte de lo que todo el mundo cree.

Sea como sea, hoy no he insistido en ir al local porque tengo otros planes. Planes que incluyen a Tyler Lewis y al asunto que tenemos entre manos. Lo cierto es que anoche Tyler me envió un mensaje proponiéndome que quedáramos hoy para hablar. Concretamente me dijo que me esperaba en la parte de atrás del complejo deportivo dentro de su coche.

Así que, sin pensarlo dos veces, me dirijo hacia la zona acordada.

No me resulta difícil ver el SUV de lujo de Tyler en el aparcamiento desierto. Es evidente que es el último jugador que queda en las instalaciones. Después de todo, nuestra jornada siempre se extiende más allá de la suya.

Me acerco con el corazón latiendo con fuerza y abro la puerta del copiloto. Tyler me recibe con una sonrisa relajada, pero yo no puedo evitar sentirme algo nerviosa. Aunque considerando que voy a compartir un espacio tan reducido con un deportista famoso y lo surrealista de la

situación, supongo que es normal.

Lo saludo con un rápido «hola» y me acomodo en el asiento del copiloto. En cuanto cierro la puerta me invade un aroma fresco y masculino muy agradable, que lógicamente proviene de Tyler. Está claro que ha tenido la oportunidad de ducharse en su vestuario completamente equipado. Yo, en cambio, solo he podido quitarme la parte superior del uniforme y echarme un poco de desodorante.

Giro un poco el cuello, intentando comprobar de forma disimulada si mi camiseta huele a comida, cuando la voz de Tyler me sobresalta:

—¿Todo bien?

Pego un respingo y le dedico una sonrisa algo forzada.

—Ummm... sí. Todo bien.

¿Por qué lo preguntas? Estoy a punto de añadir, pero entonces caigo en que es su manera de ser cortés sin usar demasiadas palabras en el proceso. Después de todo, somos prácticamente dos desconocidos, así que preguntarnos qué tal nos ha ido el día estaría fuera de lugar, ¿no?

—Genial —murmura él a la vez que se pasa una mano por su pelo castaño húmedo algo revuelto—. Entonces… ¿Lista para que te ayude a conseguir al chico de tus sueños? —Ruedo los ojos al mismo tiempo que sonrío de forma irónica, a lo que él añade—: ¿Qué pasa? ¿A qué viene esa cara?

Niego con la cabeza y suspiro.

—Nada. Es solo que parece que estás dando por hecho que el plan va a funcionar, pero yo no lo tengo tan claro.

—Por supuesto que va a funcionar —responde sin dudar.

—¿Por qué estás tan seguro de ello? Esto no es un partido de fútbol ni nada por el estilo.

—Lo sé. Pero tienes que saber que no hay plan que pueda salir mal si yo estoy involucrado. Así que estate tranquila en ese sentido.

No puedo evitar reírme ante su fanfarronería.

—Vaya…, que modesto eres. ¿Siempre tienes tanta confianza en ti mismo?

—Siempre. Viene implícita con la posición de *quarterback*. Si yo no confío en mí mismo, el equipo tampoco lo hará. —Ladea la cabeza y esboza una sonrisa partida—. Y ser un buen estratega también forma parte del pack. No puedes ganar el juego sin un plan sólido.

—Ya veo… —murmuro. Sigo sin compartir su optimismo, pero al menos noto que me he relajado un poco—. Entonces… ¿cuál es la estrategia que sugieres en esta situación?

Tyler parpadea desconcertado.

—Espera, ¿no prefieres que hablemos de ello en otro lugar? Podemos ir a una cafetería de por aquí cerca o…

Sacudo la cabeza.

—No, mejor vamos al grano. Estoy cansada y no me apetece alargar esto más de lo necesario.

Tyler levanta una ceja, entre divertido y desconcertado.

—Directa al punto, ¿eh? Me gusta. Hablemos aquí mismo entonces. —Dicho esto estira su impresionante brazo de *quarterback* en mi dirección y abre la guantera de la que saca un paquete de chicles. Luego me ofrece uno, le digo que no, y tras meterse otro en la boca se recoloca en el asiento para quedar de frente a mí—. A ver… Pues vamos a ello. Para empezar, necesito que me pongas en situación. ¿Cómo han sido hasta ahora tus interacciones con Scott?

Pienso un poco en ello y suspiro.

—Escasas, por no decir inexistentes. Solo he hablado con él un par de veces y dudo que se acuerde de mí —confieso—. A no ser, claro, que mis explicaciones de las propiedades nutricionales de nuestros platos le hayan tocado el alma.

Sonrío para quitarle hierro al asunto, y Tyler hace lo mismo. Luego añade:

—Partimos de cero entonces.

—Por desgracia, sí.

Asiente con un gesto.

—Bueno, mirémoslo por el lado bueno. Así tendremos más margen para maniobrar. Ahora solo tienes que entrar en su radar masculino. Ya sabes… De una forma que no pueda ignorar.

Arrugo la frente.

—¿Entrar en su radar?

—Exacto.

—¿Y cómo se supone que lo voy a hacer? —pregunto—. Trabajo en el catering. No es que eso me dé muchas oportunidades para destacar.

—Yo lo veo al contrario. Tu trabajo te da muchas oportunidades para interactuar con Scott. Un comentario aquí, una sonrisa allí. Haz que empiece a notarte.

Asiento con calma, aunque las dudas no tardan en asaltarme de nuevo.

—Vale, ¿pero y si no funciona? —añado apartando por un momento la mirada—: Quiero decir… No sé si tengo lo necesario para captar su atención.

Tyler frunce el ceño y su expresión se transforma en un cóctel de sorpresa y diversión.

—Espera… ¿En serio estás dudando de ti misma ahora? ¿Después de haber escrito esa carta tan explícita?

La piel de mi rostro empieza a arder de vergüenza.

—La escribí estando borracha, ya te lo dije. En mi día a día no suelo hacer ese tipo de cosas.

Inspiro con fuerza y llevo la mirada a la ventana para no tener que enfrentar la expresión de burla de Tyler.

—Ay, el alcohol… —le oigo decir al cabo de un momento en tono juguetón—. Siempre dándonos esa confianza extra que necesitamos…

Suelto un sonoro suspiro.

—Pues sí. Pero por desgracia esa confianza se esfuma cuando regresa la cordura. De ahí que ahora esté hecha un mar de dudas.

Miro a Tyler de nuevo que parece haber cambiado su actitud despreocupada por algo parecido a la comprensión.

—Bueno, es normal tener dudas —murmura—. Sobre todo, cuando estás saliendo de tu zona de confort. Pero ahora formas equipo con un as de la estrategia, y, como te dije, conozco bien a Scott. —Hace una pausa y tras escrutarme con sus ojos claros, acentuados por la luz del atardecer, añade—: Además, no sé si lo sabías, pero físicamente te pareces bastante a su ex, lo que demuestra que eres su tipo. Eso también juega a nuestro favor.

Pego un respingo. Sé perfectamente cómo es la exnovia de Scott porque en una de mis búsquedas para deleitarme con él, me salieron fotos de ambos cuando estaban juntos. Y sí que es cierto que las dos tenemos el pelo rubio y los ojos color miel, pero nunca me había parado a pensar que tuviéramos algún tipo de parecido.

—Con esto, no quiero decir que seas un simple reemplazo —se apresura a decir Tyler, como si se hubiera percatado de mi confusión—. Solo digo que es un buen punto de partida. Pero no podemos pasar a la acción si no te sientes segura de ti misma. Así que vamos a enfocarnos primero en eso.

Frunzo el ceño.

—¿Quieres decir… que vas a ayudarme a ganar confianza?

Tyler esboza una sonrisa de suficiencia y me apunta con el dedo.

—Eso es, sí.

Me lo quedo mirando, intentando procesar la situación. ¿Así que por lo visto Tyler Lewis no solo quiere ayudarme a conquistar a Scott, sino también a recuperar mi confianza perdida?

Dios… Esta situación es todavía más surrealista de lo que me parecía, pero pensándolo bien tiene cierto sentido.

Me refiero a que a diferencia de mi Tyler no tiene problemas de autoestima. ¿Cómo podría tenerlos alguien como él? Es un jugador de fútbol famoso con el mundo a sus pies, que para más inri tiene un rostro de portada de revista.

Y lo peor de todo es que lo sabe. Sabe que es perfecto, y como es lógico lo usa a su favor. De buen seguro que en su adolescencia no tuvo que enfrentarse a los mismos problemas que yo.

Pudo salir, divertirse, socializar y experimentar con total libertad. Por eso hoy en día puede permitirse darme lecciones de confianza, mientras que yo soy un manojo de inseguridades. Pero supongo que esa es la causa de que esté aquí ahora aceptando su ayuda. Porque, aunque me dé rabia admitirlo, quizás esa seguridad que tanto envidio sea lo que necesito.

Por eso me trago toda la frustración y decido dejarme llevar.

—De acuerdo —contesto—. ¿Qué tienes en mente?

Tyler fija sus ojos en mí y me dedica una sonrisa enigmática.

—Ya lo verás, Ava. Solo confía en el proceso. Esa es tu primera lección.

Capítulo 5

Tyler

—¿Tyler, te apuntas a tomar algo? —me pregunta Connor, uno de los *linebackers* del equipo.

Niego con un gesto y le digo que no puedo.

Es viernes y este fin de semana no hay partido. Por eso el ambiente en el vestuario está más relajado de lo habitual y varios del equipo están aprovechando para hacer cosas que normalmente estan vetadas para nosotros, como salir por ahí, beber alcohol y trasnochar.

Pero yo hoy tengo otros planes.

He quedado con Ava, la chica que trabaja en el catering, para empezar con nuestras «lecciones». Y si falto el primer día, quedaré como el peor profesor del año.

—¿Por qué no?

—Tengo cosas que hacer —me limito a contestar sin entrar en más detalles.

Como es lógico, no pienso mencionar nada del asunto de Ava. No solo porque Scott sigue rondando por aquí, sino porque la mayoría de los del equipo son unos bocazas. Y cuando digo bocazas lo digo en serio. La última vez que alguien soltó un secreto aquí, acabó circulando más rápido que un pase largo.

—Venga ya, tío. ¿Qué puede ser más importante que salir a divertirte con tus compañeros de equipo? —insiste Connor haciendo una mueca.

Esbozo una sonrisa enigmática.

—No es de tu incumbencia.

Una chispa de diversión aparece en sus ojos.

—Oh, ya veo qué clase de planes tienes —murmura apoyando uno de sus gigantescos brazos de defensa en su taquilla—. ¿Y cómo se llama la chica? ¿Es la misma del otro día?

Vuelvo a sonreír y en lugar de contestarle cojo el desodorante en aerosol y me rocío un poco.

—¿Cómo coño va a ser la misma? —interviene Drew, uno de los receptores del equipo—. Ya sabes que Tyler nunca repite con la misma chica. Prefiere ir rompiendo corazones por ahí.

Connor se ríe y yo me giro en dirección a Drew para darle un empujón ligero en el hombro. Él se tambalea un poco, pero no borra la sonrisa de su cara.

—Tú calla, que no eres nadie para dar ejemplo —le suelto devolviéndole el golpe bajo. Aunque la verdad es que no estoy molesto con él ni mucho menos.

Drew es uno de mis mejores amigos, y juntos compartimos las responsabilidades que conlleva ser capitanes del equipo. Aunque tal vez el término «amistad» no sea el más adecuado para describir el vínculo que nos une.

Me refiero a que él juega como receptor, y yo como *quarterback*. Y eso significa que en el terreno de juego tenemos que ser capaces de anticipar los movimientos del otro. Una conexión que ha requerido mucho tiempo y esfuerzo.

Por ello, sé que siempre podré contar con él, tanto en el campo como en la vida. Aunque tengo que decir que aún no le he contado nada sobre el plan que estoy tramando. Conociendo su faceta de amigo protector, probablemente me diría que no me busque problemas innecesarios. Y yo no tengo tiempo para sermones.

—Ey, que ahora soy un marido ejemplar —me recuerda—. El pasado, pasado está.

—Ya, ya… —le respondo con reprimiendo una sonrisa sin mucho éxito—. Pero no sé si creérmelo del todo.

Drew sacude la cabeza.

—Pues deberías. Las mujeres tienen ese superpoder. Un día estás viviendo tu vida al máximo, y al otro estás discutiendo qué cortinas combinan mejor con la pintura de las paredes.

Entre nosotros Connor hace un gesto de reprobación.

—Joder, Drew. Quien te ha visto y quien te ve. Por eso a ti ni me molesto en preguntarte si te unes a la juerga. Te espera una noche emocionante, ¿eh? —se burla—. Envuélvete bien en tu mantita y disfruta de una peli romántica con tu mujer.

En los labios de Drew aparece una sonrisa de satisfacción.

—Cómo se nota que no sabes lo reconfortantes que pueden llegar a ser las noches de sofá y manta en pareja.

—Ni lo sé ni quiero saberlo —le responde Connor haciendo una mueca—. Prefiero mil veces mi libertad y, sobre todo, no perder el control del mando a distancia.

Asiento con convicción.

—Exacto, tío. El mando de la tele es sagrado. Yo tampoco pienso cederlo por nada del mundo. —Una vez digo esto Connor levanta la mano y chocamos nuestras palmas sin dejar de sonreír.

—Sí, sí. Pero ya veremos cuanto os dura esa actitud —nos avisa Drew en tono burlón, mientras se dedica a colgar en una percha las protecciones del uniforme—. Tarde o temprano también caeréis y me daréis la razón.

—Ni de coña, hermano —le contradice Connor, tras lo que me pasa un brazo por los hombros—. Tyler y yo somos los putos reyes de la libertad, ¿verdad?

—Hasta el final —añado sin pensarlo.

Drew rueda los ojos en respuesta y yo le dirijo una sonrisa cómplice.

Aunque bromee sobre su nuevo estado civil me alegro por él. Desde que se casó con Halley, una periodista a la que conoció durante un reportaje lleno de momentos tensos, se le ve más feliz que nunca.

La verdad es que es imposible no notar que está viviendo su mejor momento. Y tengo que decir que no me importa que me empalague con escenas de su vida en pareja, siempre y cuando no intente arrastrarme al mismo barco.

Todavía estoy inmerso en esos pensamientos cuando Scott regresa de la zona de las duchas y se planta frente a su taquilla envuelto en una toalla. Lo miro de reojo mientras se acaba de secar y empieza a vestirse con el mismo ahínco que le dedica últimamente al fútbol. Es decir, ninguno.

Y no puede seguir así, joder.

Como *quarterback* sé lo vital que es que cada jugador esté en su mejor forma, y ahora Scott está lejos de cumplir ese requisito. Sus movimientos han perdido soltura y velocidad, y sus errores han estado a punto de costarnos más de un partido. Y si continúa en este plan, no solo perjudicará al equipo, sino que acabará perdiendo su posición.

Nadie en la NFL es intocable. Y me duele horrores, que alguien con tanto talento como Scott acabe mandándolo todo a la mierda por un asunto de mal de amores.

Está claro que tengo que hacer algo para ayudarle. De ahí que se me ocurriera la idea de colaborar con Ava. Sé que no es un método muy convencional, que digamos. Pero solo con que le dé un pequeño empujón a Scott para salir del bache, valdrá la pena.

—Ey, Scott —oigo que le dice Connor—. Voy a ir a tomar algo con unos cuantos del equipo. ¿Te apuntas?

Por favor, di que sí, pienso, a la vez que agradezco en silencio que Connor lo haya tenido en cuenta. Pero Scott acaba sacudiendo la cabeza en un gesto de negación y mi esperanza se desintegra.

—Gracias, pero hoy no estoy de humor —contesta en tono desganado—. Mejor otro día.

Drew, Connor y yo cruzamos una mirada de circunstancias en la que aprovecho para pedirle a este último de forma silenciosa que insista de nuevo. Connor pilla mis intenciones al vuelo y las lleva a la acción. Pero el resultado acaba siendo el mismo, y no nos queda otra que desistir.

Con el humor cambiado nos acabamos de vestir en silencio mientras las conversaciones de otros compañeros resuenan a nuestro alrededor.

Connor es el primero en marcharse, seguido de Drew y Scott. Y poco a poco el vestuario se va vaciando hasta que quedo solo yo.

Por supuesto, me he demorado más de lo necesario a propósito. No quiero que nadie descubra que voy a quedarme un poco más en el centro de entrenamiento. A ver, que no sería la primera vez que me quedo a practicar jugadas y demás, pero esta vez es diferente. Estaré con alguien ajeno al equipo, que para colmo es una mujer. Y lo último que quiero es que mis compañeros se hagan una idea equivocada de la situación.

Espero un poco más hasta que todo el sonido exterior se desvanece. Luego cojo mi mochila,

y con la determinación de ayudar a Scott más viva que nunca, salgo del vestuario.

Capítulo 6

Tyler

Estoy de pie junto a la línea de diez yardas del campo cubierto de entrenamiento, mientras me dedico a lanzar el balón al aire con gesto despreocupado.

Este es mi territorio. El lugar donde paso la mayor parte de mis días, dando lo mejor de mí mismo. Pero hoy el desafío que me espera es diferente. Diferente, incierto y potencialmente gratificante. Por ello, no puedo evitar que una mezcla de excitación e impaciencia circule por mis venas.

Miro el reloj y justo cuando empiezo a barajar la posibilidad de que Ava se haya echado atrás, la veo aparecer por una de las entradas. La luz de los focos ilumina su cuerpo pequeño y delgado a medida que se acerca a mí.

—Hola —me saluda, visiblemente incómoda—. Esto… ¿qué estamos haciendo aquí?

—Ahora te lo explico —le contesto con la vista puesta en su indumentaria. Por lo que parece, sigue vestida con la ropa del catering: un pantalón holgado, pero de aspecto rígido, y una camiseta ceñida de algodón. Completa su atuendo con una mochila colgada en la espalda y el pelo recogido en una coleta alta—. ¿Qué haces todavía así vestida? Te dije que vinieras con ropa cómoda.

Ella baja la mirada hacia su ropa.

—Ya, mi uniforme de trabajo es muy cómodo y esta camiseta también. —Traslada la vista de su atuendo hacia mí, y cuando se percata de mi ceño fruncido añade—: ¿Qué problema hay? No he traído nada más.

Suspiro con resignación.

—¿Y la botella de agua que te dije?

—Eso sí, la llevo en la mochila.

—Vale. Pues vamos a empezar.

Ella parpadea, desconcertada.

—Espera, ¿qué se supone que vamos a hacer aquí?

Me giro y pongo rumbo hacia los conos que he dispuesto sobre el césped artificial.

—Ejercicios básicos de fútbol.

—¿Qué? ¿Ejercicios de fútbol? —Su voz suena contrariada, como era de esperar. Por eso evité entrar en detalles cuando le propuse vernos hoy aquí. No quería que se acobardara antes de tiempo—. No lo entiendo… ¿Qué tiene que ver el fútbol con el tema de Scott?

Esbozo una sonrisa confiada y me vuelvo hacia ella.

—Pues más de lo que te imaginas. El fútbol es una parte muy importante de tu enamorado —le recuerdo—. Así que, si quieres llamar su atención debes ser capaz de entender su funcionamiento. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que experimentarlo en primera persona?

Ava me dirige una mirada cargada de incredulidad y, tras abrir la boca un par de veces, consigue articular:

—¿Estás diciendo que correr detrás de un balón me va a ayudar a conquistar a Scott?

—Para tu información, el fútbol no es solo correr detrás de un balón —la contradigo—. Es un deporte que te enseña fortaleza mental y confianza, incluso cuando las cosas se ponen complicadas. ¿No acordamos que te ayudaría en eso?

—Sí, pero…

—Sí, pero nada —la corto. Y antes de que tenga tiempo de añadir nada más la agarro por la muñeca y tiro de ella. Ella pone cara de sorpresa, pero la ignoro y la guio hacia los conos—. Practicar un poco no solo te ayudará con Scott, sino también contigo misma. Enfrentar retos físicos te dará la seguridad que necesitas en otras áreas de tu vida, ya lo verás. —Una vez la coloco en el punto de partida echo un vistazo a mi alrededor para comprobar que todo esté donde debe estar—. Vale —murmuro—. Pero antes de empezar… ¿Qué sabes de fútbol? Aparte de lo que te acabo de explicar, claro.

Ava ladea la cabeza y me mira con cara de fastidio. Aun así, responde:

—Muy poco, la verdad. En mi familia no somos muy amantes del deporte.

Hago un gesto de asentimiento.

—¿Entonces no sabes cómo funciona un partido?

—Sé que el *quarterback* tira el balón, los demás intentan atraparlo y el objetivo es llegar al otro lado del campo. ¿Eso cuenta? —Sonríe ante sus propias palabras y yo la imito.

—Definitivamente necesitas una lección rápida —constato, tras lo que me quedo un momento en silencio para organizar mis pensamientos—. Vale, escucha: El fútbol es un deporte de estrategia y precisión. Hay un *quarterback* titular, como yo, que es el cerebro del equipo y decide qué hacer con el balón. Puede lanzarlo, correr con él, fingir una jugada o pasárselo a uno de los *running back* como Scott. Si es así este deberá correr y avanzar yardas, esquivando a los defensores, hasta ser detenido o anotar.

—Ajá —murmura Ava intentando procesar la información que le acabo de dar—. Creía que eso es lo que hacían los receptores.

—Sí, pero de otra forma. Los receptores siguen rutas específicas para atrapar pases largos. Y una vez tienen el balón en su poder, deben usar su agilidad y velocidad para avanzar evitando ser derribados. Podría decirse que lo suyo es correr en espacios abiertos, mientras que los corredores se mueven en áreas más congestionadas.

Ava vuelve a asentir, aunque parece algo saturada, y decido resumirle el resto de reglas.

Luego le explico en qué consistirá el primer ejercicio de la lección. Se trata de correr en zigzag entre los conos que he colocado sobre el suelo. Le hago una demostración esquivando los obstáculos, tal y como le he explicado, y en el proceso me aseguro de que mis movimientos sean visibles y fáciles de seguir.

—Ahora tú —le digo en cuanto vuelvo a su lado, pero un lugar de moverse ella me mira con los labios apretados y el cuerpo completamente rígido.

—¿En serio tengo que hacerlo?

—Para eso estamos aquí. Venga empieza. —Señalo con un gesto de barbilla hacia los conos.

Ava vacila unos segundos, pero se acaba desplazando hacia la zona de salida.

Para mi alivio, no tarda en iniciar el ejercicio. Empieza a correr entre el recorrido marcado, de la misma manera que yo he hecho, aunque de forma mucho más lenta y descoordinada. También golpea y derriba un par de conos en el proceso, pero no le doy importancia.

Es normal que una persona como Ava, que no está acostumbrada a hacer ejercicios de agilidad, tenga dificultades al principio. Solo necesita practicar más.

Le hago completar cinco series con un pequeño descanso de un minuto entre cada una y cuando veo que su coordinación ha mejorado, decido pasar a la siguiente actividad. Un ejercicio que también implica correr siguiendo un recorrido, pero añadiendo dificultad.

Se trata de hacer un *sprint*, detenerse bruscamente y cambiar de dirección. Por lo que todavía puede llegar a ser más desafiante para alguien sin experiencia.

Ava realiza dos series en las que enseguida queda demostrado lo difícil que le resulta esta tarea. Ya no solo porque cada vez que se detiene está a punto de perder el equilibrio, sino por su forma de respirar. Es obvio que está experimentando falta de aire, pero de forma tan exagerada que no puedo evitar preocuparme al respecto.

¿Habré sido demasiado duro con ella?

—Oye, ¿estás bien? —le pregunto pasándole su botella de agua. Ella asiente en silencio, aunque aún está luchando por recuperar el aliento—. Si quieres, podemos dejarlo y seguir en otro momento —añado—. No viene de un día.

—No —me responde sin dudar—. Vamos a seguir.

Alzo una ceja, sorprendido ante su cambio de actitud.

—¿Estás segura?

—Sí.

La observo beber agua mientras su respiración se normaliza y tras percibir que hay cierta tensión revoloteando en el ambiente digo:

—Vale, como quieras. Vamos a continuar. Pero te aviso que, si acabas tendida en el suelo, mis habilidades de reanimación dejan mucho que desear.

Una sonrisa ligera no tarda en asomarse a sus labios.

—Tranquilo, no esperaba otra cosa viniendo de un jugador de fútbol.

Arrugo la frente.

—Ey, ¿qué quieres decir con eso?

—Pues lo que oyes.

—Espera, ¿te estás metiendo conmigo por el hecho de ser futbolista? —inquiero, divertido, mientras ella deja la botella junto a su mochila—. Porque si es así, técnicamente también te estás metiendo con Scott. ¿No has pensado en ello?

Ava me ignora deliberadamente y sigue con el entreno.

A pesar del cansancio que denotan sus movimientos, continúa haciendo esprints y deteniéndose en el punto acordado, hasta que le digo que ya es suficiente y me pongo a preparar el último ejercicio.

Este consistirá en realizar lanzamientos básicos con fuerza y precisión. Para ello posiciono varios balones en una fila, y vuelvo a usar los conos para delimitar el área de lanzamiento. Luego regreso junto a Ava y le hago una demostración, asegurándome de que entienda como debe colocar el cuerpo para lanzar correctamente. Pero cuando le toca probar a ella concluyo que no ha asimilado nada de lo que le he dicho, y no me queda otra que usar otra táctica.

Me coloco detrás de ella, lo suficientemente cerca para poder ajustar su postura con mis manos. La ayudo a encontrar el ángulo adecuado que tienen que adoptar sus brazos, entre otras cosas, y en el proceso no puedo evitar pensar en lo extraño que me resulta estar entrenando junto a una mujer.

Ya no solo porque le saco dos cabezas, y cada vez que la toco tengo miedo de que se vaya a romper, sino porque huele maravillosamente bien. Un aroma fresco y vibrante que me recuerda a al verano, no sé por qué.

Y teniendo en cuenta que me paso los días rodeado de hombres bañados en sudor y testosterona en su máxima expresión, ese detalle es de agradecer.

—Tienes que mantener el codo elevado y girar la muñeca justo al final —le explico apartando esos pensamientos de mi cabeza y colocando el balón en su mano—. Y relájate. Si estás tan tensa, no lanzarás bien ni en un millón de años.

Ella asiente y me aparto un poco para que haga el primer intento. Coloca el cuerpo tal según mis instrucciones y lanza el balón con toda la fuerza que consigue reunir.

Los primeros lanzamientos no son perfectos, lo tengo que admitir. La chica o lanza con demasiada fuerza o no apunta en la dirección adecuada. Pero lo que me sorprende es que en lugar de quejarse o detenerse, sigue intentándolo. Y esa tenacidad es digna de admirar. Ya lo creo que sí

Al final, después de muchos intentos, consigue realizar un lanzamiento decente, y decido dar por finalizada la lección.

—Bien hecho —la felicito—. Has mejorado tanto en puntería, como en equilibrio y coordinación. Lo que está genial para ser tu primer día.

Ava sonríe ligeramente.

—¿En serio?

—Sí. Sabía que podías hacerlo.

Su sonrisa se amplía y por un momento me quedo anonadado. ¿Desde cuándo las sonrisas resplandecen tanto?

—Entonces, ¿ya he superado la prueba?

—Esta sí —le aclaro agachándome para empezar a recoger el material—. La siguiente será ver un partido en mi casa para que aprendas sobre tácticas y jugadas.

—¿Qué? ¿Más fútbol? —La frustración se hace patente en su tono de voz—. ¿De verdad es necesario? Para que lo sepas, los *coaches* de las novelas románticas no hacen esto.

Alzo una ceja, divertido.

—¿Ah, no? ¿Y cómo actúan entonces?

—Pues no sé, dan consejos de seducción y cosas por el estilo —contesta con suspiro—. Pero nada de poner a correr a las chicas, ni lanzar balones.

Una sonrisa se abre paso a través de mis labios, pero la disimulo y me vuelvo de nuevo hacia ella.

—Bueno, lamento no ser tu *coach* ideal, pero esto es el mundo real —espeto—. ¿Y, por cierto, desde cuándo los alumnos le dicen al maestro cómo tiene que proceder? —Le lanzo un cono de los que acabo de recoger, obligándola a atraparlo al vuelo—. Ahora deja de quejarte y ayúdame a recoger.

Ava me mira como si no le acabara de gustar mi tono autoritario, pero acaba haciendo lo que le digo. Tenemos un objetivo que cumplir y ambos los sabemos.

Más nos vale ser buenos compañeros de equipo.

Capítulo 7

Ava

El domingo por la tarde, aparco mi coche frente a la supuesta vivienda de Tyler y apago el motor. Está situada a las afueras de Foxborough, lugar en el que muchos de los jugadores de los Patriots eligen asentarse por su cercanía al estadio.

Se trata de una zona tranquila y bien cuidada, donde se respira cierto aire de exclusividad. Supongo que se debe a la separación entre cada propiedad y sus descomunales jardines. La casa de Tyler tampoco decepciona, pero tengo que decir que no es exactamente lo que esperaba teniendo en cuenta su estatus. Me refiero a que sí parece bastante grande, pero sin llegar a resultar tan ostentosa como otras que he visto.

Bajo del coche y, mientras recorro el camino pavimentado flaqueado por césped perfectamente cortado, no puedo evitar fijarme en los detalles. La casa tiene la estructura clásica americana con su tejado a dos aguas, fachada de ladrillo rojo, y ventanas con molduras blancas. Pero al mismo tiempo transmite modernidad.

Subo los escalones del porche que, al igual que el resto, es sencillo, pero elegante, y tras darme un minuto para recordarme por qué estoy aquí, llamo al timbre.

Justo cuando reparo en varios sacos de sustrato para jardines apilados junto a la puerta, esta se abre y Tyler aparece frente a mí.

Va vestido con unos pantalones de chándal y una sudadera azul con las mangas remangadas hasta los codos. Es ropa sencilla, nada del otro mundo, pero en él parece como si estuviera posando para un catálogo de moda sin ni siquiera intentarlo.

Además, el color de la sudadera resalta el azul de sus ojos de una forma difícil de ignorar. Y lo último que quiero es alimentar su ego.

—Por fin —murmura como si me hubiera retrasado una hora, en lugar de escasos diez minutos, mientras me deja pasar. Luego señala con la barbilla hacia el túper que llevo en las manos y pregunta—: ¿Qué llevas ahí?

Yo también miro el túper y sonrío con satisfacción.

—Galletas. Las he horneado esta mañana

—¿Galletas? —Repite como si acabara de decirle que he traído plutonio en lugar de un simple dulce.

—Sí. De chocolate y caramelo. No es por alardear, pero están increíbles, ya lo verás. —Hago el gesto de pasarle el recipiente, pero él no solo no hace ademán de cogerlo, sino que suelta con expresión burlona:

—¿Te crees que vienes a celebrar una fiesta del té o algo así?

Frunzo los labios y le lanzo una mirada cargada de reprobación.

—Claro que no. Solo intentaba ser cortés. Algo que por lo visto tú no sabes valorar.

Tyler baja la cabeza y sonríe entre dientes.

—A ver, sí que lo valoro… Pero tienes que entender que los deportistas de elite no vamos por ahí comiendo dulces a todas horas. ¿Sabes cuánto cuido lo que como? Este cuerpo no se mantiene así por sí solo. —Se señala a sí mismo y por un momento me quedo atrapada en la visión de su pectoral marcado bajo la sudadera.

Por suerte, mi orgullo no tarda en imponerse y me doy la vuelta chasqueando la lengua.

—Está visto que más me valdría haber traído un saco de proteínas.

—Eso habría tenido más sentido, sí.

Tyler esboza una sonrisa de suficiencia y me guía hasta el salón.

Lo primero que me llama la atención es lo ordenado que está todo. Los cojines del sofá están perfectamente colocados, la mesa de centro no tiene ni un solo objeto fuera de lugar y las estanterías que flanquean la enorme televisión están organizadas con precisión.

Enseguida me da por preguntarme si todos los jugadores de fútbol son así de organizados, o solo es cosa de Tyler. La verdad es que no tengo suficientes referencias para saberlo. Pero hay algo en el ambiente que me resulta… ¿Como lo diría? ¿Impersonal? Supongo que esa sería la palabra, sí.

Llevo mi mirada a los trofeos que relucen sobre uno de los estantes y luego reparo en que más abajo hay varios manuales sobre cuidado de plantas y demás.

—¿Te gusta la jardinería? —pregunto, recordando la pila de sacos de tierra que he visto en el porche.

—Solo es una forma de matar el tiempo como cualquier otra —contesta a mis espaldas—. Por cierto, ¿qué quieres beber? ¿Agua, refresco, cerveza? ¿O prefieres té en una tetera? Ya sabes, para acompañar tus galletitas…

Ruedo los ojos y sonrío.

—Agua está bien, gracias.

Me siento en una esquina del sofá, que como era de esperar es muy cómodo, y Tyler desaparece en dirección a la cocina.

No tarda en aparecer de nuevo con un par de vasos de agua que deja sobre la mesa. Yo hago lo propio con mi túper de galletas, lo abro y pruebo una, pero tengo que decir que no me sabe tan dulce como de costumbre. Y todo por culpa de Tyler y la excesiva pulcritud de este sitio.

Está visto que si dejo caer una miga en la alfombra de diseñador será una muerte segura. Y, sinceramente, prefiero aplazar ese destino un poco más.

—Bien, empecemos —dice Tyler acomodándose en la otra punta del sofá. Luego coge el

mando y enciende la tele.

En la pantalla no tarda en aparecer la retrasmisión de un partido de fútbol, pero no en vivo. Lo pausa en el momento en el que el *quarterback* está a punto de lanzar el balón.

—¿Un partido grabado? —pregunto arqueando una ceja.

—Claro. ¿Qué esperabas? No estamos aquí para entretenernos sino para trabajar y mejorar tus conocimientos. —Me lanza una mirada como si lo que acabo de preguntar fuera obvio y yo me limito a asentir con un gesto. Más que nada porque si hablo acabaré cuestionando de nuevo sus métodos y eso nos llevaría a otra discusión sin sentido—. Vale, mira esto —Le da al *play*, pero vuelve a pausar casi de inmediato—. Es un pase perfecto. Fíjate en como posiciona el cuerpo. Es lo que hace que el balón sea preciso y rápido.

Me inclino un poco hacia adelante para observar lo que dice.

—Ajá. ¿Y qué pasa si el receptor no está donde debería?

Tyler sonríe.

—Pues que la jugada se va a la mierda. —Vuelve a reproducir el vídeo hasta que un receptor muy rápido y escurridizo atrapa el balón. Luego se vuelve hacia mí y pregunta—. ¿Sabes cómo se llama esta jugada?

Miro de nuevo la imagen y me encojo de hombros.

—¿El lanzamiento de «por favor, que alguien atrape el balón»?

Una carcajada brota de sus labios.

—Buen intento. Se trata de un pase corto. Pero me gusta tu versión.

Sonrío y seguimos viendo el partido.

A medida que el tiempo avanza tengo que reconocer que no me estoy aburriendo, sino todo lo contrario. Lo cual es toda una sorpresa. Sí que es cierto que Tyler se detiene en cada jugada importante para señalar errores que nunca habría notado por mi cuenta. Pero la mayoría de las veces lo hace usando su tono sarcástico habitual, lo que le da mucho más salseo al tema.

Quién iba a decir que una negada para los deportes como yo acabaría disfrutando de un partido. Aunque pensándolo bien, el día que practicamos juntos también resultó ser muy entretenido. Al principio pensé que no sería capaz de realizar un entrenamiento como ese.

Debido a mi enfermedad mis interacciones con el ejercicio siempre han sido limitadas, y mi forma física deja mucho que desear. Pero contra todo pronóstico conseguí superar las pruebas de Tyler, y esa pequeña victoria me hizo sentir increíblemente realizada.

—Mira ahora —señala al cabo de un momento arrancándome de mis pensamientos—. Este es el momento, en el que el *quarterback* decide que ponerse a correr como un loco es su mejor opción.

Vuelvo a reírme y aprovecho que ha bajado la tensión para coger otra galleta. Por el rabillo del ojo noto cómo Tyler me mira. O, mejor dicho, mira la galleta con una expresión de anhelo que me hace sonreír por dentro.

—¿Quieres una? —le pregunto acercándole el recipiente.

Niega con la cabeza, pero sus ojos dicen otra cosa.

—No, gracias. Ya te he dicho que no como dulces.

—Venga, ya —insisto—. Por probar una galleta no te va a pasar nada. Además, mira esta —Cojo una y la exhibo por delante de su cara—. Parece que lleva tu nombre escrito y todo.

Tyler resopla y me arranca la galleta de la mano.

—Está bien, la probaré —murmura—. Pero solo para que dejes de insistir de una vez. —Se lleva la galleta a la boca y le da un bocado.

Da la sensación de que trata de mantener una expresión neutral mientras mastica, pero el brillo de sus ojos lo delata. Está disfrutando y mucho.

—¿Qué tal? —le pregunto, aunque en el fondo ya sé la respuesta.

Tyler se encoge de hombros.

—Supongo que para ser una bomba de azúcar no está mal.

Una sonrisa de satisfacción se instala en mis labios.

—Pues adelante, coge otra. Aquí nadie va a juzgarte.

Él alza las cejas.

—¿Quién dice que quiero repetir?

—Tu propio cuerpo —le especifico.

Porque, de hecho, su mano ya casi ha alcanzado el recipiente sin que él se dé cuenta.

Tyler suspira, rindiéndose, y toma otra.

—Bueno, pero tampoco te creas que me te vas a librar de estudiar distrayéndome con la comida, ¿eh? —Hace un gesto hacia la pantalla con la cabeza—. Aún queda mucho partido por analizar.

—Lo sé —respondo—. Pero ¿a que soy una repostera increíble?

Tyler sacude la cabeza, como si se negara a admitirlo, pero la sonrisa que asoma a sus labios me basta.

Lo cierto es que cocinar siempre ha sido algo así como un refugio para mí. Lo que realmente me hace feliz. Hasta el punto de que más de una vez he jugado con la idea de montar mi propio negocio de repostería. Pero siempre acabo desechando esa idea.

A diferencia de Violet, no creo que tenga lo que hay que tener para emprender. Así que al final me conformo con preparar postres para el catering de vez en cuanto, y ver a la gente disfrutar de mi comida. Como ahora con Tyler, a pesar de sus intentos de disimular.

Todavía tengo estos pensamientos revoloteando por la cabeza cuando Tyler reanuda la reproducción.

El tiempo pasa entre sus explicaciones y las jugadas que pausa para analizar, hasta que el partido termina.

—Bueno, ya está— murmura Tyler tras apagar el televisor—. Ahora ya sabes lo suficiente para impresionar a Scott en una conversación sobre fútbol.

—Supongo que sí —contesto cruzándome de brazos—. Pero eso de que lo voy a impresionar no lo tengo tan claro.

—¿Por qué no?

—Pues… porque ahora mismo soy invisible para él, ya te lo dije.

—Y yo te dije que tenías que entrar en su radar.

Ruedo los ojos, dejándome caer en el respaldo del sofá.

—Ya, claro. ¿Y cómo lo hago? ¿Le lanzó un balón esperando que lo coja o qué?

Tyler suelta una sonora carcajada.

—¿Qué pasa? Eso es lo único que me has enseñado —le recuerdo—.

—¿Lo único? Las enseñanzas que te brinda el fútbol pueden aplicarse a la mayoría de los problemas de la vida. ¿Sabes lo que solía decirme uno de mis antiguos entrenadores?

—No. ¿Qué decía? —le contesto armándome de paciencia.

¿Es que este chico no sabe hablar de otra cosa que no sea fútbol?

—Pues que, si quieres que te vean, primero tienes que conseguir que te miren.

—Ajá. ¿Y eso qué significa?

Tyler se inclina hacia adelante y para mi sorpresa empieza a evaluarme. Su mirada recorre mi atuendo de arriba abajo hasta que lo que ve parece convencerle lo suficiente para decir:

—Significa que estás a punto de recibir tu próxima lección. Venga vamos.

Dicho esto, se levanta con un movimiento rápido y yo no puedo hacer otra cosa que parpadear desconcertada.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí, ahora. Ya sabes lo que dicen: No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.

Capítulo 8

Ava

El lugar al que me lleva Tyler no está muy lejos. Es un bar que a primera vista no tiene nada de especial. Las paredes necesitan una nueva mano de pintura, el mobiliario es funcional, pero incómodo, y la iluminación es tan pobre que apenas puedo distinguir las letras del menú colgado a un lado de la barra.

Una canción country muy animada suena desde una vieja gramola, pero la mayoría de las personas repartidas por el local parecen más interesadas en charlar y mirar el móvil que en prestar atención a la música.

Nos sentamos en una mesa cerca de la ventana y, en cuestión de segundos, un camarero de mediana edad se acerca a nosotros. La sonrisa amigable que se asoma entre su tupida barba contrasta con la oscuridad del local.

—¿Tyler Lewis acompañado de una dama en mi humilde rincón? —bromea en tono divertido—. Menuda sorpresa…

Tyler esboza una sonrisa ladeada.

—Siempre hay una primera vez para todo, ¿no?

—Tú lo has dicho —contesta el camarero antes de volverse hacia mí—. Soy Ben. Bienvenida.

—Ava —me presento y, de repente, siento la necesidad de aclarar mi relación con Tyler—. Soy… Ummm. —Lo miro en busca de ayuda.

—Ava es una amiga de la universidad —miente él con toda la naturalidad del mundo—. Estamos colaborando en un proyecto.

Ben asiente convencido.

—Espero que sea un éxito entonces. —Saca una libreta y un bolígrafo del bolsillo de su pantalón y nos mira—. Muy bien, ¿qué vais a tomar?

Vuelvo a dirigir mi atención a la carta y tras dudar un momento pido una hamburguesa con patatas. Tyler, como era de esperar teniendo en cuenta su dieta, se decanta por un plato de pollo a la plancha acompañado de verduras.

Mientras Ben se aleja con nuestros pedidos no puedo evitar preguntarme por qué se ha sorprendido de ver a Tyler con una mujer. Más que nada teniendo en cuenta su reputación de mujeriego. Pero, enseguida, llego a la conclusión de que la respuesta es más que obvia. Seguro que Tyler lleva a sus citas a sitios más sofisticados que este. Y yo, como es lógico, no entro dentro de esa categoría.

Sea lo que sea lo que supuestamente hayamos venido a hacer aquí.

Decido dejar de andarme con rodeos y preguntarle por ello.

—¿Me vas a decir ya qué estamos haciendo aquí?

Tyler sonríe de forma enigmática.

—¿Tú qué crees? Vamos a poner en práctica una nueva lección.

—Eso ya lo has dicho. ¿Pero qué clase de lección?

—Pues, básicamente, mejoraremos tus artes de seducción.

La sorpresa asoma a mis ojos.

—¿En serio?

—Sí, ¿no es lo que querías? —me pregunta ladeando la cabeza—. Voy a ayudarte a captar la atención de un hombre y mantenerla. Así te sentirás más confiada cuando hables con Scott.

Una bola de nervios se instala en mi estómago y reacciono asintiendo con demasiado entusiasmo.

—Es lo que quería, sí. Pero entre la convicción y el arrepentimiento hay una línea muy fina, ¿lo sabías?

Tyler suelta una sonora carcajada que no hace más que alimentar mi nerviosismo.

—Tranquila, te prometo que no la cruzaremos —me asegura en tono divertido. Luego echa una mirada a nuestro alrededor y señala con la barbilla hacia un chico que está sentado en la barra—: Vale. Ahí está nuestro primer objetivo. Quiero que te acerques y hables con él. Pero antes vamos a analizar lo que vas a hacer para llamar su atención.

Vuelvo la cabeza y observo al chico del que habla. A simple vista no parece particularmente guapo ni intimidante, y calculo que debe tener más o menos mi edad. Pero aun así no puedo evitar que las palmas de las manos me empiecen a sudar.

—Probablemente tropezarme delante de sus narices —suelto, provocando que Tyler vuelva a reírse.

—Venga, Ava. No seas tan negativa. Piensa que, una vez hayas superado este reto, hablar con Scott será pan comido para ti.

—Ya, pero también está la posibilidad de que haga un ridículo tremendo —le recuerdo—. Y entonces mi confianza sí que terminará por los suelos.

Una vez digo esto Tyler y yo mantenemos un duelo de miradas. Hasta que la suya parece suavizarse como si estuviera considerando mis palabras.

—De acuerdo, cambio de planes. Antes de lanzarte al agua, vamos a practicar en tierra firme. —Suspira y tamborilea con los dedos sobre la mesa—. Yo seré tu Scott.

Alzo una ceja.

—¿Qué? ¿Vas a fingir ser él?

—Exacto. Piensa en ello como una especie de calentamiento antes de pasar a los ejercicios

más duros.

Trago saliva y me enderezo en el asiento.

—Vale, pues vamos a ello.

—Esa es la actitud. —Tyler se cruza de brazos con una pose relajada pero segura—. Ahora, imagina que soy Scott y estoy almorzando en el comedor. Y lo más importante: estoy solo. Lo que te deja vía libre para iniciar una conversación. ¿Qué me dirías?

Intento imaginarme la escena, pero justo en ese momento aparece Ben con nuestros pedidos. Lo que me da la excusa perfecta para postergar el asunto.

Le echo un poco de kétchup a las patatas y le doy un mordisco a mi hamburguesa. Está perfecta. Al punto, justo como a mí me gusta. Y tengo que reconocer que la salsa a base de mayonesa y especias combina a la perfección con la carne. Lo que me recuerda que no se puede juzgar un restaurante solo por su estética.

Mientras mastico mis ojos se desvían hacia Tyler que está cortando su filete de pechuga con una precisión casi metódica.

—¿Siempre eres tan disciplinado con lo que comes? —pregunto.

—Sí, no me queda otra. Si no me cuido y doy todo lo que puedo de mí mismo, alguien más va a ocupar mi lugar en el equipo —responde sin rodeos, dejándome un poco sorprendida—. En el fútbol o eres el mejor o no eres nada.

Me llevo una patata a la boca dándole vueltas a lo que acaba de decir. Esto es precisamente lo que dijo que le podría pasar a Scott si no levanta cabeza.

—Suena bastante agobiante —admito.

—Un poco, sí. —Se encoge de hombros—. Pero también es lo que me mantiene centrado. Saber que tengo un propósito que cumplir. Y si soy sincero, no me imagino haciendo otra cosa. Nada me llena tanto como la sensación de salir a darlo todo en el campo.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, cargadas de un peso que no esperaba. Lo cierto es que había catalogado a Tyler como un deportista arrogante y superficial, pero está claro que me equivocaba. Para él, el fútbol, no es solo un juego, sino algo mucho más profundo. Es su forma de mantenerse a flote.

Y lo peor de todo es que me siento identificada con él. Más de lo que me gustaría admitir.

Porque la repostería siempre ha significado eso mismo para mí. Sobre todo, cuando estaba peor de salud. Hornear no ha sido solo un pasatiempo o una ocupación, sino mi forma de mantenerme cuerda. Mi forma de recordarme que todavía servía para algo, incluso cuando mi cuerpo parecía empeñado en fallarme.

Ahora me pregunto si la confianza que proyecta Tyler es solo una máscara para esconder sus propios miedos. Aunque no lo conozco lo suficiente como para estar segura, y esa incertidumbre me deja con más preguntas.

Todavía estoy sumida en esa maraña de pensamientos cuando la profunda voz de Tyler se

cuela en mi mente, arrastrándome de vuelta al presente.

—Bueno, volvamos con la lección que no tengo toda la noche. ¿Qué me dirías si fuera Scott?

Bebo un sorbo agua intentando enfocarme en su pregunta.

Visualizo la cafetería y a Scott sentado en una mesa. Pero por mucho que lo intente no consigo imaginármelo completamente solo, tal y como ha sugerido Tyler. ¿Cómo podría? Si en el tiempo que llevo trabajando allí nunca se ha dado esa situación…

—Espera un momento —digo agitando la cabeza—. Es muy difícil que me encuentre a Scott, solo en la cafetería, por no decir imposible. Y como comprenderás no puedo ponerme a ligar con él, si tus otros compañeros están delante. Me moriría de vergüenza.

La sonrisa confiada que se instala en los labios de Tyler contrasta con mi propia preocupación.

—Escucha, ¿por qué le das tantas vueltas a las cosas? Ya me encargaré de eso cuando llegue el momento.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo harás?

—Pues no lo sé. Le pediré a Scott que vaya a buscar algo a las máquinas expendedoras quizás. Pero eso es cosa mía. A ti lo único que te tiene que preocupar es como actuarás llegado el caso. —Se lleva a la boca un trozo de pollo y le observo masticar mientras me dejo convencer por sus palabras—. Venga continúa.

—Eh…, sí.

Inspiro con fuerza y vuelvo a meterme en la escena con la nueva idea que ha sugerido Tyler. Me imagino la cafetería desierta, a Scott cruzando la puerta dirigiéndose a la máquina de barritas energéticas. Entonces, cuando me empapo de la suficiente confianza para conseguir acercarme a él, abro la boca para hablar y…

Oigo una voz a mis espaldas.

Es la voz de mi madre preguntándome qué estoy haciendo mientras me observa desde el mostrador. Y no es la única. Mi padre también me está observando con una expresión que cabalga entre la sorpresa y la diversión.

Y ese no es el escenario ideal, ni mucho menos, para llevar a cabo una táctica de seducción.

—Espera, hay otro problema —digo, clavando mis ojos en Tyler—: mis padres…

—¿Tus padres? ¿Qué pasa con ellos?

—También trabajan en la cafetería del centro de entrenamiento. Y a ellos sí que no podemos borrarlos del mapa.

Tyler me mira desconcertado por primera vez en lo que va de noche.

—No tenía ni idea de que tus padres trabajaban contigo —murmura.

—Sí, y también y mi primo. Es un catering familiar —le explico—. Y la cosa está en que

todos son muy cotillas. No te imaginas hasta qué punto. Así que me niego a intentar nada con ellos por ahí. Sería super incómodo, incluso para Scott.

Tyler asiente lentamente como si comprendiera mi preocupación.

—Tenemos que cambiar de escenario entonces. —Se pasa una mano en la barbilla mientras parece pensar en ello, hasta que me mira nuevamente—. Vale, ¿qué te parece esto? Podrías unirte a nosotros en una de nuestras quedadas de amigos.

Su propuesta me toma por sorpresa.

—¿Hablas en serio?

—Sí, organizaré algo en mi casa y allí podrás hablar con Scott sin presiones. Será una buena oportunidad para que te acerques a él de forma natural.

Me muerdo el labio mientras analizo sus palabras.

—¿Y cómo vas a justificar que yo esté allí?

Se encoge de hombros.

—No lo sé, ya lo pensaré. Por ahora enfoquémonos en cómo iniciar una conversación con él en ese contexto. Vale, imagina que ya os he presentado y te lo encuentras solo en la cocina, por ejemplo. ¿Qué le dirías?

Inspiro con fuerza e intento concentrarme en el nuevo escenario. Como ha dicho Tyler es ideal, pero aun así se me hace difícil imaginármelo. Supongo que porque mi *coach* del amor me está mirando demasiado fijamente con sus ojos rasgados y así no hay quien piense.

Al final digo lo primero que me viene a la cabeza.

—Ey, Scott... ¿Qué tal?

Tyler arquea una ceja.

—«¿Qué tal?» ¿En serio vas a iniciar una conversación así?

—Sí. ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —Niega con la cabeza al mismo tiempo que una sonrisa de incredulidad aparece en sus labios—. Pues que estás usando una frase totalmente inútil en el mundo de la comunicación. Todo el mundo lo sabe.

Aprieto la mandíbula.

—¿Por qué es inútil?

—Porque la respuesta que te dará Scott es: «bien, ¿y tú?» Y eso no os llevará a nada. Tienes que pensar en algo más ingenioso, que os dé para seguir hablando, como por ejemplo el fútbol.

Ruedo los ojos.

—Oh, sí, fútbol… Como no.

—Claro. Para eso te he estado enseñando —me recuerda—. Así que úsalo a tu favor.

Resoplo y bebo un sorbo de agua con la esperanza de que me aclare las ideas.

—Vale —murmuro pensando cómo puedo usar mis nuevos conocimientos—. ¿Qué tal si digo…? «Ey. Scott, ví tu carrera lateral del último partido. ¿Cómo lograste encontrar ese hueco entre los defensores»?

Una sonrisa de aprobación se abre paso en el rostro de Tyler.

—Mucho mejor, sí. Muestras interés genuino por él, al mismo tiempo que abres la puerta a una conversación más profunda. Bien pensado.

—Gracias —le respondo incapaz de esconder la satisfacción que me produce haberlo hecho bien.

Tyler también parece bastante satisfecho y a partir de aquí seguimos practicando diferentes escenarios mientras acabamos de cenar. Básicamente nos enfocamos en temas que podrían interesar a Scott.

A medida que avanzamos no me queda otra que reconocer que Tyler es un buen profesor. No solo es paciente, sino que está muy puesto en el arte del flirteo, lo que hace que todo resulte más sencillo.

Al final, después de varios intentos y correcciones por su parte, siento que he ganado la confianza necesaria para abordar a Scott sin meter la pata. Y eso me hace sentir muy bien conmigo misma.

Justo cuando Ben se lleva nuestros platos me da por mirar hacia la barra, y me percato de que el chico con el que Tyler quería que practicara ya se ha marchado. Y por lo que veo ya no quedan jóvenes en el local para sustituirle, lo cual también es una gran noticia para mí.

Que haya ganado confianza no significa que esté preparada para ponerla a prueba en este contexto. No es lo mismo hablar con alguien al que ya te han presentado, que improvisar una conversación desde cero con un extraño.

—Pues parece que nuestro objetivo se ha marchado —comento con fingida decepción—. Supongo que me toca irme a casa sin la posibilidad de humillarme en público. Que pena…

Tyler sigue la dirección de mi mirada y sonríe.

—No te preocupes, todavía tenemos opciones. —Señala con un gesto de cabeza a un grupo de jubilados jugando al dominó—. Seguro que esos de ahí tienen grandes historias de la Segunda Guerra Mundial que contarte.

Curvo mis labios en una sonrisa irónica.

—Seguro que sí. Pero mejor que no interrumpamos su proceso de digestión.

Cojo mi bolso mientras Tyler llama a Ben y, antes de que me dé tiempo a protestar, saca su tarjeta para pagar la cuenta.

—Gracias por la invitación —le digo, sintiendo una mezcla de incomodidad y remordimiento.

—Solo estoy invirtiendo en nuestro plan —me responde él encogiéndose de hombros.

—Pues esperemos que sea rentable.

—Pienso lo mismo —añade, divertido.

Le devuelvo la sonrisa y salimos del local.

Capítulo 9

Tyler

Llevamos los dos primeros cuartos de partido siendo el equipo dominante, y eso dice mucho a nuestro favor. Sobre todo, porque estamos jugando contra los Chiefs de Kansas City, uno de los equipos mejor preparados de la NFL. El estadio es un hervidero de adrenalina. El rugido de 80.000 voces se mezcla con el estruendo de tambores y cánticos. Los colores de ambos equipos vibran en las gradas y miles de ojos nos juzgan.

No hay espacio para la duda.

Nos colocamos en formación para iniciar una nueva jugada y, cuando el *center* me pasa el balón, dedico los siguientes tres segundos a analizar la situación. Tres segundos en los que el mundo parece ralentizarse a mi alrededor mientras escaneo el campo.

Busco con la mirada a los receptores de mi equipo, me fijo en los defensores que están pegados a ellos y por último me pongo a calcular. Porque esa es una de mis tareas más importantes como *quarterback*. Calcular usando la distancia, el ángulo de lanzamiento de mi brazo y la velocidad a la que se moverán los receptores, entre otras variables.

Podría decirse que es como si hubiera vuelto a mi época de estudiante y estuviera resolviendo un problema de física. Bueno, salvo por la diferencia de que ahora no estoy sentado relajadamente tras un pupitre, sino en un estadio de fútbol rodeado de titanes deseando derribarme.

Y como es lógico la presión no tiene comparación.

Por suerte, uno de mis puntos fuertes es la capacidad de concentración. Cada uno de mis pensamientos está enfocado en el campo, en analizar a mis compañeros y al equipo contrario. Por tanto, nunca permito que la tensión del momento afecte a las decisiones que tomo, ni a la precisión de mis lanzamientos. Si fuera de otra manera no estaría entre la elite de este deporte.

Mientras examino mis opciones disponibles, busco a Scott. Como *running back* su posición es crucial para abrir jugadas y ganar yardas, pero hoy, al igual que otras veces, su juego es irregular. Es evidente que sigue sin encontrar el ritmo porque su mente continúa atrapada en otro lugar. Pero, aun así, no voy a dejar de confiar en él.

Scott Wilson volverá a ser el gran jugador de fútbol que era. Yo me encargaré de ello.

Hoy, sin embargo, necesito asegurar esta jugada. Por eso, decido apostar por Drew, nuestro receptor estrella, con quien he trabajado hasta la extenuación para perfeccionar este tipo de lanzamientos.

Levanto el brazo, preparo el cuerpo y fijo la mirada en el objetivo. Lo cierto es que no se trata de un lanzamiento fácil: la distancia es bastante larga, 70 yardas para ser exactos. Sin

embargo, estoy prácticamente seguro de que el balón acabará en las manos correctas. Ya no solo por los cálculos que he hecho, sino porque tengo absoluta confianza en Drew. Él es mi colchón de seguridad.

Con ese pensamiento catapulto el brazo hacia adelante y le lanzo el balón que sale despedido con la fuerza de un misil. El público estalla ante un pase que promete ser perfecto, puedo sentirlo en todos los poros de mi cuerpo. Por un instante, tengo la certeza de que Drew hará su magia al final de la trayectoria. Pero no llego a verlo.

En cuestión de un microsegundo, todo se descontrola a mi alrededor. Los chillidos se intensifican, los jugadores reanudan sus movimientos y una de las moles humanas que me asediaban carga con fuerza contra mí.

Chocamos y los dos volamos en el aire a la espera de recibir el impacto del suelo. Como jugadores de fútbol, somos expertos en eso. En caer, aguantar el dolor y levantarnos, una y otra vez, para seguir dándolo todo en el campo. En esta ocasión yo soy el primero en tocar el césped. Lo hago con la parte derecha del cuerpo, mientras que el defensa de los Chiefs sigue agarrándome como si no hubiera un mañana.

Con lo cual, sus 300 libras de peso recaen sobre mí.

Un latigazo de dolor que me corta la respiración aparece al instante, pero como ya he dicho no me viene de nuevo. El dolor es un viejo conocido para cualquiera que practique este deporte. Lo he sentido en cada músculo, en cada articulación. Pero esta vez hay algo diferente.

Lo cierto es que ya son varias las veces que me he lesionado desde que empecé a jugar, e incluso he pasado por quirófano para que me reconstruyeran el ligamento cruzado de la rodilla. El problema es que, esta vez, el dolor proviene del hombro derecho, el mismo que utilizo para lanzar.

Y es tan incapacitante que no me veo capaz de hacer otra cosa que quedarme tirado en el suelo mientras todo parece desdibujarse a mi alrededor.

Cierro los ojos y me centro en respirar a la espera de que pase lo peor, pero no tardo en darme cuenta de que la pesadilla solo acaba de empezar. Solo acaba de empezar porque cuando intento mover el brazo en busca de alivio no lo consigo. Es como si ya no formara parte de mi cuerpo.

Entonces oigo voces amortiguadas por encima de mí, y solo logro entender las palabras «posible dislocación total de hombro» y «hay que inmovilizar». Y el siguiente pensamiento que se me pasa por la cabeza es que estoy jodido.

Muy, pero que muy jodido.

Capítulo 10

Tyler

La sala médica del centro de entrenamiento es moderna y cómoda, al igual que el resto de las instalaciones. Sillones ergonómicos, iluminación y temperatura perfectas, pantallas digitales integradas en las paredes…

Todo está diseñado para que los jugadores nos sintamos cuidados y controlados. Aunque sinceramente, yo hoy no estoy como para apreciarlo. Nada cambia mi situación actual. El hecho de que mi hombro cuelga inútilmente de un cabestrillo, y que cada doloroso movimiento me recuerda lo frágil que puedo llegar a ser.

Lo cierto es que, si hoy fuera un lunes como cualquier otro, ahora mismo estaría entrenando en el gimnasio con mis compañeros. Trabajo de movilidad, ejercicios de fuerza ligera, estiramientos… Lo habitual después de un fin de semana de partido, en el que tu cuerpo se siente como si hubiera sido aplastado por una apisonadora.

Pero hoy no es un lunes cualquiera. Al menos no para mí.

A un lado de la mesa donde estoy sentado, David Clark, el médico del equipo, desliza el dedo por la pantalla del iPad que tiene entre las manos. Al otro, el entrenador Campbell lo observa con los brazos cruzados y expresión seria.

Da la sensación de que ambos están esperando el momento adecuado para hablar. El momento para decir algo que ya intuyo, teniendo en cuenta lo que pasó el sábado.

Mi hombro se dislocó cuando caí al suelo tras ese jodido placaje. Y el dolor que sentí cuando el médico me lo recolocó no fue ninguna broma. Pero lo que más me preocupa es el crujido que oí, como si algo se hubiera roto dentro de mí.

—Tyler, ya hemos revisado todas las pruebas —dice al fin Clark, en tono tranquilo pero profesional—. Tienes un desgarro significativo en el labrum del hombro y también hay daño en la cápsula articular.

Le da la vuelta al iPad para mostrarme las imágenes de mi resonancia.

—¿Cuál es el tratamiento? —pregunto tragando saliva.

—Realizaremos una cirugía para reparar el labrum y estabilizar la cápsula. Luego seguiremos con el proceso de recuperación.

Asiento lentamente, dándome tiempo para asimilar sus palabras.

La palabra cirugía no es nueva para mí porque, como dije, ya pasé por ello cuando me rompí la rodilla en mi segunda temporada en la liga profesional. Pero esta vez, lo que está en juego es diferente. Estamos hablando de mi hombro derecho. El hombro que utilizo para lanzar. Y he oído demasiadas historias de *quarterbacks* que no han vuelto a jugar igual tras lesiones similares.

Este último pensamiento hace que mi garganta se cierre al instante. Pero, aun así, encuentro mi voz para preguntar:

—¿De cuánto tiempo de recuperación estamos hablando?

Clark se toma un momento para responder.

—Lo más probable es que sean unos seis meses: tres para la recuperación inicial, y otros tres para la recuperación completa. Siempre y cuando todo salga según lo previsto.

—¿Seis meses? —repito, más que para mí mismo que otra cosa.

Para una persona como yo, cuyo rendimiento depende del esfuerzo de cada segundo, eso es una eternidad.

Joder…

—Lewis, lo importante ahora mismo es que te enfoques en tu recuperación —interviene el entrenador Campbell—. No vamos a apresurarnos. Te necesitamos al cien por cien.

Asiento con un gesto, aunque me cuesta que sus palabras aterricen en mi cabeza. Eso de regresar al cien por cien suena de puta madre, sí. Pero la cruda realidad es que no dejo de preguntarme si realmente será posible. Si mi historia acabará bien, o por el contrario se parecerá a la de los *quarterbacks* caídos en desgracia de los que ya nadie quiere hablar.

—Sé que es mucho que procesar —continúa Clark—. Pero tenemos un plan. Y el proceso de rehabilitación está diseñado específicamente para deportistas de elite como tú.

Alzo la cabeza y lo miro. Quiero creerle, de verdad. Pero tengo demasiados pensamientos negativos rondando por mi cerebro como para ver más allá de ahí.

—¿Podré volver a lanzar igual? —pregunto deseoso de que su respuesta atenúe un poco mi negatividad. Pero cuando él y el entrenador intercambian una mirada silenciosa, tengo claro que esa posibilidad no se va a dar.

—Ese es el objetivo, sí —continúa dejando ir un suspiro—. Con la cirugía y la recuperación deberías recuperar la suficiente fuerza y rango de movimiento como para volver a jugar. Pero no puedo prometerte que será exactamente igual que antes.

El peso de sus palabras cae sobre mí como una losa.

Aunque lo peor de todo es que no sé si estoy más jodido por lo que ha dicho o por lo que se ha callado. Porque está claro que, como todo buen médico que se precie, está midiendo sus palabras para que la caída de su paciente no sea tan dura.

—Nadie ha dicho que no vayas a volver a lanzar —añade, imagino que al ver la expresión de mi cara—. Lo que quiero que entiendas es que en este proceso no se trata solo de volver al campo, sino de que vuelvas en las mejores condiciones. Y para ello tienes que dar lo mejor de ti.

Vuelvo a asentir con una sensación de irrealidad circulando por mis venas.

De repente siento la necesidad de levantarme y largarme de aquí, pero sigo siendo uno de los capitanes del equipo y mi yo responsable habla por mí.

—Estamos en plena temporada. ¿Qué hay de mi puesto en el equipo?

—Tranquilo, Anderson tomará tu lugar en la ofensiva —responde el entrenador—. Pero quiero que entiendas que es una solución temporal. Nadie está pensando en reemplazarte, muchacho. —Acompaña sus palabras de un apretón afectuoso en mi hombro sano, pero su gesto en lugar de reconfortarme me hace sentir peor. Porque el hecho de que haya sustituido su frialdad habitual por empatía recalca lo jodido que estoy—. El equipo te necesita como *quarterback* titular —continúa—. Pero ahora lo único que debe preocuparte es tu recuperación.

Alzo la vista, pero no digo nada. Cada palabra de esta conversación sigue retumbando dentro de mi cabeza y se me hace difícil ordenar mis pensamientos.

Solución temporal. Recuperación. Dar lo mejor de mí.

Todo suena vacío cuando lo único que quiero es volver a ser el jugador que era.

—¿Algo más? —pregunto en un tono más seco del que debería.

Clark niega con la cabeza, mientras que Campbell se limita a mirarme con su porte estoico habitual. Y, en el fondo, lo agradezco, de verdad. Lo último que necesito en estos momentos es la compasión de los demás.

Teniendo en cuenta que ya no hay nada más que decir, me apoyo en la mesa con mi brazo libre y me levanto.

Luego me dirijo hacia la puerta arrastrando los pies.

Voy a seguir adelante, me digo a mí mismo. Como siempre he hecho.

Aunque, por primera vez en mucho tiempo, no sé hacia dónde me va a llevar ese camino.

Capítulo 11

Ava

Es lunes a última hora y la cafetería está casi desierta. La mayoría de los jugadores que deciden quedarse a cenar en las instalaciones, ya han acabado, y solo quedan un par de ellos en una mesa del fondo.

Yo, por mi parte, sigo en mi puesto habitual recogiendo bandejas vacías, mientras mis padres terminan de organizar la cocina. Sus voces me llegan de vez en cuando a través de la puerta de vaivén, y no me cabe duda de que están enfrascados en una de sus discusiones de siempre.

—¿Cuántas veces te he dicho que tienes que pasar el trapo antes de usar desinfectante? —le recuerda mi madre a mi padre con voz frustrada.

—Es más eficiente hacerlo todo al mismo tiempo —replica él.

—Sí, pero no queda tan limpio.

—¿Quién dice que no queda limpio? Mira esta superficie. Está más reluciente que un trofeo de la NBA.

No puedo evitar sonreír mientras ellos siguen con su tira y afloja, cada uno intentando tener la razón como si se tratara de una competición. Entre el negocio y la convivencia, pasan tanto tiempo juntos que supongo que los roces son inevitables. Pero cualquiera que los conozca sabe que, a pesar de esos choques, se quieren con locura.

Y yo les admiro por ello. Mantener ese equilibrio con tu pareja, no debe ser fácil, especialmente cuando trabajas codo con codo todos los días. Pero ellos han conseguido que funcione. Y ahora ya llevan 30 años juntos de risas, peleas, y sobre todo mucho amor.

Sigo recogiendo bandejas cuando dos figuras masculinas enormes se plantan frente al autoservicio. No tengo que mirarlos dos veces para saber que son dos defensas del equipo. Sus nombres no me vienen a la cabeza, pero con ese tamaño es imposible no fijarse en ellos.

Se sirven pasta y pollo mientras mantienen una charla desenfadada sobre comida, hasta que las palabras del que tiene la cabeza cubierta de rastas llaman mi atención.

—Qué putada lo de Tyler, eh.

—Sí, tío, qué mierda —responde el otro cogiendo una botella de agua—. Espero que penalicen a Smith por ese placaje. Podría haberle partido el cuello.

Me paro en seco. ¿Partido el cuello? ¿Se refieren a Tyler?

—¿Ya se sabe cuánto tiempo estará fuera? —pregunta el de las rastas.

—Mínimo seis meses, siempre y cuando todo salga bien. Con ese tipo de lesiones ya se sabe. Primero tiene que recuperarse de la cirugía y luego chuparse toda la rehabilitación.

Su compañero suspira, claramente afectado.

—Qué desastre. No me imagino lo que debe de estar pasando.

—Sí, tío, estar fuera del campo no es fácil para nadie.

—Y nosotros también lo vamos a notar —añade—. Sin él liderando no sé cómo acabaremos la temporada. Anderson no lo hace mal, pero le falta confianza.

Trago saliva mientras ellos terminan de servirse y se alejan hacia una mesa cercana.

¿Tyler se ha lesionado? ¿Tanto como para no seguir jugando el resto de la temporada?

La noticia me deja totalmente desconcertada.

Sí que es cierto que, al no verlo hoy en todo el día, he supuesto que algo le había pasado. Pero ni mucho menos imaginaba que fuera tan grave.

Madre mía.

Tyler, el tipo que parecía que siempre podría con todo, está fuera de juego.

Literalmente.

Ese junto a otros pensamientos todos relacionados con el *quarterback* de los Patriots me acompañan el resto de la jornada y ya no consigo concentrarme en ninguna de mis tareas. Mi mente es literalmente un hervidero, incapaz de detenerse, y todavía sigue así cuando llego a casa.

Dejo el bolso y las sobras envasadas que me he traído sobre una silla y me dejo caer en el sofá. Violet no está porque según me dijo, tenía una cena con varias clientas de la peluquería con las que tiene muy buena relación.

Cojo el móvil con la intención de escribirle contándole lo que acabo de descubrir, pero al final decido no molestarla con mis dramas. Supongo que lo que le tengo que contar puede esperar.

Aunque eso no quita que siga teniendo la cabeza llena de preguntas.

¿Qué es lo que le ha pasado exactamente a Tyler?

¿Tan grave es?

¿Ya lo han operado?

¿Estará en el hospital, o en casa?

Preguntas para las que no tengo respuesta y supongo que por ello no consigo calmarme.

Suelto un resoplido y hago lo único que se me ocurre para remediarlo: buscar información en Internet.

Tecleo «Tyler Lewis lesión» y de entre todos los resultados me decanto por un vídeo.

Tal vez porque el titular «El brutal placaje que deja a Tyler Lewis fuera de la temporada», es

demasiado impactante como para dejarlo pasar.

Sea como sea, inspiro hondo y le doy al *play*.

La reproducción comienza con imágenes del partido mientras un comentarista explica lo ocurrido.

Según parece, Tyler acababa de lanzar el balón, cuando Smith, un defensa del equipo contrario le hizo un placaje no reglamentario. En la pantalla se ve el momento exacto en que Tyler hace el lanzamiento en cuestión seguido del brutal impacto. Ambos caen al suelo y como era de esperar Tyler se lleva la peor parte.

O, mejor dicho, uno de sus brazos, al quedar atrapado bajo el peso de los dos. Veo a Tyler rodar sobre el césped con el rostro contraído en una mueca de dolor que me deja helada.

—El impacto le provocó un desgarro en el labrum del hombro derecho —añade el comentarista de la noticia—. Una lesión que lo mantendrá alejado del campo por al menos seis meses y que requerirá cirugía. La intervención está programada para dentro de unos días, en espera de que baje la inflamación.

La cámara muestra al grupo médico que se acerca a Tyler mientras él sigue en el suelo con una expresión de puro dolor. Y a partir de ahí la angustia me supera y ya no soy capaz de seguir viendo la escena.

Cierro el navegador y dejo el móvil bocabajo sobre la mesa, como si con ello pudiera borrar de mi cerebro las imágenes que acabo de ver. Pero no lo consigo. La imagen de Tyler sufriendo sigue grabada en mi mente e, inevitablemente, me lleva a hacerme más preguntas. Preguntas sobre cómo debe estar enfrentándose a todo esto. A nivel emocional me refiero.

Tyler da la sensación de ser una persona fuerte tanto física como psicológicamente. Pero eso no quita que esto no le haya afectado de alguna manera. Sobre todo, considerando lo importante que parece ser el fútbol para él. No es fácil lidiar con la sensación de que tu cuerpo te falle. El miedo e incertidumbre al no saber lo que va a pasar después. La vulnerabilidad.

Yo misma he sido testigo de ello y sé que no es fácil de sobrellevar.

Suelto un sonoro suspiro y recupero mi teléfono. Tal vez podría enviarle un mensaje preguntándole cómo está.

A ver, que ya sé que no somos amigos íntimos ni nada por el estilo, pero eso no significa que no pueda interesarme por su estado de salud, ¿no? Creo que es lo correcto, sobre todo teniendo en cuenta que él me ha estado ayudando con mi problema de confianza.

Aunque sí que es cierto que podría tomárselo como una intromisión. Que me estoy metiendo donde no me llaman.

Todavía presa de las dudas deslizo el dedo por la pantalla y abro nuestro chat.

Lo último que me escribió Tyler es que seguía en pie lo de organizar algo en su casa para que yo pudiera acercarme a Scott, y que me avisaría en cuanto supiera fecha y hora. Una conversación que en su momento parecía importante, pero ahora me resulta tan insignificante y trivial, que no puedo evitar sentirme un poco culpable.

Quizá por eso no me lo pienso más y le doy al recuadro de escribir.

Me tomo un momento para pensar lo que quiero decir y tecleo:

«Hola. Acabo de enterarme de lo que ha pasado. ¿Cómo estás?»

Sé que es un mensaje corto y directo, pero tal y como dicen, menos es más, ¿no? Tampoco quiero que parezca ni demasiado personal ni demasiado frío, así que imagino que este punto intermedio es perfecto. Lo releo un par de veces más y, antes de que mi cerebro me haga cambiar de idea, le doy a enviar.

Vale, pues ya está, me digo a mí misma.

Y para evitar seguir dándole vueltas al tema, me levanto del sofá y me dispongo a prepararme la cena.

Capítulo 12

Ava

La verdad es que cuando le envié el mensaje a Tyler no sabía qué esperar. Tal vez que me respondiera con un escueto «bien», tal vez que se molestara en escribir un mensaje más largo o me llamara. O, en el peor de los casos, que me mandara a la mierda

Pero lo que no imaginaba, ni por asomo, es que no llegara a leer el mensaje.

Es decir, ningún tipo de interacción por su parte.

Me dije a mí misma que tenía que ser paciente. Tyler no solo se había lesionado, sino que tenía que someterse a una intervención quirúrgica con todo lo que eso conlleva. Estaba claro que debía dejarle espacio, y eso hice. Pero los días fueron pasando sin recibir respuesta y mi preocupación no hizo más que crecer.

Así que esa es la causa de que ahora me encuentre delante de la puerta de su casa. Porque ya hace dos semanas desde que le envié ese mensaje y sigo sin tener noticias.

A ver, ya sé que el *quarterback* de los Patriots sigue vivo, porque si no lo estuviera, habría acaparado los titulares de medio país. Pero, aun así, no puedo quitarme de la cabeza que algo no anda bien. Sé que probablemente me estoy entrometiendo en su vida, ya que apenas nos conocemos, y que seguro tiene a gente cercana preocupándose por él. Pero hasta que no lo compruebe con mis propios ojos, no me quedaré tranquila.

Tras ese pensamiento inspiro profundamente y me armo de valor para llamar al timbre.

Mientras espero me cruzo de brazos para combatir el frío de principios de noviembre. Pasa algo así como un minuto, en el que el único sonido que oigo es el del viento zarandeando los árboles. Pero no ocurre nada.

Miro la puerta durante unos segundos, indecisa, y vuelvo a presionar el timbre. Esta vez alargando más la presión para que el sonido se haga notar.

De nuevo, ninguna respuesta.

Miro a mi alrededor en busca de señales de vida, pero no veo ni el coche de Tyler, ni sacos de tierra en el porche como la otra vez. Solo hojas secas acumuladas pendientes de barrer. Las persianas de las ventanas que alcanzo a ver están bajadas, así que se me hace difícil determinar si hay alguien dentro.

Estoy a punto de darme por vencida cuando, por fin, escucho un ruido al otro lado de la puerta. Es un sonido como de pasos amortiguados cada vez más cercanos. A estos les sigue el leve chasquido de la cerradura y, finalmente, la puerta se abre.

Tyler aparece en el umbral, aunque tengo que decir que no es el Tyler al que estoy acostumbrada. Y no lo digo solo por el cabestrillo que inmoviliza su brazo derecho, sino por el

cansancio que se intuye detrás de sus ojos. Parece más humano, más vulnerable. Lleva el pelo revuelto y más largo de lo habitual, la barba sin afeitar, y va vestido con un pijama holgado que pide a gritos una lavadora.

—Hola —lo saludo con una sonrisa que no es correspondida.

—¿Qué haces aquí? —pregunta él en tono seco, con la incomodidad patente en su rostro.

Trago saliva.

—Esto… El otro día te envié un mensaje, pero no respondiste, así que… he decidido pasarme directamente por aquí.

Tyler se me queda mirando como si no entendiera lo que le acabo de decir, hasta que una especie de sonrisa de comprensión asoma a su rostro.

—Oh, claro —murmura asintiendo lentamente—. Estás aquí por el asunto de Scott. No sabía que tenías tanta prisa por seducir a tu chico.

—¿Qué? Yo no… —empiezo a decir levantado las manos, pero Tyler me corta antes de que pueda continuar.

—Tranquila, que lo entiendo. Hay que ser persistente en esta vida. Pero siento decirte que a partir de ahora tendrás que arreglártelas sola. —Baja la mirada hacia su brazo inmovilizado—. Como puedes ver, yo estoy fuera de juego hasta nuevo aviso.

Agito la cabeza.

—Tyler te estás confundiendo. No he venido por lo de Scott.

—¿Ah, no?

—No —repito con firmeza—. Me enteré de lo que pasó y solo quería saber si estabas bien.

Tyler parpadea y por un momento puedo ver como su escepticismo se tambalea. Pero enseguida fuerza otra sonrisa y se apoya en el marco de la puerta.

—Bueno, pues ya lo ves. Todavía sigo de una pieza.

Me lo quedo mirando mientras la incomodidad flota en el aire. Está claro que Tyler no se ha tomado bien mi intromisión, pero aun así pregunto:

—¿Cómo fue la operación?

—Bien, según lo previsto.

Asiento con calma.

—¿Y… el dolor?

—Es manejable —responde con un suspiro desviando la mirada—. Me han recetado suficientes pastillas como para olvidarme hasta de mi nombre, así que genial.

Acompaña sus palabras de una sonrisa burlona y yo le sigo el juego. Pero la tensión todavía se puede cortar con un cuchillo. El hecho de que todavía no me haya invitado a pasar lo dice todo.

Cambio el peso de mi cuerpo de un pie al otro y, en ese momento, me doy cuenta de que no ha sido buena idea tomarme ese té con leche antes de salir. La presión de mi vejiga empieza a ser difícil de ignorar.

—En fin —murmura Tyler enderezándose un poco—. Agradezco tu preocupación, pero ahora debería descansar. Ya sabes, hay que hacer caso a los médicos…

Pego un respingo.

—Oh, sí… —La verdad es que no era mi intención irme tan pronto. No sin brindarle a Tyler algo de apoyo, o al menos hacerle saber que estoy ahí si me necesita. Pero si mi presencia no es bienvenida tampoco puedo hacer mucho más—. Pero Si necesitas algo, lo que sea. Ya sabes…

—Lo tendré en cuenta. Gracias por la visita.

—De nada. Cuídate.

—Tú también. Y suerte con Scott.

Levanta su brazo libre en un gesto rápido de despedida, que yo imito. Luego desaparece en el interior de la casa, y yo vuelvo a suspirar mientras me doy la vuelta y me dirijo al coche.

He hecho lo que he podido, me digo a mí misma en el momento en que me pongo a buscar las llaves. Pero mi bolso suele ser un pozo sin fondo y, como de costumbre, no consigo dar con ellas.

Chasqueo la lengua, frustrada, y es en ese preciso momento cuando mi vejiga vuelve a apretar con fuerza.

Mierda…

Está claro que los nervios que he pasado hablando con Tyler han acelerado el proceso. Y también que voy a tener que hacer una parada de camino a Norwood. Pero tengo que admitir que la situación es crítica.

Dios… ¿Y si no llego a tiempo?

Echo un vistazo a mi alrededor mientras analizo de forma frenética mis opciones. Hasta que llego a la conclusión de que no me va a quedar otra que pedirle a Tyler que me deje usar su wc. Por muy humillante que me parezca la idea.

Eso sí, siempre y cuando él me permita entrar en su casa, porque teniendo en cuenta su estado de ánimo, mejor que no me haga ilusiones.

Con ese pensamiento me trago la vergüenza y regreso al porche.

Por tercera vez en lo que va de tarde, levanto la mano y toco al timbre. Para mi alivio, esta vez la puerta se abre casi de inmediato.

Tyler alza las cejas y me dirige una mirada que cabalga entre la incredulidad y la exasperación.

—¿Otra vez tú?

—Sí, eh… Siento molestarte de nuevo —me disculpo sintiéndome como una niña pequeña

que acaba de hacer algo mal.

—¿Qué pasa ahora?

—Esto… Necesito pedirte un favor.

El desconcierto en los ojos de Tyler se intensifica, pero acaba suspirando con incomodidad.

—Oye, si tiene que ver con Scott, ya te he dicho que…

—No, no —me apresuro a decir—. Es solo que… Yo…

Me muerdo el labio buscando las palabras menos vergonzosas posibles. Pero como de costumbre, la mirada inquisitiva de Tyler bloquea mis neuronas.

—¿Tú, qué?

—Bueno, la cosa está en que… Necesitaría usar un momento tu lavabo.

Tyler parpadea, claramente confundido, como si mi petición no terminara de encajar en su cabeza.

—¿Mi lavabo?

—Sí. Sé que no es buen momento, pero me he bebido un té antes de salir y… Créeme, no te lo pediría si no fuera estrictamente necesario.

Le dirijo una mirada de súplica y, para mi sorpresa, Tyler sonríe ligeramente.

—Bueno, aunque en mi estado no sirva para mucho, un lavabo sí que puedo prestar —me contesta—. Eso sí, intenta no fijarte mucho en el desorden porque ahora mismo la limpieza no entra en mis prioridades. —Se aparta de la puerta haciendo un gesto vago hacia el interior—. Ya sabes dónde está.

—Gracias —murmuro sintiéndome aliviada y ridícula al mismo tiempo mientras cruzo el umbral.

Al instante, me envuelve un ambiente denso y cargado, como si no se hubieran abierto las ventanas en días. Dejo atrás el recibidor y, como para llegar al lavabo de la planta baja tengo que pasar junto al salón, no puedo evitar echar un vistazo al interior. Tyler tenía razón: el desorden es evidente. Más evidente incluso de lo que había imaginado.

A pesar de la poca luz que se filtra por las ventanas puedo ver prendas de ropa olvidadas en varios sitios. Y la mesa de centro está abarrotada de vasos y lo que parecen recipientes de comida para llevar.

Desde luego esto no tiene nada que ver con la última vez que estuve aquí.

Acelero el paso y entro en el lavabo con la sensación de que el desorden parece ser un reflejo del estado emocional de Tyler. Como si se hubiera aislado del mundo.

¿Es que no tiene a nadie que lo ayude? ¿Familiares, amigos…?

¿O los ha apartado a todos, como ha hecho conmigo?

Suspiro, y me centro en lo que tengo que hacer, pero el desasosiego no desaparece. El

lavabo no tiene mejor aspecto que el salón y la papelera llena de gasas usadas actúa como un recordatorio silencioso de la operación.

Me lavo las manos, me las seco con una toalla que ha visto mejores días y regreso sobre mis pasos. Tyler sigue en el mismo lugar apoyado en el marco de la puerta principal.

Barajo la idea de decirle algo que pueda reconfortarle, aunque sea un poco, pero al ver su expresión de cansancio e impaciencia, lo descarto.

En su lugar, me limito a darle las gracias por dejarme usar su baño, a lo que él responde con un «de nada» desganado.

Luego nos despedimos de forma rápida, salgo de la casa y no me queda otra que seguir con mi camino.

Capítulo 13

Ava

Es miércoles por la mañana y las tareas en el restaurante siguen la rutina habitual. Mis padres están en la cocina, mientras que yo me encuentro en la despensa organizando botes de ingredientes. Mi primo Joe va y viene, cargando cajas desde la camioneta hasta que mi madre parece decirle algo. Lo siguiente que oigo es la voz quejicosa de Joe.

—¿De verdad tengo que hacerlo? Ya tengo bastante con los viajes del local al estadio, como para añadir esto.

Coloco el tarro que estoy sosteniendo y me acerco un poco a la puerta para enterarme de lo que están hablando.

—Tampoco es para tanto —le contesta ella—. Su casa te viene de paso. No está muy lejos de aquí.

—Eso no quita que sea un coñazo —replica mi primo—. ¿Por qué no puede venir a recoger su propia comida? No somos una empresa de comida a domicilio.

—Porque está lesionado, Joe. Y según parece los directivos de los Patriots están bastante preocupados por su estado de salud. Por eso nos han pedido que nos encarguemos nosotros de sus comidas.

Me detengo en seco al oír esto último. Está claro que se refieren a Tyler.

No tardo ni dos segundos en regresar a la cocina.

—¿Qué pasa? ¿A quién hay que llevarle comida? —pregunto haciéndome la tonta.

—A Tyler Lewis —responde Joe con un suspiro de exasperación—. Al parecer se ha lesionado y está en su casa sin mover ni un puto dedo. Pero en lugar de contratar a un chef privado con la pasta que tiene, tenemos que ser nosotros los que le llevemos el sustento.

Mi madre alza la mirada de su Tablet y le dirige una mirada de reprobación.

—Joe, baja la voz. Ya te he dicho que esto no es una petición suya, sino de la dirección del equipo.

—Pues que contraten a alguien más, joder.

Mi padre, que hasta ahora estaba concentrado rellenando bandejas, vuelve la cabeza y dice:

—Joe, deja de quejarte. Si los Patriots nos lo han pedido, es porque confían en nosotros.

—Exacto —continúa mi madre—. Y además es parte de nuestro trabajo como catering oficial del equipo. Por eso nos pagan, para adaptarnos a las necesidades de los jugadores. Y si eso incluye llevarle la comida a Tyler Lewis mientras se recupera, lo hacemos y punto.

Joe suelta un sonoro suspiro.

—Vale, vale. Está claro que no me queda otra que apechugar. Pero no me negaréis que es un poco ridículo. Si puede abrir la puerta para coger la comida, puede apañárselas para pedir algo por su cuenta.

—Míralo por el lado bueno —le pide mi padre—. No todo el mundo puede decir que ha estado en casa de un quarterback estrella. ¿Qué más quieres?

Joe pone los ojos en blanco mientras mis padres se ríen. Yo, también sonrío, pero por dentro no dejo de darle vueltas a una idea que ha empezado a gestarse en mi cabeza.

—¿Por qué no voy yo? —propongo entonces, con la intención de llevar mi plan a la acción.

Joe me mira como si me hubiera ofrecido voluntaria para someterme al peor de los sacrificios.

—¿Tú? ¿Por qué querrías hacerlo?

Mis padres también se vuelven hacia mí y por unos segundos tengo la sensación de que todo parece detenerse a mi alrededor.

—Es lo lógico, ¿no? —añado intentando sonar natural—. De los cuatro yo soy la que menos trabajo suele hacer. Y si como decís la casa de Tyler está cerca del estadio, puedo ir y venir con mi coche en un momento, sin que afecte al resto de mis tareas.

Joe sale de su asombro y asiente con la cabeza totalmente de acuerdo con mi proposición. Mi madre, en cambio, mira a mi padre con la tipica cara de circunstancias que me indica que no va a ser tan fácil convencerla.

Por suerte, mi padre, que comprende mejor que ella mi necesidad de sentirme útil, murmura:

—No es una mala idea. Así Joe puede centrarse solo en las entregas más grandes.

Tras un momento que se me hace eterno mi madre suspira y me mira con preocupación.

—No sé, Ava. Ya sabes que no quiero que te excedas…

—Lo sé, pero esto no me supone ningún esfuerzo —le recuerdo—. Y como siempre dices hay que pensar que es lo mejor para el negocio.

Mi padre asiente dándome la razón.

—Es cierto, cariño. No le supone un esfuerzo extra, y estoy seguro de que puede ocuparse de ello sin problemas.

Mi madre traslada su mirada de él hacia mí y, tras evaluarme un momento en el que su mente parece debatirse entre seguir su instinto protector o la lógica, suspira y me dice:

—Está bien, pero asegúrate de no sobrecargarte.

—Eso haré —le prometo con una sonrisa, intentando aliviar su inquietud.

Justo en ese momento, suena el móvil de mi madre que sale de la cocina respondiendo la llamada. Joe, que ha estado observando la escena con la esperanza de poder librarse de llevar la

comida, añade:

—Genial, pues asunto resuelto. A partir de ahora Ava será la especialista en entregas VIP. —Me río ante su comentario y él no tarda en pasarme una bolsa térmica, donde imagino que está la comida para Tyler—. Aquí tienes el preciado encargo. ¡Ah! Y recuerda no mirar mucho a los ojos a su destinatario, no sea que te hipnotice y acabes lavándole también los platos.

Ruedo los ojos.

—Gracias por el consejo, Joe. Tu siempre tan considerado.

—De nada. Es mi deber asegurarme de que sobrevivirás a esta misión, primita.

Mi padre pasa junto a nosotros con una bandeja de pollo entre las manos,

—No le hagas caso, Ava. Tyler Lewis no te dará problemas o, de lo contrario, tendrá que vérselas conmigo.

Dicho esto, me guiña un ojo y, tras pedirle a Joe que coja otra bandeja, salen los dos de la cocina.

Miro la bolsa que tengo entre las manos y suspiro. No sé si Tyler me dará problemas o no, pero, siendo realista, con lo mal que me recibió la última vez, apostaría por lo primero.

Puede que me haya metido en un buen lio ofreciéndome para esto, pero ¿qué iba a hacer? No podía simplemente mirar para otro lado después de haber visto a Tyler tan jodido.

Ahora, lo que está claro es que, tengo una excusa para aparecer cada día frente a su puerta.

Y le guste o no, no le quedará otra que acostumbrarse a verme.

Capítulo 14

Ava

Media hora después, Tyler me abre la puerta de su casa y, como ya intuía, no parece muy contento de verme.

—Ava Green… —murmura, forzando una sonrisa—. Te encanta venir a tocarme las pelotas, por lo que veo.

—Y tú eres un anfitrión de lo más encantador —le replico, levantando la bolsa para que la vea—. ¿Así es como recibes a la persona que viene a traerte la comida?

Tyler frunce el ceño.

—¿Qué comida?

—La del catering. Tu equipo nos pidió a nosotros que nos encargáramos de tu dieta.

Su desconcierto se intensifica.

—¿Qué? Pero si dije que no hacía falta…

—¿Ah, sí? —murmuro, algo confundida también, porque no había previsto este escenario. ¿En serio han tomado esa decisión por su cuenta? Un silencio incómodo se instala entre nosotros, hasta que yo me decido a sonreír y añado—: Bueno, sea como sea, aquí estoy con tu comida recién hecha. ¿Dónde te la dejo? —Doy un paso hacia adelante con la intención de entrar en su casa, pero Tyler alarga su brazo sano, cortándome el paso.

—Espera. ¿A dónde vas?

—A ayudarte a guardarlo todo en la nevera.

Tyler me mira como si acabara de decir la cosa más ridícula del mundo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te hace pensar que necesito ayuda?

Parpadeo, desconcertada.

—Bueno, como tienes un brazo inmovilizado pensaba que…

—Qué me he quedado invalido, ¿no? —me corta Tyler.

—Por supuesto que no, pero no debe ser fácil hacerlo todo con una sola mano.

Él fija la vista en un punto a lo lejos y suspira con impaciencia.

—Mira, aunque no lo creas puedo apañármelas solo. Esta no es la primera vez que estoy lesionado.

—Ya me lo imagino —respondo—, pero nunca viene mal que alguien nos facilite un poco

las cosas.

—Desde luego que no. Por eso te recomiendo que reserves tu energía para alguien que la necesite de verdad.

Lo miro fijamente, intentando decidir o dejarlo estar.

Al final me decanto por lo segundo.

—Está bien, tú ganas —digo con un suspiro—. Tienes pollo con arroz y verduras para la comida, y, eh… pescado con quinoa para la cena —le paso la bolsa y él la coge con un movimiento rápido.

—Genial. Gracias.

Estoy a punto de explicarle cómo debería calentar los platos, pero antes de que llegue a abrir la boca, Tyler se da la vuelta y desaparece en el interior de su vivienda.

***

Las siguientes visitas a casa de Tyler no son muy diferentes de la primera. Cada mañana llamo al timbre con la bolsa térmica en mano, y él me abre la puerta con su expresión infranqueable habitual. Luego cruzamos unas cuantas palabras de rigor: yo le informo de que cuál es el menú del día, él me da las gracias y, a los pocos segundos, la puerta vuelve a cerrarse frente a mí.

No puedo decir que me sorprenda. Todos tenemos una manera propia de lidiar con el dolor, de enfrentarnos a nuestros fantasmas. Y por lo que parece Tyler es de los que optan por aislarse y empeñarse en demostrar que no necesitan a nadie.

Por eso no intento forzar las cosas. Pero, al mismo tiempo, me niego a quedarme de brazos cruzados mientras sus días transcurren tan monótonos y vacíos en su casa en penumbra.

Así es como al cabo de una semana de darle vueltas al asunto, y pensar en lo que me habría ayudado a mí en el pasado, se me ocurre algo: dejarle pequeñas sorpresas junto a la comida.

Y para empezar me decanto por una de las *cookies* que he horneado. Ya sé que, de primeras, el azúcar le tirará para atrás, como el día que las probó. Pero en al final no se podrá resistir.

La envuelvo en papel de celofán para que destaque un poco y le pego una nota con el mensaje:

Aquí tienes una delicia casera para endulzarte un poco el día. Prometo no chivarme a tu nutricionista.

Al día siguiente lo meto en la bolsa térmica y se la entrego a Tyler con normalidad. Como de costumbre él coge la bolsa sin prestarle demasiada atención, y regresa a su guarida ajeno a la

novedad que lleva dentro.

El segundo día elijo un libro de sudoku y como comentario añado:

No sé si eres bueno en esto, pero seguro que más que yo.

Y el tercer día soy un poco más atrevida y le dejo un libro de meditación que en su día me gustó mucho. La nota tampoco tiene desperdicio:

La guía definitiva de meditación para personas impacientes. Espero que te funcione.

Y así continúo el resto de la semana.

Cada mañana le dejo a Tyler un detalle nuevo junto a una nota y, a medida que pasan los días, empiezo a notar ciertos cambios positivos en él. Al principio son sutiles, como el hecho de que tarde unos segundos más en cerrar la puerta, o parezca mucho más interesado en la bolsa que antes. Pero un día me lo encuentro ya esperando apoyado en el marco de la puerta.

Y aunque su expresión sigue siendo seria, algo me dice que está empezando a acostumbrarse a mis visitas. O incluso a valorarlas, que ya es mucho decir.

No necesito más para constatar que voy por el buen camino.

Capítulo 15

Tyler

—Joder, tío ¿cuándo fue la última vez que limpiaste esta cueva? —suelta Drew dejándose caer sobre el sofá—. ¿O es que la mugre y tú ya os habéis hecho colegas?

Lo fulmino con la mirada desde la butaca de enfrente. Hoy no tengo paciencia para sus bromas.

—Si has venido a tocar los cojones, ya sabes dónde está la puerta.

Drew ignora mi amenaza y coloca sus largas piernas sobre un hueco libre de la mesa de centro.

—Tranquilo que no me voy a ir todavía después de lo que me ha costado entrar aquí. ¿Sabes cuánto tiempo llevo intentando contactar contigo?

—Últimamente no miro mucho el móvil —me excuso, aunque la realidad es que lo ha estado evitando de forma premeditada. A él y a todo el mundo que ha intentado acercarse a mí.

Pero Drew no es de los que se rinden fácilmente. Y tengo claro que, si no lo hubiera abierto la puerta, habría sido hasta capaz de acampar en el porche.

—Ya, claro… —contesta con una sonrisa de circunstancias, y tras pasear su mirada por el salón añade—: Sea como sea, lo que importa es que ya estoy aquí, disfrutando de tu compañía en este ambiente tan… acogedor. En serio, tío. ¿Por qué no ha venido la mujer de la limpieza?

Me apoyo en el respaldo de mi asiento y suspiro.

—Porque ya no trabaja para mí.

—¿Qué? ¿La has echado?

—No. Simplemente le dije que no hacía falta que volviera. Puedo apañármelas solo.

Drew vuelve a mirar alrededor y asiente con calma.

—Ya veo que lo tienes todo bajo control, sí.

—Exacto.

Un breve silencio se apodera de la habitación mientras Drew me evalúa detenidamente.

—Oye… —murmura y hace una pausa como si estuviera seleccionando las palabras que me va a decir—. Ya sé que lo de tu lesión es una putada. Una putada de las gordas. Yo también he pasado por ahí y te entiendo perfectamente. Pero tienes que saber que quedarte aquí aislado, pudriéndote en tu propia mierda, no va a hacer que las cosas mejoren. ¿Cuándo te vas a dejar ayudar?

Bajo la cabeza y me froto la parte posterior con frustración. No tengo ganas para sermones y tampoco los necesito. Estoy acostumbrado a cuidarme solo. Desde niño para ser exactos.

—Joder, ya te lo he dicho. No hace falta que nadie venga a salvarme —espeto—. ¿Y quién dice que me estoy pudriendo en mi propia mierda? Que lo tenga todo un poco revuelto, no implica que no me las esté apañando. Sigo la rehabilitación al pie de la letra y gracias al servicio de catering no voy a morir de inanición. Así que puedes respirar tranquilo.

Mi mandíbula se tensa al sacar a relucir el tema del catering. Aun me jode que el equipo decidiera enviarme la comida cuando les dije que no era necesario. Y a eso se le suma la nueva decisión de cambiar de repartidor, cuando ya me había acostumbrado a la presencia de Ava.

Bueno, en realidad, no sé si es un cambio como tal. Solo sé que, desde hace un par de días, me trae la comida un tal Joe. Y no sé por qué, pero me molesta el asunto. Tal vez porque estoy en un momento de mi vida que no tolero bien los cambios. O quizás porque, aunque me cueste reconocerlo, Ava tenía una forma de proceder que hacía que mis días fueran un poco menos miserables.

—Menos mal del catering, sí —continúa Drew, arrancándome de mis pensamientos. Luego señala con un gesto de cabeza hacia los restos de comida que ocupan la mesa de centro—. Aunque ya podrías pedirles que se llevaran los envases. Pareces un adolescente viviendo solo por primera vez.

Ruedo los ojos.

—¿Y si dejas de darme la lata con la limpieza, y me explicas algo interesante, para variar?

Drew se ríe entre dientes.

—Vale, vale. Déjame pensar. —Ladea la cabeza y se pasa una mano por la barbilla—. ¿Quieres cotilleos del equipo? Tengo unos cuantos.

—No, no quiero cotilleos.

—Pues te los voy a contar igual —insiste—. Ummm. A ver… ¿Recuerdas la hermana de Collins?

—¿Candice?

—Sí. Pues resulta que está saliendo con Ramirez.

Alzo las cejas.

—¿En serio?

—Sí, al parecer llevaban un par de semanas viéndose a escondidas, pero ya sabes que en el equipo los secretos no duran mucho. Tendrías que ver a Ramirez. Nunca lo había visto tan eufórico.

Drew vuelve a reírse y yo no puedo evitar que su comentario me recuerde a Scott y al plan que tenía preparado para ayudarle. Mi idea era precisamente que volviera a enamorarse, y el chute de hormonas le devolviera a la vida. Pero ahora con mi lesión todo eso me parece a mil años luz de distancia.

Ava también contaba conmigo para esto y aunque le dije que se espabilara sola, tampoco quiero que piense que me estoy desentendiendo. Solo necesito encontrar una manera de retomar las cosas.

—Quien lo hubiera dicho —digo dejando atrás esos pensamientos—. Bueno, ¿y qué más novedades tienes?

Drew sigue contándome cosas, algunas la hostia de surrealistas, como la posibilidad de que la sala de pesas del estadio esté embrujada. Un rumor que, según parece, originó uno de los defensas al escuchar ruidos cuando estaba entrenando solo.

Alzo una ceja con incredulidad.

—¿Y no se le ocurrió que tal vez fueran las tuberías?

—No, porque según dijo era un sonido distinto.

—¿Ah, sí? ¿Un sonido cómo? ¿De cadenas arrastrándose al estilo *Cuento de Navidad?* Joder, Drew… ¿Es que no tienes nada mejor que explicar? —Nada más decir esto una punzada de dolor me atraviesa y hago una mueca—. Para historias de terror ya bastante tengo con mi propia mierda.

—En realidad sí que tengo algo mejor… —me responde él con una sonrisa pícara—. Me lo estaba reservando para el final.

—Ya podías haber empezado por ahí. ¿De qué se trata?

—Pues… —Hace una pausa y se aclara la garganta—. Tienes que saber que Halley y yo vamos a empezar un nuevo proyecto juntos.

Frunzo el ceño, intrigado por su tono de voz.

—¿Un nuevo proyecto? ¿De qué tipo?

Drew se inclina hacia adelante y sonríe.

—Uno bastante emocionante diría yo… Halley y yo hemos decidido dejar de usar anticonceptivos.

Me quedo mirándolo fijamente, intentando procesar sus palabras.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Vamos a empezar a buscar un bebé.

Por un momento me quedo mudo a causa de la sorpresa. No porque no me vea a Drew haciendo de padre sino porque no me esperaba la noticia. Al menos no tan pronto. Una sonrisa se abre paso a través de mis labios.

—Así que en nada tendremos a un mini Drew por aquí…

—Si todo va bien, sí.

—Pues ya puedes ir apropiándote de un manual sobre cómo criar niños.

Drew alza una ceja con expresión divertida.

—¿Un manual? Vamos Tyler ¿por quién me tomas? Estoy preparado para cualquier cosa.

—Ya, claro —murmuro con una sonrisa de circunstancias—. Me pregunto cuánto durará esa seguridad cuando el crio te despierte a las 3 de la mañana.

—No te preocupes que me las arreglaré. Y si no ya te llamaré a ti para que me des apoyo moral.

—¿A las 3 de la mañana? Ni de coña, tío. Tengo que dormir para mantenerme en forma.

Drew se ríe y yo hago lo mismo olvidando por un momento las nubes de tormenta que giran sobre mi cabeza. Y la verdad es que lo agradezco. Está claro que no debería haberme negado a verlo. Su forma de hacerme reír siempre ha sido una de las cosas que más valoro de nuestra amistad.

—Ahora fuera bromas —digo al cabo de unos segundos en tono más tranquilo—. Creo que serás un padre de primera, colega.

Drew me mira un poco sorprendido antes de que otra sonrisa genuina vuelva a instalarse en sus labios.

—Gracias, tío. Eso significa mucho para mí —confiesa—. Sobre todo, viniendo de alguien que lleva dos semanas escondido en este estercolero.

Le atravieso con la mirada antes de agarrar un cojín y lanzárselo con fuerza.

—Tú sí que deberías esconderte.

Drew lo esquiva por poco sin dejar de reírse.

—Tranquilo que con esa puntería no siento ningún tipo de peligro.

—Anda, vete antes de que encuentre algo más pesado para lanzarte—le advierto intentando sonar serio sin mucho éxito.

Drew se levanta del sofá y hace una señal de rendición.

—Vale, vale. Ya me voy. Pero hazme un favor y contrata de nuevo a la mujer de la limpieza. Porque si vuelvo aquí y veo esto igual, no me quedará otra que mudarme a vivir contigo hasta que recuperes el juicio —me avisa señalándome con el dedo—. Y ya sabes lo insoportable que puedo llegar a ser.

—Tomo nota —le contesto con una sonrisa despreocupada, solo para que deje de incordiarme.

Luego le hago un gesto de despedida sin molestarme en levantarme.

A los pocos segundos Drew se marcha y el silencio vuelve a instalarse en el ambiente. Lo disfruto por un momento hasta que el peso de mis pensamientos empieza a hacerse difícil de soportar, y miro a mi alrededor.

Mi amigo ha dicho que mi salón parecía un estercolero y le doy la razón. Tengo que decir que por regla general no soy así de desordenado, sino al contrario. Pero desde la lesión todo ha ido cuesta abajo, y ya no tengo energía para preocuparme por cosas como esta.

Por un instante, pienso en dejarlo todo como está. Pero las quejas de Drew regresan a mi cabeza, y me siento obligado a hacer algo al respecto. No por él, sino por mí propio interés. Como si lo necesitara para reafirmar lo que le he dicho: que puedo valerme perfectamente por mí mismo.

Con ese pensamiento me incorporo un poco y me acerco a la mesa de centro. Guardo los videojuegos a los que he estado jugando en sus respectivas cajas, y luego me dedico a apilar vasos y platos. Acto seguido hago lo mismo con los envases del catering, hasta que debajo de uno de ellos aparece algo que me hace detenerme en seco.

Se trata del libro de meditación que Ava me dejó en una de sus entregas, junto a la nota:

La guía definitiva de meditación para personas impacientes. Espero que te funcione.

La releo y no puedo evitar que una sonrisa teñida de incredulidad asome a mis labios.

Con que impaciente, ¿eh? ¿De verdad piensa Ava eso de mí? Pero si no me conoce lo suficiente, como para ir por ahí poniéndome etiquetas…

A ver que no negaré que últimamente la paciencia no es mi fuerte, pero ¿qué se puede esperar teniendo en cuenta mi situación? Ya llevo demasiados días sin poder usar el brazo derecho y la frustración de sentirme inútil está empezando a hacer mella en mí.

Así que, si estoy un poco más irritable de lo normal, supongo que es comprensible, ¿no?

Suelto un resoplido mientras me debato entre dejar aparcado el libro en un rincón o abrirlo, pero la curiosidad me puede y al final me decanto por lo segundo.

Lo abro por una página al azar. Concretamente una con el título «La magia de visualizar».

La leo por encima y no puedo evitar acabar rodando los ojos ante lo poco creible que me parece su contenido. Básicamente explica que imaginarse cosas positivas puede ayudar a controlar el dolor, sanar enfermedades y, en general, hacer que tus problemas sean más llevaderos.

Ya, claro.

¿Imaginar que estoy en un paraíso tropical va a arreglar mi hombro destrozado? Lo dudo mucho. Y, sino que se lo pregunten a las personas que viven con enfermedades graves que ningún tratamiento puede curar.

Sacudo la cabeza y suelto el libro el libro sobre la mesa. ¿En qué momento ha pensado Ava que esta gilipollez me podría ayudar? La idea es tan ridícula que no sé si me siento ofendido, o con ganas de ponerme a reír.

Tal vez ambas cosas al mismo tiempo.

Cojo el móvil y, sin saber muy bien por qué, abro el chat que tengo con Ava.

Su último mensaje sigue ahí sin respuesta.

Ava: *Hola, acabo de enterarme de lo que ha pasado. ¿Cómo estás?*

Una especie de punzada de culpabilidad me atraviesa por el hecho de haber pasado de ella.

Pero en ese momento no tenía ganas de hablar con nadie, y ni mucho menos recibir mensajes de ánimo o de compasión. Eso por no hablar de que todavía me estaba habituando a hacerlo todo con la mano izquierda, teclear en el móvil incluido.

Barajo la posibilidad de enviarle una disculpa, pero enseguida llego a la conclusión de que sería la hostia de raro a estas alturas, y lo descarto.

En su lugar escribo:

Yo: *¿Así que imaginarme en una isla desierta bebiendo de un coco era tu plan para arreglarme? Muy efectivo, Green.*

Lo reviso y sin darle más vueltas le doy a enviar.

Me quedo con la vista fija en la pantalla preguntándome si este mensaje será suficiente para retomar la conversacion con Ava, o por el contrario ignorará mi intento de redimirme.

Entonces aparece la confirmación de que lo ha leido y su respuesta no tarda en llegar.

Ava: *¿Eso significa que has abierto mi libro? Guau. Te felicito.*

Suelto una risa corta y le contesto antes de que mi cerebro tenga tiempo de intervenir.

Yo: *Sí, pero lo he cerrado al momento. Paso de perder el tiempo con esas gilipolleces.*

Ava: *¿Así que estas tirando la toalla? Que decepción, Lewis. Esperaba más de ti.*

Ruedo los ojos, aunque no puedo evitar volver a sonreír.

Yo: *¿En serio? Creía que ya te habías rendido conmigo. Como ya no me traes la comida…*

Esta vez Ava tarda un poco más en contestar y por un momento me pregunto si me he pasado de la raya.

Ava: *Para tu información he estado de baja por culpa de una gripe, no para darte el gusto de librarte de mí.*

Otra sonrisa se abre paso a través de mis labios. No porque me alegre de que Ava haya estado enferma, ni mucho menos, sino porque una parte de mi se alegra de que su ausencia haya sido solo temporal.

Y la verdad es que no entiendo por qué. Lo único que está claro es que pasar tiempo encerrado está empezando a trastocarme la cabeza.

Borro la sonrisa de mi cara y tecleo.

—Yo: *Vaya… ¿Ya estás mejor?*

—Ava: *Sí, gracias. Así que vete preparando porque voy a volver a lo grande.*

—Yo: *¿Debería estar asustado?*

—Yo: *No. Aunque pensándolo bien, tal vez un poco. Voy a necesitar que seas mi conejillo de indias.*

Frunzo el ceño en el acto. ¿Conejillo de indias? ¿Qué coño significa eso?

Estoy a punto de enviarle otro mensaje para preguntarle, pero ella se me adelanta.

—Ava: *Mañana te daré más detalles. Nos vemos, Lewis.*

Me quedo mirando la pantalla sin entender nada. Podría intentar indagar un poco más al respecto, pero algo me dice que Ava no me va a dar las respuestas que busco. Al menos no ahora. Así que me limito a dejar el móvil sobre la mesa con un resoplido.

Conejillo de indias…

Bueno, supongo que cuando ya estás jodido, no tienes mucho más que perder.

Capítulo 16

Ava

Al día siguiente cumplo mi promesa y una vez salgo de trabajar, me paso por casa de Tyler. Tengo que decir que, aunque nos hemos visto esta mañana cuando le he llevado la comida, me he mantenido hermética sobre lo que tengo en mente. Así que cuando Tyler me abre la puerta de nuevo lo hace con una expresión que mezcla la curiosidad y la resignación.

Yo por mi parte no puedo evitar dirigirle una mirada de sorpresa.

—Ey, ya no llevas el cabestrillo —comento, señalando su brazo.

—No. Hoy tenía revisión con el médico y me ha dado permiso para dejar de usarlo. —Levanta con cuidado el brazo y se lo mira—. Pero antes de que te emociones, sigo estando fuera de servicio para lo que sea que estés tramando.

—Tranquilo que lo único que necesito de ti es tu opinión. —Sonrío y hago un gesto con la cabeza hacia el interior de la vivienda—. ¿Puedo pasar?

Tyler frunce el ceño, pero se aparta de la puerta mientras dice:

—Déjate ya de secretos. ¿Mi opinión sobre qué?

—Sobre una receta dulce que voy a preparar —le confieso al fin cruzando el umbral.

—¿Aquí? ¿En mi cocina?

—Sí, recién hecha sabe mejor —le explico intentando sonar natural—. Y, por si no lo recuerdas, he estado trabajando todo el día. No he tenido tiempo de prepararla antes.

Tyler entrecierra los ojos y alterna su mirada entre mí y la enorme bolsa que llevo con todo lo que necesito para preparar la receta.

—¿Y por qué tengo que ser exactamente yo? Cualquiera te serviría para darte una opinión.

—Bueno… Porque confío en tu sinceridad. Es decir, que si está malo sé que no te vas a cortar en decírmelo y… por eso mismo necesito que seas tú.

Tyler arquea una ceja.

—¿Debería sentirme halagado?

—Por supuesto —le contesto ajustándome la bolsa en el hombro que ya me empieza a pesar —. Yo no le doy mi voto de confianza a cualquiera.

Trago saliva y pongo cara de niña buena. Por un momento tengo la sensación de que Tyler me va a volver a echar, pero finalmente suspira y sacude la cabeza con resignación.

—Ven, vamos a la cocina antes de que me arrepienta.

Esbozo una sonrisa de satisfacción y sigo sus pasos.

—Gracias por tu apoyo.

Una vez entramos en la cocina dejo la bolsa sobre la isleta y empiezo a vaciarla.

—¿De verdad era necesario que trajeras tantas cosas? —murmura él en tono todavía receloso—. ¿Qué coño vas a preparar?

—Brownies con caramelo. No es que la elaboración sea muy complicada, pero no quería arriesgarme a que me faltara nada. —Cojo el cazo y lo dejo sobre la vitrocerámica para empezar con la *ganache*. Una crema a base de azúcar, nata y caramelo que usaré para recubrir el brownie.

—Eso no suena muy *fit* —puntualiza apoyándose en la encimera—. Está visto que sigues empeñada en que envíe mi dieta a paseo.

—Puede, pero, aunque no te lo parezca te estoy haciendo un favor. —Cojo el recipiente con la nata fresca y lo vuelco en el cazo.

—¿Un favor? Ya claro…

—Sí, un favor. —Le lanzo una mirada rápida mientras repito el proceso con el azúcar—. ¿Sabías que comer cosas deliciosas ayuda a liberar endorfinas? Y esas endorfinas mejoran el estado de ánimo, lo que es clave en tu recuperación.

Tyler se ríe entre dientes.

—¿Así que ahora te preocupas por mi recuperación? Creía que solo venías a usarme como degustador.

Me encojo de hombros sin dejar de remover la mezcla.

—Bueno, ambas posibilidades tienen su parte de verdad. ¿Por qué elegir cuando puedo hacerte un favor, y aprovecharme un poco de ti en el proceso?

Le dedico una de mis mejores sonrisas que el recibe llevándose una mano al pecho de forma teatral.

—Vaya, que generoso de tu parte.

—Gracias.

—Pero aún no me has dicho a qué viene tanto interés en mi recuperación. ¿No será que quieres que te siga a ayudando con el plan de seducir a Scott?

—Para nada —me apresuro a decir—. Quiero decir… No es que no tenga intención de seguir con el plan, pero entiendo que ahora mismo tú tengas otras prioridades.

Tyler parpadea un par de veces como si no se esperara mi respuesta.

—Tengo otras cosas de las que ocuparme, sí. —Baja la cabeza con expresión seria, pero por suerte no tarda en volver al mismo estado despreocupado de antes—. Bueno y ¿has hecho algún avance con Scott?

Niego con la cabeza y bajo la temperatura para que la mezcla deje de hervir.

—La gripe me dejó con la cabeza tan embotada que no me veía capaz de hacer nada que implicara pensar —le digo, lo cual no es ninguna mentira. Por culpa de la medicación que tomo desde mi trasplante de corazón, mis defensas están por los suelos. Eso me convierte en el blanco perfecto para cualquier virus o bacteria que circule por la faz de la tierra. De ahí que lo que para otros sería un simple resfriado, para mí significa acabar completamente fuera de combate —. Pero ahora que ya estoy recuperada voy a volver de nuevo a las andadas —añado sin dar más detalles.

—Me alegro —responde Tyler—. Esa es la actitud. Scott necesita una mujer como tú en su vida y lo sabes.

Me río empapándome de su confianza y tras añadir el caramelo sigo removiendo. Luego me centro en preparar la masa del brownie mientras Tyler no deja de controlar todos mis movimientos.

Y para ser sincera me está poniendo de los nervios.

En serio, ¿qué es lo que se piensa? Qué voy a prenderle fuego a su cocina de diseño, ¿o qué?

Por el amor de Dios soy una persona adulta. Una persona adulta que para colmo lleva años cocinando.

Gruño para mis adentros y tras inspirar con fuerza sigo con mi cometido. Finalmente vierto la masa en un molde y lo meto en el horno con la satisfacción de quien ha hecho un trabajo bien hecho.

Como ahora toca esperar unos 30 minutos me pongo a recoger mis cosas. Tyler, no sé si por aburrimiento, o porque, por fin, ha llegado a la conclusión de que no voy a hacer ningún estropicio, me dice que me espera en el salón. Asiento y tras acabar de meterlo todo en mi bolsa aprovecho que estoy sola para adecentar un poco la cocina.

A ver, que no es que esté hecha un completo desastre, pero se nota que su dueño lleva días descuidándola.

Intentando hacer el mínimo ruido, meto todo lo sucio en el lavavajillas y luego limpio un poco la encimera y el suelo. Justo cuando estoy volcando el recogedor en la basura suena la alarma del horno. Una vez lo abro el aroma a chocolate invade la cocina y no puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa. Parece que el brownie ha salido perfecto, al menos a simple vista.

Dejo el molde sobre la vitrocerámica para que se enfríe y me dirijo al salón. Tyler está sentado en el sofá con los pies apoyados en la mesa de centro mientras cambia los canales de la tele sin demasiado interés.

—El brownie ya está —le informo desde la puerta—. Solo falta que se enfríe para ponerle la cobertura.

—Genial —musita tras lo que vuelve a centrarse en la pantalla.

Me quedo ahí plantada sin saber muy bien que hacer hasta que decido sentarme también en el sofá.

El ruido de una película de serie B que no conozco llena el silencio y como no me interesa en absoluto no puedo evitar que mi mirada vaya a parar sobre la mesa. Me alivia ver que, dentro de lo que cabe, tiene mejor apariencia que el otro día.

Mis ojos se posan en un libro sobre una pila de cosas y, al percatarme de que es uno de los que ya vi sobre jardinería, mi curiosidad se despierta.

Me pongo a hojearlo con cuidado hasta que entre dos páginas me aparece una hoja escrita a mano con lo que parecen las ideas más importantes.

—¿Estás planeando hacer cambios en el jardín? —le pregunto intentando leer lo que pone.

—Algo así —oigo que contesta Tyler y antes de que me cuenta me lo ha quitado todo de las manos—. Pero ahora mismo es solo teoría.

—¿Teoría? —repito viendo como vuelve a dejar el libro sobre la pila—. ¿Qué quieres decir?

—Pues que el proyecto está parado. Tengo parte de mi cuerpo inutilizado, ¿recuerdas?

Se señala el hombro mientras yo me reprendo a mí misma por no haber captado a la primera a que se referia. Lo último que quiero es hacerle sentirse aún peor.

Obligo a mi mente a ponerse en marcha y tras pensarlo un momento añado:

—Bueno y… ¿Por qué no contratas a una empresa de jardinería? De forma temporal, quiero decir. Solo para que vayan adelantando mientras te recuperas.

Tyler agita la cabeza.

—No, no quiero a extraños metiéndose en esto —dice y se detiene como si estuviera eligiendo sus palabras—. Aunque suene raro es algo que quiero hacer yo mismo.

Vuelve a posar su mirada en la televisión y por un instante me quedo observando su perfil.

No sé si es por la frustración que se intuye detrás de sus palabras, o por lo que ha dicho en sí, pero algo me dice que este proyecto es importante para él. Mucho, de hecho. Y aunque es obvio que Tyler no está dispuesto a compartir conmigo el por qué, no puedo evitar verme reflejada en él. Como ya dije, yo también sé lo que es sentirme limitada y vulnerable. Sé lo difícil que es aceptar que necesitas ayuda para todo.

Por eso tras pensar un momento en ello se me ocurre algo.

—¿Y si lo hacemos juntos? —propongo.

Tyler se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Tu proyecto de jardinería.

Se ríe entre dientes.

—¿Y qué sabes tú de jardinería?

—No mucho, la verdad —le confieso—. Pero aprendo rápido.

—Da igual. Ya te he dicho que no quiero la ayuda de extraños en el jardín.

Una sonrisa de incredulidad se abre paso a través de mis labios.

—Vale, así que yo confío en ti, para que me des tu criterio respecto a mis recetas, pero tú no confías en mí para que te ayude con tus flores. Muy bonito —le recrimino haciéndome la ofendida—. Sea como sea no es ayuda lo que te estoy ofreciendo.

En los ojos de Tyler aparece un destello de curiosidad.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué es?

—Un intercambio.

—¿Un intercambio?

—Sí, Yo te ayudo a ti con el jardín y tú me ayudas a mí con lo de Scott. ¿Qué te parece? No es un acto de caridad sino una colaboración estratégica entre dos personas.

Tyler esboza una sonrisa como de comprensión.

—Ah, así que al final reconoces que estás aquí por Scott.

—No, no es verdad. Ya te he dicho por qué he venido —me apresuro a decir—. Solo me estoy aprovechando de la situación, que es diferente.

—Claro…, muy diferente.

—Piensa lo que quieras. Si no te interesa el trato ya me las apañaré sola.

Ahora soy yo la que vuelvo la vista a la pantalla donde la película sigue su curso.

Me cruzo de brazos fingiendo que me interesa mucho cuando Tyler murmura:

—Eres increíble, Green, lo tengo que reconocer. Siempre tienes una excusa guardada para todo.

—No son excusas, son soluciones —le aclaro—. Pero, como te he dicho, si no te interesa no pasa nada.

Vuelvo a centrarme en la pantalla como si nada de esto fuera conmigo, aunque en realidad sí que me importa y mucho. No por lo de Scott. Sí que es cierto que me ayudaría mucho que Tyler organizara la cena que acordamos para que pudiera hablar con él. Pero como le he dicho a Tyler no estoy aquí por eso, sino por culpa de mi dichosa empatía.

A mi lado oigo como Tyler suspira y para mi sorpresa dice:

—Está bien, hagamos el trato. Pero antes, quiero aclarar un par de cosas.

—¿Qué cosas? —le pregunto intentando que no se note lo que me alegra haberme ganado su confianza.

—La primera es que, si rompes algo, o matas cualesquiera de mis plantas, el trato quedará cancelado en el acto.

Asiento con el pensamiento de que más me vale informarme bien sobre el tema o su

amenaza se hará realidad.

—¿Y la segunda?

—La segunda es que teniendo en cuenta que habrá tareas de cultivo que no podremos llevar a cabo hasta la primavera —murmura evaluándome en el proceso—, ¿quién me garantiza que no me vas a dejar tirado por el camino? Ya sabes… Con mi ayuda conseguirás ganarte a Scott mucho antes.

Ruedo los ojos.

—No soy tan egoísta, Lewis, ya hemos hablado de ello. ¿Y te importaría dejar de ser tan creído? Es vomitivo.

—No cambies de tema —me contesta dejando el mando a un lado y volviéndose hacia mi—. Voy a necesitar algo más que tu palabra para confiar en ti.

Una sonrisa de incredulidad se instala en mis labios.

—¿Y qué quieres? ¿Un contrato firmado con sangre?

—Algo menos dramático servirá.

Me vuelvo a reír y antes de que Tyler tenga tiempo de añadir nada más extiendo mi mano con el meñique levantado.

—¿Qué tal una promesa con el meñique?

Tyler me mira como si le acabara de pedirle que salte de un puente.

—¿Una promesa con el meñique? ¿Pero tú cuantos años tienes?

—Los suficientes para saber que este es el pacto más fuerte que se puede hacer. —Ladeo la cabeza y en vistas de que no se mueve le doy un pequeño empujón—: Venga ya, Tyler. ¿Tienes algo que perder?

Su desconcierto se amplía.

—¿Mi dignidad tal vez? —Suspira y tras esbozar una sonrisa de circunstancias levanta su meñique y lo entrelaza con el mío—. No puedo creer que me haya dejado arrastrar a esto —añade poniendo cara de fastidio, pero el destello de diversión que veo en sus ojos me dice todo lo contrario.

Es en ese momento cuando llego a la conclusión de que el brownie ya debe haberse enfriado.

—Bien, trato sellado. Voy a terminar el brownie.

Me levanto con un movimiento rápido, pero al intentar esquivar la mesa de centro, mi pie se enreda con la alfombra. Y el resultado es que pierdo el equilibro y, antes de que pueda procesar lo que está pasando, caigo directamente sobre Tyler.

En un acto reflejo, mis manos van a parar a su pecho. No sé si es por el impulso de la caída, pero en el proceso lo empujo contra el sofá. Y lo peor de todo es que acabo cayendo encima de él.

Por un momento, ambos nos quedamos inmóviles, procesando lo que acaba de pasar. Tengo su rostro a escasos centímetros y las manos todavía apoyadas en su pecho. El calor que desprende a través de la camiseta, y el ritmo constante de su respiración bajo mis dedos, son prueba de ello.

Y también tengo que decir que huele muy bien. Demasiado bien para alguien que lleva días viviendo como si fuera un ermitaño.

Es en ese instante cuando recuerdo la causa de su reclusión, y la posibilidad de haberle hecho daño se alza entre mis pensamientos.

—¡Dios, lo siento! —me disculpo mientras me incorporo—. ¿Te he hecho daño?

Tyler también se incorpora y sacude la cabeza.

—Estoy bien —se limita a contestar. Lo miro a la cara en busca de alguna pista que me confirme que me está diciendo la verdad. Y en efecto no parece dolorido, sino todo lo contrario. Hay una chispa de diversión en sus ojos que no me esperaba encontrar—. Aunque… —continúa con una sonrisa ladeada que ya me hace poner alerta—. Si esta es una táctica para seducir a Scott quizá deberías practicar un poco más el aterrizaje.

—¡No era una táctica! —le respondo sintiendo cómo el calor sube a mis mejillas.

Tyler alza las manos en gesto de falsa rendición, pero la sonrisa burlona sigue en su cara.

—Vale, vale. Lo que tu digas.

Ruedo los ojos y me levanto de un salto evitando cualquier contacto visual con Tyler hasta que salgo del salón.

Capítulo 17

Ava

Ha pasado una semana desde que Tyler aceptó volver a colaborar conmigo. Una semana que ha transcurrido como cualquier otra, salvo por lo que está a punto de acontecer este viernes noche. Tyler fue fiel a su palabra y ha organizado una cena con sus compañeros de equipo.

Y por supuesto, yo también estoy invitada. Por eso me estoy dirigiendo ahora mismo hacia su casa.

Aparco el coche mientras mis nervios aumentan a cada segundo que pasa. Lo más fácil para mí habría sido ser la primera en llegar, pero Tyler lo descartó para no despertar sospechas. Así que no me sorprende encontrar más vehículos de alta gama estacionados frente a su garaje.

Y hay muchas posibilidades de que uno de ellos sea el de Scott.

Ese pensamiento provoca que mi corazón se acelere aún más. Por fin voy a tener la oportunidad de acercarme al chico que me gusta, pero que la aproveche o no, depende únicamente de mí. Así que no puedo evitar sentirme emocionada y aterrada al mismo tiempo.

Dios…

Con pasos temblorosos, recorro la distancia que me separa de la puerta de entrada y respiro hondo, intentando calmarme. Cuando llamo al timbre, Tyler no tarda mucho en abrir.

Su forma de vestir es la habitual, con un pantalón vaquero y una sudadera sencilla que resalta la anchura de sus hombros. Pero su expresión me desconcierta por completo.

Sus ojos me recorren de arriba abajo al mismo tiempo que alza las cejas. Y, para rematar la jugada, su mandíbula se tensa. O, al menos, esa es la impresión que me da.

Sea como sea, no es el tipo de reacción que esperaba por su parte, y eso provoca que mi inseguridad se dispare hasta el infinito.

—¿Qué pasa? —pregunto dirigiendo la mirada hacia mi ropa—. ¿Hay algún problema con lo que me he puesto?

Tyler me recomendó que me pusiera algo que resaltara mis curvas sin ser demasiado llamativo. Por eso he optado por este vestido de punto entallado hasta las rodillas, que he combinado con unas botas de caña alta.

Bueno, en realidad, Violet también ha participado en la elección.

Y además ha insistido en que me dejara el pelo suelto, con parte de mis ondas recogidas a un lado de la cabeza, y que usara un maquillaje sencillo.

«Menos es más».

Esas han sido las palabras que ha dicho mi amiga para infundirme seguridad.

Pero ahora, bajo la extraña mirada de Tyler, ya no estoy segura de nada.

—Esto… No —murmura rompiendo con el hilo de mis pensamientos—. Es solo que… estás diferente.

—¿Diferente? —repito tratando de parecer tranquila, aunque no lo estoy en absoluto—. ¿Eso es bueno o malo?

Tyler se lleva una mano a la nuca y carraspea antes de responder:

—Bueno. Es algo bueno.

Su voz suena más baja de lo habitual, lo que me hace preguntarme si me está diciendo la verdad, pero, antes de que tenga tiempo de analizarlo más a fondo, una voz femenina nos interrumpe.

—Tyler, ¿piensas dejarla en la puerta toda la noche o qué? —Una chica morena, que no debe ser mucho mayor que yo, aparece en la entrada y me sonríe de forma amistosa—. Eres Ava, ¿verdad?

—Sí —le respondo, devolviéndole la sonrisa mientras le estrecho la mano.

—Encantada. Soy Halley, la mujer de Drew. —Hace un gesto hacia el interior de la casa —. Anda, entra, y no le hagas caso a Tyler. Últimamente tiene la hospitalidad de una piedra.

Me arrastra hacia el interior mientras que yo no puedo evitar reírme ante su comentario.

—Vaya, gracias por el cumplido —murmura Tyler cerrando la puerta—. Pero dime una cosa, Halley. ¿Cuántas piedras conoces que te inviten a cenar, eh?

Halley se vuelve hacia él y ladea la cabeza como si estuviera meditando su comentario.

—Ummm. Pues ahora que lo dices, solo tú. Eres una piedra muy generosa.

Vuelve a reírse y Tyler sacude la cabeza con resignación

—Vale, dejémonos estar ya de piedras y vayamos al salón.

Me dejo guiar por él mientras siento cómo mis nervios regresan con fuerza.

Esta es la oportunidad que hemos estado planeando, pero, aun así, no puedo evitar sentirme un poco fuera de lugar. No soy ninguna experta en asistir a cenas, fiestas y demás, porque cuando me llegó el momento de experimentar todo eso, yo estaba lidiando con mi enfermedad. Pero ahora no me va a quedar otra que ponerme al día si quiero perseverar.

Entramos en el salón donde las risas y el sonido de las conversaciones llenan el ambiente. Mi mirada se detiene al instante en Drew, quien está sentado en el sofá con una cerveza en la mano. Sería imposible no reconocerle teniendo en cuenta que los medios de comunicación no paran de pregonar lo brillante *quarterback* que es.

A su lado hay otro jugador, que, por su complexión robusta, asumo que debe ser uno de los *linebackers*.

Y por último lo veo. A Scott, sentado en el otro extremo.

Mi corazón se acelera al instante. Ahí está mi amor platónico, participando en la conversación sin perder la seriedad que lo ha caracterizado últimamente. Y como de costumbre, sus ojos cálidos y su apariencia calmada, roban toda mi atención.

En cuanto se percatan de mi presencia todos se levantan y Tyler se encarga de tomar el control de la situación.

—Chicos, como ya os he comentado, esta es Ava, una de nuestras compañeras del centro.

Drew y Connor son los primeros en reaccionar. Me tienden la mano, elogiando mi infinita paciencia, por el hecho de tener que aguantar a Tyler todos los días, y gracias a su espontaneidad, siento que me relajo un poco.

Según Tyler, ninguno de sus compañeros se iba a cuestionar mi presencia aquí teniendo en cuenta mi labor en el centro. Y parece que tenía razón. Aunque tampoco sé seguro que más les ha dicho, aparte de que nos conocemos por el tema del catering.

Finalmente, mi mirada se cruza con la de Scott y me sorprende encontrar en ellos un atisbo de reconocimiento.

—Soy Scott —me dice con esa voz tranquila que le caracteriza. Y para mi sorpresa cuando nos damos la mano añade—: Ya hemos hablado antes, ¿verdad? Me sugeriste que probara el pollo en salsa.

Esbozo una sonrisa ligera, maravillada ante el hecho de que se acuerde de mí.

—Sí, espero que te gustara.

Scott asiente.

—Estaba muy rico, sí.

—Genial —le contesto, esforzándome en parecer relajada.

Vuelvo a sonreír y e intercambio una mirada disimulada con Tyler. Él asiente ligeramente, y ese gesto silencioso me da a entender que voy por el buen camino. O al menos es lo que quiero pensar.

—Bueno, ¿qué pasa con la cena? —se queja de repente Connor—. Al final voy a desmayarme por inanición.

—Anda ya, tío—le replica Drew con una sonrisa incrédula—. Si te acabas de zampar una bolsa de patatas fritas.

Connor se encoge de hombros.

—Bah, eso solo ha sido un calentamiento. Ya sabes que mi metabolismo va más rápido que un coche deportivo.

—Pues dile que se relaje —añade Tyler—. Las pizzas están de camino.

Connor hace una mueca.

—¿Pero cuánto hace que has llamado?

—No mucho, pero ya sabes que van rápido.

—Joder… Pues entonces voy a necesitar más provisiones —anuncia Connor, dirigiéndose a la cocina.

—Eh, ¿te crees que esto es un bufé libre o qué? —le advierte Tyler, yendo detrás de él—. Ni se te ocurra meter tus manazas en mi cocina.

—Tranquilo, jefe, que solo voy a ver que hay.

Drew y Scott se ríen y también desaparecen dejándome a solas con Halley.

—No te preocupes, siempre son así —murmura mientras se deja caer en el sofá—. Parece que no se soportan, pero en el fondo son inseparables.

Me siento a su lado, todavía algo nerviosa, pero Halley se las ingenia para romper el hielo explicándome una anécdota graciosa de los chicos. Luego me pregunta por mi trabajo en el catering y le hablo un poco de mi día a día mientras ella me escucha con genuino interés.

Yo también me intereso por ella, lo que da pie a que me explique que trabaja como redactora en una revista de moda. Su pasión por lo que hace se nota en cada palabra, y no puedo evitar admirar su determinación y energía.

A todo esto, el sonido del timbre nos interrumpe, y los chicos no tardan en aparecer de nuevo con varias cajas de pizza en las manos. Las colocan sobre la mesa junto a otras cosas para picar, y nos sentamos a cenar.

La cena transcurre entre risas y complicidad. Connor y Drew son los que llevan la voz cantante, aunque no es de extrañar teniendo en cuenta que Tyler y Scott no están en su mejor momento. Aun así, parece que están disfrutando de la velada y me alegro por ellos. La camaradería del grupo es palpable, se nota por la forma en que interactúan. Y me resulta reconfortante comprobar que, a pesar de las pullas y las bromas, se apoyan de verdad entre ellos.

Mientras la conversación fluye, la televisión permanece encendida de fondo, emitiendo el murmullo de un programa cualquiera. Parece un programa del corazón, pero a nadie le interesa lo que están diciendo, hasta que uno de los comentaristas menciona el nombre de una mujer.

Una mujer que todos conocemos porque se trata de la ex de Scott.

De inmediato, todas las miradas se desvían hacia la pantalla, donde aparece ella en actitud cariñosa en compañía de un supuesto cantante famoso. A estas imágenes le siguen otras con más pruebas y detalles innecesarios, mientras los participantes del programa especulan sobre ellas.

Entonces Tyler reacciona y cambia de canal con un movimiento rápido. Ahora son los personajes de la serie *Friends* los que dominan la pantalla, pero su conversacion desenfadada no sirve para atenuar la tensión que se acaba de instalar en la mesa.

Miro de reojo a Scott y, por la rigidez de su mandíbula, intuyo que lo que ha visto le ha sentado como un puñetazo en el estómago, pero no dice nada.

Tyler y los demás intercambian una mirada de circunstancias, y es Connor el que al final rompe el silencio haciendo un comentario divertido sobre la serie.

Gracias a eso la conversación se reanuda y el ambiente poco a poco recupera algo de normalidad.

Finalmente acabamos de cenar. Las cajas de pizza vacías se amontonan en una esquina de la mesa, y todos comienzan a levantarse para ayudar a recoger. Llevo una pila de platos a la cocina y regreso al salón mientras los demás hacen lo mismo.

Entonces Tyler aprovecha un momento de distracción para acercarse a mí y susurrarme al oído:

—Scott se ha quedado solo en la cocina. Es tu oportunidad.

Sus palabras me sobresaltan, en parte porque no me siento preparada. Pero tras unos segundos de duda acabo asintiendo. Tyler tiene razón: es ahora o nunca.

Con ese pensamiento, cojo un bol con restos de salsa barbacoa para que me sirva como excusa, y me encamino de nuevo hacia la cocina.

Cuando entro, me encuentro a Scott de espaldas con las manos apoyadas en la encimera y la cabeza baja. Parece completamente inmerso en sus pensamientos y por un instante me pregunto si estoy haciendo bien en interrumpirle.

Respiro hondo y trato de apartar esa duda de mi mente mientras busco una excusa para entablar conversación. Luego me dispongo a acercarme al fregadero para dejar el recipiente.

Doy un paso, y luego otro, mientras mi mente no deja de barajar posibilidades, hasta que de repente piso algo resbaladizo.

Entonces mi pie se desliza peligrosamente hacia atrás y debido a la inercia el bol sale disparado de mis manos. Al mismo tiempo que me agarro a la encimera para evitar caerme de bruces, veo como el recipiente vuela directamente hacia Scott.

Abro la boca para decirle que tenga cuidado, pero antes de que llegue a emitir sonido alguno, él ya se ha dado la vuelta. Y para mi absoluto asombro atrapa el cuenco sin que este llegue siquiera a mancharle la camisa.

Tomo una bocanada de aire y suspiro aliviada.

—Dios, qué torpe soy. Menos mal que lo has atrapado.

Scott sonríe y mientras deja el bol sano y salvo sobre el fregadero murmura:

—¿Siempre haces entradas tan memorables?

Suelto una risita nerviosa, notando como la piel de mi cara empieza a arder.

—Pues normalmente me guardo estas habilidades para ocasiones especiales —bromeo mirando el suelo donde detecto que el causante de mi resbalón ha sido un trozo de pizza. Me agacho para recogerlo y mientras lo tiro a la basura añado—: Aunque tengo que decir que tus reflejos sí son de otro nivel. Qué gran recepción.

—Gracias. Supongo que podría decirse que es la mejor jugada que he hecho en toda la temporada. —Acompaña sus palabras de una sonrisa desenfadada, pero está claro que su comentario ha sonado más a autocrítica que a broma.

Él más que nadie debe tener claro que su rendimiento en el campo ha bajado y cuál es la causa. Pero aun así no debería ser tan duro consigo mismo.

—Bueno, no siempre es fácil rendir al máximo —le digo en un intento de ayudarle sin entrar en detalles—. No somos máquinas.

—Lo sé, pero a veces siento que todos esperan sea así —responde desviando la mirada hacia un punto a lo lejos—. Ya sabes… Como una máquina.

Parpadeo, desconcertada ante su sinceridad, y asiento.

Luego me apoyo en un punto de la isleta enfrente de él, y me tomo un momento para elegir mis próximas palabras.

—La gente siempre tiene expectativas —digo al fin—. Pero creo que el verdadero problema no reside en lo que esperan los demás, sino en ti mismo.

Scott vuelve a mirarme ligeramente sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno… Pues que no puedes controlar lo que la gente espera, pero sí cómo enfrentas las cosas —añado intentando que mi voz mantenga la firmeza, a pesar del calor que siento en las mejillas—. Quiero decir que, aunque estés pasando por un momento de bajón, eso no significa que no seas lo suficientemente bueno. Solo necesitas encontrar de nuevo el equilibrio.

Él suelta un largo suspiro y agita la cabeza.

—No es tan fácil. En el mundo del fútbol, si no rindes, alguien ocupará tu lugar.

—Lo sé —admito—, pero la única manera de superar ese obstáculo es confiando en que puedes hacerlo. Si tú no lo crees, nadie más lo hará.

Scott alza la cabeza y se me queda mirando por un momento, hasta que la sorpresa deja paso al alivio y murmura:

—Tienes razón. Supongo que es fácil olvidar eso cuando estás hecho polvo.

—Sí, por eso tienes que recordártelo, incluso en los peores días —respondo con una sonrisa ligera—. Solo tú tienes la capacidad de sacarte del pozo y volver a ser el jugador que todos admiran.

Una pequeña sonrisa cruza su rostro a medida que asimila mis palabras. Luego asiente con calma y, aunque no dice nada más, algo en su mirada parece haber cambiado.

Le sonrío una última vez y regreso al salón con un sentimiento de logro. Puede que no hayamos hablado mucho, pero tengo la sensación de que, de alguna manera, he conseguido llegar a él.

Y este pequeño paso, me da las fuerzas necesarias para continuar.

Capítulo 18

Ava

—¿Puedes cavar con más fuerza? —me pide Tyler a voz en grito—. Si no, las raíces no crecerán bien.

Está sentado cómodamente en una silla plegable que ha colocado al borde del jardín, tal cual rey en su trono. Yo, en cambio, llevo ya un rato removiendo tierra húmeda con una pala que parece pesar más a cada segundo que pasa.

Tengo que decir que cuando acepté ayudar a Tyler con su jardín ya sabía que no sería una tarea sencilla. Pero después de arrancar malas hierbas durante parte de la mañana, y ahora lidiar con este suelo que parece hecho de cemento, mi paciencia empieza a desintegrarse.

Inspiro hondo mientras me recuerdo a mí misma la razón principal de por qué estoy haciendo esto. Porque el proyecto del jardín parece ser importante para Tyler, y como todavía se está recuperando de la lesión no puede hacer grandes esfuerzos. Pero lo que no veo normal es que lo tenga que hacer todo sola.

¿No se suponía que éramos un equipo?

Al menos podría recoger unas cuantas hojas del suelo, aunque solo sea para aparentar.

—¿Qué cave con más fuerza? —repito yo clavando la pala con un golpe seco—. ¿Se piensa que soy un puto tractor?

—¿Qué has dicho? —pregunta Tyler al instante.

Me incorporo y le regalo una de mis mejores sonrisas.

—Nada. ¿Te parece bien como lo estoy haciendo ahora?

Él asiente evaluando lo que acabo de hacer en el proceso.

—Esa es la fuerza necesaria, sí. Pero dale un poco más a esa esquina. Quiero que quede nivelado.

Aprieto los labios y clavo de nuevo la pala sobre la tierra para distraerme con algo que no sea mi creciente frustración.

La idea de Tyler es plantar girasoles, por eso estoy aireando el suelo como si fuera una mula. Según lo que leyó en los manuales, sus raíces necesitan espacio para expandirse bien. Aunque, siendo sincera, no acabo de entender por qué ha elegido plantar algo tan especifico.

Quiero decir, ¿por qué no optar por algo más típico o variado? No sé, como margaritas, tulipanes o cualquier otra planta que haga que el resultado no se vea tan… monótono.

Me enderezo con la idea de descansar unos segundos y aprovecho para preguntarle por ello.

—Oye, ¿por qué te ha dado por plantar girasoles?

Él me dirige una mirada rápida, pero por alguna razón su respuesta tarda un poco más en llegar.

—¿Por qué no? ¿No te gustan los girasoles?

—Sí que me gustan —respondo echando un vistazo a mi alrededor—, pero me parece curioso que no quieras plantar además otro tipo de flores. Ya sabes… Como hace la mayoría de la gente

Se encoge de hombros.

—Es una cuestión de comodidad. Así no tengo que preocuparme por los cuidados específicos que requiere cada planta.

Asiento con calma, aunque no puedo evitar pensar que en su elección hay algo más que no me está contando. Pero si no quiere hablar de ello tampoco puedo presionarlo.

Dejo que el silencio vuelva a instalarse entre nosotros y retomo mi tarea.

Hundo la pala una y otra vez mientras el cansancio ralentiza mis movimientos. Hasta que en un momento dado veo a Tyler acercándose a mí.

—¿Qué haces? —le pregunto en cuanto observo como coge un rastrillo y se pone a remover un trozo de tierra al que aún no había llegado.

—Ayudarte —me responde sin más.

Frunzo el ceño.

—¿Y tu hombro?

—Tranquila, que estoy usando el brazo izquierdo y esto no requiere mucha fuerza —aclara —. Además, no puedo dejar que hagas todo el trabajo sola, o de lo contrario te acabarás partiendo en dos antes de llegar al final del proceso.

Una sonrisa de incredulidad se abre paso a través de mis labios.

¿Partirme en dos? ¿Pero este quién se piensa que soy?

Quería que me ayudará sí, pero no haciéndome sentir como si fuera una anciana.

—Mira quien fue a hablar —le suelto clavando de nuevo la pala—. Te recuerdo que no soy yo la que está lesionada.

Una chispa de arrepentimiento me invade al instante. No era mi intención recordarle su lesión de forma tan brusca.

—Touché —responde él. Pero la sonrisa de diversión que se instala en sus labios me revela que mi comentario no le afectado en lo más mínimo, y suspiro aliviada.

Seguimos trabajando codo con codo, mientras el cielo sobre nosotros se oscurece cada vez más. Hasta que de repente un trueno rompe con el silencio y las nubes empiezan a descargar agua con fuerza. No tardamos mucho en recogerlo todo y refugiarnos en el porche, pero la lluvia

es tan abundante y constante, que acabamos empapados igual.

Dejamos los zapatos embarrados en la entrada y entramos en la casa que nos recibe con un calor muy agradable en contraste con el frío de la lluvia.

Media hora después estamos los dos sentados en su sofá con una taza de té caliente entre las manos. La idea no era que me quedara aquí tanto rato, pero como todavía llueve, Tyler ha sugerido que espere hasta que amaine.

Hablamos de todo un poco, mientras nuestras chaquetas se secan frente a la chimenea, pero inevitablemente, la conversación acaba derivando en el tema que más nos interesa: el plan de Scott.

—¿Has hecho algún avance desde la cena? —me pregunta Tyler dejando la taza vacía sobre la mesa de centro.

—Bueno, hemos intercambiado unas cuantas palabras cuando nos hemos visto en el restaurante —le explico—. Pero nada importante, por ahora.

Tyler asiente acomodándose un poco mejor en el sofá.

—Lo importante es que ya habéis conectado. Eso es lo más difícil. Ahora solo tienes que mantener ese ritmo y llevarlo un paso más allá.

Arqueo una ceja.

—¿Un paso más allá?

—Sí. Si no te quedarás en la *friendzone* —añade—. Hay una línea muy fina entre ser su confidente, o algo más. Por eso necesitas cruzarla.

Suspiro, mordiéndome el labio.

—Vale, ¿entonces que sugieres que haga?

Tyler se pasa una mano por el pelo, pensativo.

—Ummm, pues lo suyo sería que consiguieses instalarte en los pensamientos de Scott. Ya sabes, de forma permanente.

—¿Y cómo se hace eso? No puedo meterme dentro de su cabeza.

—Claro que puedes —me responde con convicción.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Pues solo tienes que seguir haciendo lo que has hecho hasta ahora, pero añadiendo pequeños detalles que marquen la diferencia. Por ejemplo, podrías acercarte más cuando hables con él, incluso tocarle como quien no quiere la cosa.

Arrugo la frente.

—¿Eso no es demasiado obvio? No quiero parecer una desesperada.

—No lo parecerás si lo haces bien. Se trata de ser sutil —me aclara Tyler—. Y además del contacto físico, las miradas son clave. Mantén el contacto visual un poco más de la normal. Que

note que estás interesada en él.

—¿Y si le hago sentir incómodo?

—Eso no pasará si lo haces con naturalidad. La clave es transmitir seguridad, pero también misterio. Como si supieras algo que él desconoce. Eso siempre funciona

Me quedo en silencio dándole vueltas a lo que Tyler me ha dicho, y las dudas no tardan en asaltarme de nuevo. No porque no confíe en que este tipo de recursos pueden funcionar en un momento dado, sino porque no estoy segura de que encajen conmigo.

¿De verdad podré hacer algo así sin sentirme completamente ridícula?

—No sé, Tyler —murmuro al cabo de unos segundos—. Todo esto me parece demasiado forzado. No quiero que parezca que estoy actuando.

Tyler ladea la cabeza.

—Pero es que no estás actuando, solo mostrando un interés que ya existe. La diferencia es que lo haces sin palabras.

—Sin palabras, ¿eh? —repito con una sonrisa de circunstancias—. Por lo que veo eres todo un experto en el arte de hablar sin decir nada.

—A la fuerza, sí —responde con naturalidad—. Recuerda que soy jugador profesional de fútbol, lo que implica que las mujeres se desvivan por llamar mi atención.

—Ya veo… ¿Y funciona?

—Pues depende de muchos factores —admite encogiéndose de hombros—. Pero que se lo curren es un plus.

—¿Entonces todas tienen una oportunidad contigo? —pregunto yo en tono divertido, aunque no puedo evitar sentir cierta curiosidad por la respuesta.

—Oye, ¿por quién me tomas? Como te he dicho se lo tienen que currar para destacar. Aunque no te lo creas valoro la creatividad.

—Vaya… Así que tienes estándares bastante altos para ser un ligón.

—Tengo mis momentos, sí. Pero bueno, basta de hablar de mí. ¿Qué tal si ahora comprobamos lo creativa que puedes ser tu?

—¿A qué te refieres? ¿Quieres que practiquemos de nuevo?

—Exacto. La práctica hace al maestro.

—Está bien. ¿Qué quieres que haga?

Tyler se mueve un poco para quedar frente a mí, y me sugiere que empecemos por los gestos. Como la otra vez que practicamos finge ser Scott, adoptando una postura relajada mientras simula contarme algo divertido.

En mi caso, mi tarea es sencilla: reírme y al mismo tiempo tocar su brazo de forma casual. Pero cuando la llevo a la acción mis nervios me juegan una mala pasada, y el resultado es

cualquier cosa menos convincente.

Según Tyler no tengo término medio. O le toco como si fuera a romperle, o como si quisiera salvarle de un incendio. Y como era de esperar no deja de burlarse al respecto.

Finalmente, decide apiadarse de mí y sugiere que dejemos estar los gestos y pasemos al tema del contacto visual. Esta vez la idea es que le mire intentando transmitir mi interés, pero de forma sutil y misteriosa.

Inspiro hondo, me pongo en situación y conecto mi mirada con la suya. Pero como ya he dicho en más de una ocasión los ojos azulados de Tyler tienen algo que me intimida. No sé si es por el hecho de que son intensos y penetrantes, o por la mezcla de burla y desafío que siempre hay en ellos. Es como si supiera exactamente lo que estoy pensando y disfrutara de mi nerviosismo.

Aguanto unos segundos, pero la incomodidad que siento es más fuerte y acabo desviando la vista.

Resoplo y lo intento de nuevo. Esta vez aguanto un poco más, pero dudo que esté transmitiendo lo que la situación requiere. En lugar de proyectar seguridad, probablemente parezco alguien que se ha quedado paralizada al ver venir un tren de frente.

Y para colmo, Tyler, no hace ningún esfuerzo en ocultar que se lo está pasando en grande a mi costa. Lo cual en lugar de ayudarme no hace más que aumentar mi frustración.

—¿Podrías dejar de reírte? —le pido al final rompiendo el contacto visual—. Así no puedo concentrarme.

—Lo siento, es que es difícil no hacerlo teniendo en cuenta la cara que pones —responde sin dejar de sonreír—. Pareces una cría a punto de recibir un castigo.

Aprieto la mandíbula.

—Es culpa tuya.

—¿Mi culpa?

—Sí, tus ojos son demasiado intimidantes.

—¿En serio? Y yo que creía que eran mi mejor arma. A las mujeres con las que he estado les suelen encantar.

—Pues conmigo todo lo contrario.

—Ya, lo veo. ¿Entonces, cómo quieres que te mire? —Ladea la cabeza y acerca su rostro a escasos milímetros de los míos—. ¿Así está bien o todavía te resulta demasiado intimidante?

Su cercanía me pilla con la guardia baja y reacciono apartándome de forma brusca.

—Déjalo estar. Se me han quitado las ganas de seguir practicando.

—¿En serio? Así que te estás rindiendo.

—No me estoy rindiendo. Solo creo que esto no está funcionando.

—No funciona porque estás pensando demasiado. Necesitas soltarte. Si ya estás asi, no quiero ni pensar que pasara cuando tengas una cita con Scott.

—Eso no tiene nada que ver con esto.

—Claro que sí. Todo es cuestión de confianza y si no puedes proyectarla aquí conmigo, ¿Cómo esperas hacerlo con él?

—Ya me las ingeniaré.

—¿Cómo? Si tus miradas y tus gestos son tan rígidos, ¿qué harás cuando llegue el momento del beso?

—¿Qué? ¿Insinúas que no sé cómo besar?

—No estoy insinuando nada. Solo digo que, si quieres impresionar, mejor que ese asunto no te pille por sorpresa.

—No va a pillarme por sorpresa. Para tu información beso muy bien. Pero de cualquier forma no es asunto tuyo.

—¿Ah, no? ¿Entonces porque estoy invirtiendo mi tiempo en ayudarte?

—Que me ayudes no significa que tengas que meterte en todo. Como bese o deje de besar no forma parte del plan.

—Por supuesto que sí. El beso es el punto clave. Si la cagas ahí todo se desmoronará.

—Te repito que sé perfectamente como actuar cuando beso.

—Vale. Entonces supongo que no deberías tener problema en demostrarlo.

Me lo quedo mirando con los ojos muy abiertos.

—Espera, ¿qué estás insinuando?

—Nada en especial. Solo digo que, si realmente sabes cómo besar, demostrarlo no debería ser un problema para ti.

Aprieto la mandíbula, sintiendo como el calor sube a mis mejillas.

Su descabellada proposición me descoloca e indigna a partes iguales. No solo está dando por hecho que beso mal, sino que parece estar disfrutando de mi incomodidad. Y lo peor es que da por hecho que no me atreveré.

Si no, no habría soltado lo de que le haga una demostración tan a la ligera. Pero Tyler no me conoce tan bien como cree. No sabe de lo que soy capaz cuando mi orgullo está en juego.

Por eso me trago toda la vergüenza y levantando la barbilla digo:

—Está bien. Vamos a hacerlo.

Tyler parpadea, visiblemente sorprendido, como ya me imaginaba. Pero su odiosa sonrisa no tarda en regresar.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Perfecto. Soy todo tuyo entonces —añade inclinándose ligeramente hacia mí.

Sus ojos conectan con los míos, dándome a entender que está preparado para el desafío, y mi determinación no hace más que crecer. Necesito borrar esa maldita seguridad de su cara.

Por eso no me lo pienso más. Le pongo una mano en la mejilla, acerco mi boca a la suya y junto nuestros labios.

Tengo que decir que el beso empieza de forma brusca y torpe. Lo normal teniendo en cuenta que ha sido fruto de una mezcla de rabia y orgullo. Pero a medida que muevo mi boca sobre la de Tyler, esa tensión inicial se disipa, y deja paso a otras sensaciones.

Sus labios saben al té con canela que se acaba de beber, y son más cálidos y suaves de lo que me esperaba. También más receptivos.

Me siguen el juego adaptándose perfectamente a mis movimientos, y cuando mi lengua se enreda con la suya me olvido del motivo por el cual estoy haciendo esto. Solo sé que ya no me supone una tortura, sino todo lo contario. El calor y el hormigueo que se están adueñando de mi cuerpo son muestra de ello.

Con esos pensamientos, ladeo la cabeza y profundizo el beso. Entonces contra todo pronóstico se me escapa un gemido. O tal vez ha provenido de la boca de Tyler, no lo sé. Lo único que tengo claro es que, a partir de ahí, algo cambia, y es Tyler quien toma el control de la situación.

Coloca una de sus manos en mi cuello, la otra en mi cintura y me empuja con fuerza hacia él. La verdad es casi no puedo ni moverme, pero no me importa. Los movimientos de su lengua y labios son demasiado adictivos como para que pueda pensar en nada más.

Joder… ¿De dónde ha sacado esta habilidad?

Vale, admito que mis experiencias con el género masculino son limitadas, pero aun así un beso no debería marcar tanto la diferencia, ¿no? Sin embargo, aquí estoy completamente atrapada, como si todo lo que he vivido hasta ahora no significara nada comparado con esto.

Todavía estoy inmersa en esos pensamientos cuando Tyler atrapa mi labio inferior con los suyos, enviando descargas eléctricas a mi bajo vientre. Luego vuelve a saquear mi boca y yo reacciono llevando mis manos a su nuca. Entonces mis dedos entran en contacto con su pelo, su pelo húmedo por la lluvia y algo me atraviesa.

El recuerdo de dónde estoy y por qué. Y la certeza de que me estoy dejando llevar, cuando no debería.

Gracias a eso, vuelvo a la realidad a la velocidad de la luz y encuentro la fuerza necesaria para despegarme de Tyler.

Con un movimiento rápido me separo y pongo distancia entre nosotros.

Luego me vuelvo hacia la chimenea con la respiración acelerada para no tener que enfrentar su mirada.

—¿Y bien? —pregunto con voz más ronca de la que me gustaría—. ¿Qué tal he estado?

Tyler inspira con fuerza y se aclara la garganta antes de contestar.

—Esto… Mejor de lo que creía, supongo

Asiento, aunque no estoy del todo contenta con su respuesta, y reúno el valor para mirarle. Pero no es su mirada burlona la que me encuentro esta vez, sino otra muy diferente.

Hay sorpresa en sus ojos. Sorpresa, junto con otra emoción que no consigo identificar. ¿Fascinación tal vez?

Sea lo que sea, no tengo tiempo de descubrirlo, porque en este instante el telefono de Tyler se pone a sonar. Y él se levanta para contestar la llamada.

Capítulo 19

Ava

—¿Qué tal este? ¿Demasiado corto? —pregunta Violet tras enfundarse un vestido negro ajustado.

Estamos las dos en su habitación. Ella frente al espejo, y yo sentada en la cama, rodeada de prendas que ha descartado. Resulta que en pocas horas tiene una cita con un cliente de la peluquería. Un profesor de idiomas con el que llevaba un tiempo tonteando, hasta que él, por fin, se armó de valor y la invitó a salir. Y mi amiga está tan emocionada como una adolescente esperando su baile de graduación.

Yo, por mi parte, tengo la mente tan espesa que todos los vestidos me parecen iguales. Lo cierto es que no he podido pegar ojo en toda la noche. Y todo por culpa de lo que pasó ayer en casa de Tyler.

Me refiero al beso, sí.

Un beso que no debería haber sucedido, pero que, para mi desgracia, lo hizo. Y lo peor de todo, es que no deja de reproducirse en mi cabeza como un bucle infinito.

Recuerdo sus labios presionando sobre los míos. Su forma de atraerme hacia él. Nuestros gemidos. El calor que…

—¿Ava? —La voz de Violet me devuelve de golpe a la realidad.

—¿Qué?

—¿Te parece bien este o no?

Bajo la mirada hacia su vestido y, tras tomarme un momento para situarme de nuevo, asiento. Sin duda le queda muy bien.

—Sí, está genial.

—¿Seguro? Porque pareces estar a mil millas de aquí

Vuelvo a asentir.

—Lo digo en serio, te queda perfecto —le aseguro con una sonrisa—. ¿Por qué dudas tanto? Tú estarías guapa hasta cubierta con una bolsa de plástico.

Violet suelta una risita y se echa otro vistazo en el espejo.

—Tienes razón, soy fabulosa. Las dos somos fabulosas —bromea tras lo que me dirige una mirada a través del reflejo—. Aunque tengo que decir que hoy no tienes muy buena cara. ¿Qué te pasa?

Agito la cabeza y suspiro.

—Nada, simplemente no he dormido bien.

Ella se da la vuelta y arruga la frente

—Vaya, ¿y eso? ¿Te preocupa algo?

—No —respondo, aunque en realidad se trata de una mentira como una casa.

Siendo sincera, no tengo ganas de contarle lo que pasó con Tyler. Al menos no ahora, tal y como tengo la cabeza de espesa. A ver, que no sé seguro cómo reaccionaría mi amiga, pero lo que sí tengo claro es me acribillaría a preguntas.

Y eso implica que no dejaríamos de darle vueltas al asunto, cuando lo único que quiero yo es dejar de pensar en ello.

—¿No será que estás incubando algo? —insiste Violet, acercándose a mí. Antes de que tenga tiempo de reaccionar se sienta a mi lado y me pone una mano en la frente—. Estás muy roja, quizá tienes fiebre.

—Violet, para ya —protesto apartando su mano—. No tengo fiebre. Solo estoy un poco cansada, ya te lo he dicho.

Mi amiga se cruza de brazos y me lanza una mirada de sospecha.

—Algo te pasa, Ava. A mí no puedes engañarme.

Ruedo los ojos y dejo escapar un suspiro.

—¿Por qué estás tan convencida de ello? ¿Tienes un detector de mentiras instalado en el cerebro?

—No me hace falta. Recuerda que nos conocemos desde que intercambiábamos cromos en el recreo. ¿Ha pasado algo con Scott, o con el plan?

Niego con la cabeza.

—No, nada. Todo sigue como siempre.

—¿Seguro?

—Sí. El otro día hablamos un poco en la cafeteria, como te expliqué, y ya.

—¿Y Tyler?

Mi estómago da un vuelco.

—¿Qué pasa con Tyler?

—Me refiero a si todo va bien con él —continúa—. Ya sabes, desde que empezaste con esa dinámica rara de llevarle comida y ayudarlo con la jardinería.

—Todo va bien, sí —le contesto esforzándome en mantener mi actitud despreocupada—. Solo le estoy devolviendo el favor. Él me ayuda con Scott y yo le ayudo con… Bueno con lo que necesita.

Apenas digo esto, el recuerdo del beso vuelve a colarse en mi mente, pero la voz de Violet me devuelve a la realidad.

—¿Con lo que necesita? ¿Eres su ama de llaves o qué?

Resoplo echando la cabeza hacia atrás con exasperación.

—No, no lo soy —espeto—. ¿Pero podrías dejar ya de interrogarme? Mejor concéntrate en tu cita de esta noche, que bastante tienes con eso.

—Tranquila, que lo tengo todo bajo control.

—¿En serio? —murmuro mirando el reloj—. Solo falta una hora. ¿Ya sabes cómo te vas a maquillar y demás?

Los ojos de Violet se abren como platos.

—¿Qué? Joder, ¿tan rápido ha pasado el tiempo? —Se levanta de un salto y vuelve a buscar en su armario del que saca un par de prendas de abrigo que deja sobre la cama—. ¿Qué chaqueta me pongo?

—¿No decías que lo tenías todo controlado? —le suelto con una sonrisa burlona, pero Violet ya está ocupada abriendo cajas de zapatos. Suspiro y tras echar un vistazo a los abrigos cojo el que me llama más la atención y se lo paso—. Toma, ponte este.

—Gracias —murmura tras lo que lo deja apartado del resto de la ropa y se calza unos zapatos de tacón fino. Luego da un par de vueltas sin rumbo fijo y añade—: Voy a maquillarme.

Dicho esto, sale de la habitación como un torbellino y yo me dejo caer sobre la cama.

Por fin, un poco de paz, pienso, masajeándome el cuero cabelludo mientras cierro los ojos por un instante.

Pero la tranquilidad se esfuma tan rápido como ha venido. Mi mente traicionera vuelve a reproducir el maldito beso y lo siento en cada uno de los poros de mi cuerpo.

¡Agrh!

¿Por qué demonios no puedo quitármelo de la cabeza?

Solo es un beso. Un beso que estuvo bien, pero ya está.

Vuelvo a gruñir mientras me hago un ovillo en la cama.

Mierda, ¿a quién estoy intentando engañar? En realidad, fue más que de un simple beso. Fue una experiencia increíble, que me dejó sin aliento y con el cuerpo completamente en llamas.

Y nunca me había sentido así, eso es lo que más me cabrea.

Pero precisamente ahí está el quid de la cuestión. Es decir, mis pocas interacciones con hombres hasta ahora tienen la culpa de que haya reaccionado de una forma tan exagerada. No tengo muchas experiencias con las que comparar de ahí que haya idealizado lo de ayer.

Eso por no hablar de que mis hormonas deben estar algo descontroladas por la falta de sexo y demás. Al fin y al cabo, los seres humanos provenimos de los animales y también tenemos el

instinto de reproducirnos. Pero la diferencia está en que también tenemos la capacidad de pensar, de racionalizar las cosas.

Por ello no puedo permitirme que una tontería así me trastoque.

Además, si lo pienso bien, ¿no es eso lo que quería? Experimentar, salir de mi zona de confort, y vivir todo lo que no he vivido por culpa de las limitaciones que me ha impuesto mi enfermedad. Así que, en el fondo, debería estar contenta, ¿no?

Con ese pensamiento me incorporo de nuevo y asiento para mí.

Eso es, sí.

Todo se resume en que la atracción no tuvo nada que ver en ese beso. Solo fue una práctica que se descontroló por las circunstancias del momento, y seguro que también fue así para Tyler: un simple desliz.

En realidad, quien me gusta es Scott, y por eso estoy haciendo todo esto. Así que en eso es en lo que tengo que centrarme. En seguir con el plan con el que me he comprometido y no obsesionarme por cosas que no tienen ninguna importancia.

A ver, ya sé que no tengo garantías de que Scott llegue a sentir algo por mí. Pero, como ya dije, al menos me servirá para cerrar este capítulo de mi vida. Si funciona genial, y si no, ya pensaré que hacer después.

Eso es lo que me ha enseñado todo lo que he pasado: vivir al día.

Capítulo 20

Tyler

El *Obsidian Music Bar*, uno de los bares musicales más conocidos de Foxborough, está más animado de lo habitual. Pero no me sorprende considerando las fechas. Mañana se celebra Acción de Gracias, así que es normal que la gente joven se reúna para celebrar o brindar por las vacaciones.

Yo, por mi parte, estoy aquí por otra razón.

Una razón que no tiene nada que ver con celebrar o dar gracias, porque, siendo sincero, no tengo nada que agradecer este año. Mi hombro, la parte de mi cuerpo que hasta ahora me había resultado más confiable, ha decidido fallarme, y la recuperación tampoco avanza tan rápido como esperaba.

Además, otro tema está en que no tengo familia con la que compartir el día de mañana, así que para mí no es más que una fecha como cualquier otra. Podría reunirme con algunos del equipo, eso sí. No todos tienen la posibilidad de regresar a casa estos días, debido a la distancia o las exigencias de nuestra agenda.

Drew incluso me ofreció ir a su casa, pero rechacé la invitación. La idea de fingir que estoy de puta madre no es precisamente lo que más me apetece, la verdad.

Sea como sea, necesitaba un respiro. Por eso estoy aquí esta noche: para que la música y el alcohol silencien el ruido de mis pensamientos. Pero al mismo tiempo me sabía mal dejar tirada a Ava, cuando ya habíamos quedado para las lecciones, así que la he citado aquí.

Con un poco de suerte, su extravagante forma de ser, sumada a la bebida y el ambiente, conseguirá sacarme del estado en el que llevo atrapado todo el día.

Bebo un trago de *whisky* y, mientras el familiar ardor se desliza por mi garganta, miro a mi alrededor.

Entonces, la veo: a Ava cruzando la puerta.

Se detiene un momento, como si estuviera evaluando el lugar, hasta que sus ojos se fijan en mí y me envía un saludo. Luego esquiva a varias personas que se agrupan cerca de la barra y se planta frente a mi mesa.

—Hola —me saluda quitándose la bufanda. Luego se deshace también del abrigo y se sienta —. ¿Qué hacemos aquí?

Apoyo un brazo en el respaldo de la silla y le dedico una sonrisa enigmática.

—Es la semana de Acción de Gracias. He pensado que un cambio de escenario nos vendría bien.

Ella asiente, aunque hay recelo en su mirada.

—Vale, pero espero que no tengas previsto seguir con tu práctica de hablar con extraños —comenta, echando un vistazo rápido a nuestro alrededor—. Mis habilidades sociales ya han llegado a su límite esta semana.

Su comentario me arranca una sonrisa.

—Tranquila, que no hay deberes para hoy. Solo vamos a dejarnos llevar y disfrutar.

La frase apenas ha salido de mi boca cuando el recuerdo de la última vez que nos vimos me golpea con fuerza. Concretamente cuando reté a Ava a que me besara y ella aceptó el desafío.

En ese momento también nos dejamos llevar. Aunque los labios de Ava al principio eran inseguros y vacilantes, poco a poco se fue soltando y encontrando su ritmo. Hasta que el mundo desapareció a nuestro alrededor, y lo que empezó como una lección acabó convirtiéndose en algo que no me he podido quitar de la cabeza en toda la semana.

Joder, ¿cuándo fue la última vez que dejé que una mujer se colara de esta forma en mis pensamientos? Yo no soy así.

Está claro que llevo demasiado tiempo sin echar un polvo. Eso, o que Ava me afecta más de lo que estoy dispuesto a admitir.

—No sé si soy muy buena en eso de dejarme llevar —murmura Ava. Y su mirada esquiva me lleva a preguntarme si ella también acaba de recordar lo mismo que yo.

—Pues el otro día no lo hiciste tan mal —comento con una media sonrisa, observando su reacción.

Parpadea mientras un ligero rubor tiñe sus mejillas, confirmando que, de alguna manera, el beso también la ha afectado. No puedo evitar que mi sonrisa se amplíe.

—Me refiero a que no estoy acostumbra a esto —se apresura a añadir desviando la mirada —. Ya sabes, a salir por ahí y a beber.

Levanto una ceja, intrigado por su respuesta.

—¿En serio? ¿Qué clase de vida has llevado? ¿Vivías encerrada en una torre o qué?

Ava suelta una risa nerviosa.

—Algo así —contesta y tras inspirar con fuerza añade—: Mis padres eran un poco estrictos. Nada de fiestas, nada de alcohol... Ya sabes.

Inclino la cabeza y la evalúo.

Algo me dice que no está siendo del todo sincera conmigo. Quizá porque la entiendo mejor de lo que cree. Yo también crecí con restricciones, aunque las mías fueran de otro tipo. Mi vida no ha sido tan perfecta como todos piensan.

—¿Pero no me dijiste que escribiste la carta de Scott estando borracha? —le pregunto.

—Bueno, sí. Pero eso fue un caso aislado —confiesa con las mejillas encendidas—. Y, sinceramente, todavía me avergüenzo de ello, así que no me lo recuerdes.

Me río.

—Bueno, no fue una de tus mejores jugadas, lo hay que reconocer. Pero oye, ¿quién no tiene una historia para olvidar después de unas copas de más?

Ava también se ríe.

—Por eso prefiero no beber.

—Entiendo tu punto, sí. Pero si bebes alcohol con moderación no tienes por qué acabar perdiendo el control —respondo dejando que mis palabras floten entre el ambiente.

Ella baja la mirada hacia sus manos y suspira.

—Es fácil decirlo, pero cuando llevas toda la vida caminando sobre una cuerda floja, cuesta creer que puedas soltarte un poco sin caer.

Parpadeo y la observo en silencio mientras asimilo sus palabras. La carga emocional que se intuye detrás, y que, por desgracia, se parece demasiado a la mía.

Tomo otro trago de mi bebida y, tras pensarlo un momento, digo:

—Tal vez no se trata de soltarse, sino de aprender a moverte sin perder el equilibrio.

Ava alza la vista y me mira con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

—A que todos al igual que tú nos movemos en una cuerda floja —confieso—. Pero para avanzar hay que arriesgarse, aunque el miedo siga ahí.

Otro silencio se instala entre nosotros mientras ella parece procesar mis palabras. Hasta que en sus ojos aparece un destello como de determinación.

—Quizás tengas razón —murmura como si hablara consigo misma. Luego alza la cabeza y me mira—. Estoy cansada de sentir que siempre me quedo atrás.

Dicho esto, levanta la mano para llamar la atención del camarero y su voz suena firme cuando pide una cerveza.

A partir de ahí dejo de calcular el tiempo que pasa. Solo sé que las botellas vacías de lo que hemos bebido se acumulan en la mesa, y que todo a mi alrededor ha pasado a estar en un segundo plano.

Ava me sorprende más a cada minuto que pasa. Tiene una forma de contar historias que, aunque al principio parece torpe, termina siendo hilarante. Me duele el estómago de tanto reír, y por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy disfrutando.

Suelto una carcajada tras otra, hasta que en un momento dado hago un movimiento brusco me provoca un pinchazo en el hombro. Me lo toco y hago una mueca de dolor involuntaria.

—¿Estás bien? —pregunta Ava todavía entre risas.

—Sí, tranquila —le respondo con una sonrisa que esta vez no alcanza mis ojos—. Es solo mi hombro recordándome que sigo jodido.

El ambiente entre nosotros se enfría ligeramente y durante unos segundos ninguno dice nada. Entonces Ava ladea la cabeza y de forma casual murmura:

—¿Sabes? Siempre he querido probar algo que he visto en las películas.

Levanto una ceja, intrigado.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—Un juego de confesiones —responde—. Verdad o trago. ¿Se le llama así?

—¿Verdad o trago? —repito mientras el buen rollo se vuelve a adueñar de mí—. Sabes que si no quieres decir la verdad tendrás que beber, ¿no? Creía que no querías rebasar tus límites.

Ava me dirige una mirada que se mueve entre el desafío y la diversión.

—¿Y quién dice que voy a rebasarlos? Mejor preocúpate por ti.

Suelto una carcajada y levanto mi vaso.

—Eso suena a reto, y me encantan los retos. Así que adelante.

El juego empieza en tono relajado con preguntas simples que no requieren mojarse demasiado: películas favoritas, el lugar más extraño en el que has estado, cosas que odias sin razón aparente… Por ello los dos las respondemos sin problema y nuestros vasos siguen intactos.

Pero como suele pasar en este tipo de juegos, tengo claro que de un momento a otro la dificultad subirá de nivel. Es inevitable, casi como una regla no escrita. Solo es cuestión de ver quien sube la apuesta primero.

Y al final, esa persona es Ava.

—¿Qué es lo que más te asusta?

Su pregunta me atraviesa como una bala inesperada pero certera.

Aun así, me recuesto en la silla y me obligo a pensar en ello.

—Supongo que lo que más me asusta es perder el rumbo —confieso al final—. El fútbol siempre ha sido una especia de ancla para mí, y ahora que eso se tambalea, siento que no sé quién soy sin él. —Levanto la vista y al ver que Ava me observa con expresión seria, en un intento de aligerar añado—: Pero el miedo es parte del espectáculo, ¿no? Hay que continuar.

Ella asiente y tengo la sensación de que va a decir algo, pero al final se lo guarda para sí misma.

—Tu turno —digo apoyándome en la mesa—. ¿Qué es lo que te asusta a ti?

Esboza una sonrisa de circunstancias.

—¿Ni siquiera te esfuerzas en cambiar la pregunta? Que poco original.

—¿Por qué cambiar cuando algo funciona? —le contesto poniendo cara de no haber roto nunca un plato.

—Buen punto, sí. —admite con expresión divertida. Luego, sus dedos empiezan a despegar

la etiqueta de una de las botellas, mientras parece organizar sus pensamientos—. Pues, a ver… —continúa—. Creo que lo que más me asusta es la sensación de no avanzar. Quiero decir… A veces me parece que todos los demás avanzan y encuentran su camino y… yo simplemente me quedo estancada.

Asiento lentamente.

—Te entiendo, sí. En parte no deja de ser algo parecido a lo mío.

—Sí, aunque en mi caso más que un problema de identidad es que me siento atrapada siempre en el mismo lugar.

Asiento, pero antes de que tenga tiempo de añadir nada más Ava me hace otra pregunta a mí.

—¿Alguna vez has pensado en lo que harías si no jugaras al fútbol?

Parpadeo, y suspiro tomándome un momento para procesar sus palabras.

—¿Si no jugara al fútbol? —repito mirando el techo—. Pues, sinceramente, no tengo ni idea. Desde que tengo memoria el fútbol siempre ha estado ahí. Era mi pasión, pero al mismo tiempo una forma de evadirme del mundo. —Suspiro y sacudo la cabeza—. Por eso, imaginarme un futuro sin él me cuesta.

Fuerzo una sonrisa y le devuelvo la pelota.

—¿Y tú? Si pudieras elegir otra profesión diferente a la de ahora, ¿qué harias?

Ava titubea un momento, sus dedos jugando de nuevo con la etiqueta de la botella.

Finalmente murmura:

—Siempre he soñado con tener mi propio negocio de repostería.

En mis labios aparece una sonrisa de comprensión.

—Tiene sentido, sí Ahora entiendo tu insistencia en usarme de conejillo de indias para tus postres.

Ella se ríe, pero la inseguridad no tarda en instalarse en su rostro.

—Sí, pero una cosa es hornear por diversión y otra hacerlo en serio. No sé si sería capaz de hacerlo profesionalmente.

Me la quedo mirando un momento y pregunto:

—¿Y por qué no? ¿Quién te lo impide?

Ava se encoge de hombros.

—Es complicado… —confiesa—. Como te he dicho siento que estoy estancada. Tanto en lo personal como en lo profesional. Intento avanzar, pero hay cosas que me frenan… Y mis problemas de confianza tampoco ayudan. —Una vez dice esto arruga los labios como si fuera una niña pequeña, y yo no puedo evitar sonreír.

—Bueno, nadie dijo que avanzar fuera fácil—respondo con calma—. Lo suyo es que

empieces por algo pequeño. Un paso que te acerque a lo que quieres.

Ava suspira.

—El problema es que pequeño no hay ninguno. Lo del negocio de repostería no es algo que pueda hacer de la noche a la mañana, y luego hay otras cosas que no dependen solo de mí.

—Ajá, ¿cómo cuáles?

Ella pega un ligero respingo.

—Pues… Ciertas experiencias.

—¿Qué tipo de experiencias? —insisto.

Ella baja la mirada hacia sus manos.

—Pues experiencias que todo el mundo a mi edad ha vivido menos yo.

Echo una mirada a nuestro alrededor y suspiro.

—Ava si no eres más precisa no voy a poder ayudarte. ¿De qué se trata exactamente?

Me mira de nuevo, pero de forma esquiva y esboza una sonrisa nerviosa.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí —le contesto sintiendo como yo me agito también.

¿Joder, a que viene tanto secretismo?

—Está bien. —Agita la cabeza como si se estuviera dando ánimos a sí misma, y de repente suelta—: Soy virgen.

Su confesión irrumpe entre nosotros y por un instante me quedo en estado de shock. No sé qué esperaba que dijera, pero no era esto.

Me la quedo mirando mientras intento encajar unas piezas con otras. Lo que me ha contado sobre sus padres y sus pocas salidas, su falta de confianza, su inseguridad… Todo empieza a cobrar sentido, pero aun así siento que necesito más piezas para tener el cuadro completo.

Antes de que tenga tiempo de pensar nada más ella rompe el contacto visual y le da un largo trago a su bebida.

—Ya está. Ya lo he dicho —murmura luego con voz atropellada—. Soy patética, ¿verdad?

Una sonrisa de comprensión se adueña de mis labios.

—No, no lo eres.

Ava me lanza una mirada fugaz.

—¿Y porque me siento así entonces?

—Porque te estás comparando con los demás —le contesto—. Y es lo peor que puedes hacer. Cada uno tenemos nuestro propio ritmo.

Ella deja escapar un suspiro de frustración.

—Puede ser, pero ¿qué pasa si cuando llegue el momento la cago?

—A ver, Ava Punto número uno nadie nace sabiendo. Todos hemos pasado por eso. Y punto numero dos después de lo que constaté el otro día tienes mucho ganado.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero al beso que nos dimos. Fue la hostia de increíble, y no parecía que tuvieras falta de experiencia ni mucho menos.

Sus ojos se agrandan mientras un leve rubor se instala en sus mejillas.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto —le contesto sintiendo mi rostro algo acalorado también.

Todavía sigo pensando en ello me dan ganas de añadir, pero me lo guardo mientras nuestros ojos conectan. El ambiente entre nosotros se vuelve denso, cargado de algo que me cuesta identificar. Pero la inseguridad no tarda en adueñarse de nuevo de su mirada y la tensión desaparece como si nunca hubiera estado allí.

Ava deja caer los hombros y se acaba el contenido de su vaso. Luego levanta el brazo para llamar la atención del camarero, pero se lo impido antes de que lo consiga.

—Ey, ¿qué coño estas intentando hacer ahora? ¿Ahogar tus penas en alcohol? Esa no es la solución.

—Pues entonces dime cual es.

—Enfrentar directamente el problema.

—Vale… ¿Y cómo debería hacerlo, según tú? Te recuerdo que necesito a otra persona para que me ayude con esto.

Deja caer la cabeza sobre sus manos mientras yo me dedico a pensar en lo que acaba de decir. En realidad, el problema tiene una solución fácil, pero que le guste o no es otra historia.

—¿Y si te digo que yo puedo ser esa persona? —suelto dando voz a mis pensamientos.

Ava levanta la cabeza y me mira claramente sorprendida.

—¿Qué?

—Me refiero a que yo puedo ayudarte con tu problema, si es lo que quieres —le explico intentando sonar natural, aunque se me hace difícil—. Es decir, podemos practicar algunas cosas intimas para que consigas sentirte más segura. Por supuesto no llegaríamos hasta el final —añado—. Eso es algo que deberías compartir con alguien especial.

Me quedo mirando a Ava que parece haberse quedado congelada a causa de la sorpresa. Luego se muerde el labio y baja la cabeza dejando que el silencio caiga entre nosotros como una losa.

Joder… Es obvio que mi descabellada proposición la ha incomodado, y lo último que quiero es que se sienta peor por mi culpa. Me remuevo incómodo en el asiento y en un intento de arreglar la situación suelto:

—¿Sabes qué? Olvida lo que acabo de decir. No debería haberlo pro…

—Acepto —me interrumpe de repente, cortándome en seco.

Levanto la vista y cuando mis ojos se encuentran con los suyos, percibo en ellos nerviosismo, pero también algo más.

Una especie de determinación que no esperaba.

Y, ahí, en medio del bullicio del bar, sé que acabamos de cruzar una línea para la que no hay vuelta atrás.

Capítulo 21

Ava

Todavía no puedo creer lo que pasó hace un par de días. Tyler me propuso que practicáramos juntos. Prácticas íntimas.

Y contra todo pronóstico, acepté.

Por eso, ahora estoy conduciendo hacia su casa con las manos aferradas al volante, como si mi vida dependiera de ello. Porque hoy es el día que hemos elegido para llevar a cabo dichas prácticas.

Y cada vez que lo pienso, siento que el nudo que tengo en el estómago me aprieta cada vez más.

Joder, Ava, ¿quieres hacer el favor de tranquilizarte?

Solo se trata de una simple práctica. No hay presión, ni expectativas. Y si sale mal no va a pasar nada. Tyler no es de los que juzgan a la primera de cambio.

Esos pensamientos son los que me acompañan hasta que veo su casa y mi corazón empieza a latir con más fuerza.

Paro frente a su garaje y apago el motor, pero en lugar de salir del coche me echo un vistazo rápido en el espejo retrovisor. Mis ojos reflejan una mezcla de nerviosismo y anticipación. Luego me obligo a hacer varias respiraciones profundas intentando calmar mi mente.

Estoy preparada para esto. Llevo el mejor conjunto de ropa interior que tengo, me he duchado, depilado y perfumado. Y, además, me he puesto este jersey en color rosa palo junto con mis vaqueros favoritos, porque tengo la sensación de que ambas prendas resaltan lo mejor de mí. Con suerte, todo eso me ayudará a sentirme más segura cuando llegue el momento.

Finalmente abro la puerta y bajo. El aire frío me ayuda a despejarme un poco mientras salvo la distancia que me separa del porche.

Puedes hacerlo, Ava, me repito una vez más mientras subo los escalones y me dispongo a llamar al timbre. Pero antes de que llegue a apretar el botón la puerta se abre.

—Ey —me saluda Tyler—. Te he oído aparcar.

Yo asiento con una sonrisa nerviosa y entro. Luego me quito el abrigo con movimientos torpes y lo sigo al salón.

Por lo que puedo apreciar Tyler también se ha tomado su tiempo para prepararse porque su pelo está todavía húmedo por la ducha. También se ha afeitado y, el pantalón de chándal que se ha puesto parece diseñado para facilitarle el trabajo a quien tenga que quitárselo.

Y esa persona podría ser yo.

Esa posibilidad me golpea con fuerza y cuando entro al salón, siento que mi energía nerviosa está a punto de explotar. Me quedo plantada en medio de la habitación, sin saber qué hacer con las manos.

Tyler se detiene a pocos pasos de mí, y cuando nuestras miradas se encuentran, trago saliva y suelto:

—Bueno… ¿cómo empezamos?

En lugar de responder él se dedica a recorrerme con la mirada con una expresión calmada que contrasta con mi nerviosismo.

—¿Y bien? —añado con voz más aguda de la que pretendía.

Entonces, Tyler da un paso hacia mí, luego otro, y siento cómo mi respiración se detiene.

¿Me va a besar? ¿Vamos a empezar así, de golpe?

No es que no quiera que me bese. Es solo que ahora mismo mi mente está en un completo caos. Aún no estoy preparada.

Sigue acercándose hasta que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Luego acerca poco a poco su rostro al mío, y cuando cierro los ojos para recibir sus labios, oigo su voz.

—Ava, ¿por qué estás tan nerviosa?

Reacciono y, cuando abro los ojos de nuevo, lo encuentro observándome con una sonrisa ligera.

—No estoy nerviosa —me apresuro a contestar, pero el temblor de mi voz me delata.

La sonrisa de Tyler se ensancha, como si estuviera disfrutando de mi torpeza.

—¿Ah, no? ¿Entonces porque parece que vas a salir corriendo de un momento a otro?

Mis mejillas se ponen a arder, pero aun así respondo:

—No voy a salir corriendo. Estoy perfectamente.

—Seguro que sí —murmura, y antes de que pueda añadir nada más, me coge de la mano y tira de mí. —Ven, siéntate.

Hago lo que me dice y me dejo caer en el sofá mientras él se dirige a la cocina. Regresa con un vaso de agua que deja sobre la mesita de centro.

—Bebe —me dice sin más.

Luego le observo acercarse al mueble del televisor donde se agacha y abre un cajón. Bebo un sorbo de agua y pregunto:

—¿Qué estás buscando?

En lugar de responder él abre un par de cajones más hasta que parece dar con lo que buscaba y se incorpora de nuevo.

Se da la vuelta con el objeto en cuestión y a la vez que me lo enseña dice:

—Esto.

Arrugo la frente.

—¿Un reproductor de mp3?

—Sí. La música es lo que siempre me ayuda a calmar los nervios antes de un partido —me explica sentándose a mi lado. Luego me tiende uno de los auriculares—. Vamos, pruébalo.

Dudo un momento y cojo el auricular. Me lo coloco en el oído mientras Tyler hace lo mismo con el otro. La música no tarda en empezar a sonar. Se trata de una canción que no conozco, pero, teniendo en cuenta que no soy ninguna experta en música, no es de extrañar.

Tyler se acomoda en el sofá y cierra los ojos con expresión relajada. Yo trato de hacer lo mismo, pero todavía siento una tensión persistente en mis hombros, y no me ayuda que nuestras piernas estén tan juntas.

Cada pequeño roce me pone aún más nerviosa.

—Ava, tranquilízate —oigo decir a Tyler por encima de la música—. Haz respiraciones lentas y profundas y déjate llevar.

—Eso intento —respondo.

Inspiro y espiro mientras intento concentrarme en la canción que está sonando. Tengo que reconocer que el cantante tiene una voz grave muy agradable, y la letra también es muy bonita. Habla de caer y de volver a levantarse, de segundas oportunidades.

Me enfoco en cada palabra, dejando que la melodía me envuelva, hasta que noto que la tensión de mi cuerpo empieza a disiparse poco a poco. Y para cuando se inicia la siguiente canción tengo la sensación de que la música ha creado una burbuja a mi alrededor, aislándome de mis preocupaciones.

La nueva canción tiene un ritmo igual de suave que la anterior, pero la canta una voz femenina, dulce y melancólica. Susurra palabras sobre encontrar la luz en la oscuridad, y hay momentos en que tengo la sensación de que me está hablando directamente a mí.

Sigo escuchándola hasta que termina y se hace el silencio. Llego a la conclusión de que Tyler debe haber apagado el reproductor y abro los ojos lentamente.

Me vuelvo hacia él y cuando nuestras miradas se encuentran esboza una sonrisa ligera.

—¿Mejor?

Asiento, algo sorprendida.

No solo porque la idea de Tyler ha funcionado, sino porque su presencia ya no me altera. Bueno, no me altera hasta que de repente se inclina hacia mí, y me saca el auricular del oído de forma deliberadamente lenta.

Su mano roza mi piel en el proceso, provocando un cosquilleo que hace que mi respiración se vuelva irregular de nuevo.

—Pues yo diría que sigues un poco nerviosa —dice ladeando la cabeza.

Se dedica a analizar mi rostro con total parsimonia, hasta que su mirada va a parar a mis labios, y por un momento creo que dejo hasta de respirar.

Aun así, me las arreglo para contestar con voz temblorosa:

—No, no lo estoy.

Tyler tuerce una sonrisa, una de esas que mezcla diversión y algo más difícil de descifrar.

—Aun así, creo que necesitas relajarte un poco más —murmura— Y tengo otro truco perfecto para ello.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —pregunto intentando mostrarme calmada a pesar de que mi corazón late de forma descontrolada. A pesar de que ya intuyo hacia donde quiere ir a parar.

En lugar de responder Tyler apoya uno de sus brazos en el respaldo del sofá justo al lado de mi cabeza y se inclina hacia mí. Entonces, confirmando lo que ya suponía, acerca poco a poco su rostro al mío.

El aire entre nosotros se carga de electricidad y cuando creo que no voy a ser capaz de aguantar más la expectación, sus labios se posan en los míos. Es un contacto ligero, casi como una caricia, pero suficiente para que todo mi cuerpo se tense y se derrita al mismo tiempo.

Entreabro la boca permitiendo que Tyler capture mi labio superior con una delicadeza que me hace temblar. Luego hace lo mismo con el inferior y así sucesivamente mientras yo me dejo llevar por su ritmo suave y pausado.

No podría precisar cuánto tiempo dura el beso. Solo sé que es igual de increíble que el otro que nos dimos. Y cuando Tyler se separa de mí no puedo pensar en otra cosa que en volver a sentir sus labios de nuevo.

—¿Está funcionando? —me pregunta con un brillo travieso en la mirada.

Por supuesto que está funcionado pienso, pero en lugar de decirle la verdad decido seguirle el juego.

—Ummm. No lo sé —miento mientras finjo pensar en ello—. Necesito más pruebas para estar segura.

Tyler arquera una ceja.

—Con que más pruebas, ¿eh? —murmura inclinándose de nuevo hacia mi—. Eso puedo arreglarlo.

Sin darme tiempo a reaccionar me planta ambas manos en las mejillas y sus labios vuelven a capturar los míos. Pero con una intensidad que me pilla completamente desprevenida. Esta vez su boca es más exigente, y su lengua no tarda en entrar en contacto con la mía. moviéndose con una destreza que me nubla los sentidos.

El calor no tarda en apoderarse de mí y ladeo la cabeza para permitir que el beso sea más profundo. Me aferro a sus hombros mientras una de manos desciende hasta mi cintura para atraerme hacia él. Entonces me mordisquea el labio inferior y un gemido suave escapa de mis

labios sin que pueda evitarlo.

Tyler parece alentado por el sonido, porque sus labios abandonan los míos y empiezan a descender lentamente, dejando un rastro de besos húmedos por mi mandíbula.

Cuando llega a mi cuello siento como su respiración cálida acaricia mi piel, haciéndome estremecer. Sus labios siguen explorando esa zona al mismo tiempo que cada beso envía una nueva oleada de calor a mi interior.

Entierro las manos en su pelo y cuando creo que no voy a poder soportar más su tortura, él alza la cabeza y nuestras bocas se encuentran de nuevo. Esta vez es Tyler quien deja escapar un gemido ronco que resuena en lo más hondo de mi ser.

Se aprieta a mí con más fuerza y no sé cómo, pero se las ingenia para que ambos acabemos tumbados en el sofá. Es en ese momento cuando una de sus manos cubre mi pecho, y aunque todavía llevo puesta la ropa no puedo evitar soltar un jadeo de sorpresa.

—¿Estoy yendo demasiado rápido? —murmura con voz ronca.

Trago saliva y niego con la cabeza.

—No, está bien así.

Tyler reanuda el movimiento de su mano mientras se dedica a observar mi reacción. Amasa mi pecho, con una firmeza calculada, que envía pequeñas descargas de placer a mi sexo.

—Ya sabes que tú eres la que marcas el ritmo —me recuerda sin dejar de martirizarme con sus caricias.

Emito un gemido a modo de repuesta y Tyler no tarda en capturar mis labios de nuevo. Nuestras bocas se funden y también lo hacen nuestros cuerpos. Y en medio de esa nube de placer Tyler empieza a balancearse contra mí lo que me permite sentir su dureza en todo su esplendor.

Abro los ojos un momento a causa de la sorpresa.

No es la primera vez que, en medio de un beso, he sentido algo similar. Es decir, los cambios que experimenta el miembro de un hombre cuando está excitado. Pero aquellas veces no tenían nada que ver con lo que estoy viviendo ahora. Ni en tamaño ni en intensidad.

Y por supuesto mi cuerpo tampoco había reaccionado como lo está haciendo ahora. Abriendo las piernas para poder sentirlo mejor.

Tyler se da cuenta, porque se detiene en seco. Luego se alza sobre sus brazos y, tras dirigirme una mirada cargada de intención, desliza una de sus manos por mi muslo y me lo levanta acomodándolo alrededor de él.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunta, reanudando el movimiento.

En esta posición el contacto es más intenso y directo. Tanto, que lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza mientras él no deja de mecerse contra mí. Hacia adelante, hacia atrás, y vuelta a empezar.

Llevándome al límite.

Mi respiración se acelera, mi sexo se humedece y cada vez se me hace más difícil reprimir los gemidos que brotan de mi garganta. La boca de Tyler tampoco me deja tregua. Me besa en los labios, en la barbilla, y en el cuello, con el mismo ímpetu que siguen sus caderas. Y como si fuera algo que he hecho toda la vida, me sincronizo con él.

Varias oleadas de placer empiezan a asaltarme, preparándome para lo que está por llegar.

—No pares… —Esas palabras son las únicas que le consigo decir a Tyler en medio de mi neblina de sensaciones.

Y él reacciona aumentando el ritmo, intensificando cada movimiento, hasta que algo estalla dentro de mí.

—Eso es, nena. Déjate llevar —oigo que me dice mientras el placer empieza a liberarse.

Entonces, grito su nombre y me dejo arrastrar por el mejor orgasmo que he tenido en toda mi vida.

Capítulo 22

Tyler

Me apoyo en el marco de la puerta de mi habitación y me quedo observando a Ava. Está de pie sobre la alfombra, junto a la cama, echando un vistazo rápido a todo lo que le rodea. Mientras tanto, no deja de jugar con el borde de las mangas de su jersey. Un gesto automático que demuestra que todavía sigue algo nerviosa, a pesar de lo que acabamos de hacer.

Sus ojos recorren la habitación, deteniéndose un instante en mi cama de tamaño *King size*.

Finalmente se vuelve hacia mí y murmura:

—Bueno… ¿Y qué vamos a hacer ahora?

Sonrío un poco y cierro la puerta con un suave clic.

—Vamos a por la siguiente lección —le contesto dejándome caer en la cama—. Vamos a trabajar en que te sientas cómoda desnudándote delante de un hombre, y viceversa.

Sus mejillas se tiñen de un rosa intenso y su garganta se mueve al tragar saliva con dificultad. Luego entreabre los labios como si quisiera decir algo, pero finalmente se limita a asentir con la cabeza.

Vuelvo a sonreír en un intento de aliviar la tensión y carraspeo.

—Vale, pues… ¿Quién empieza? —pregunto.

Ava parpadea y, tras un momento de indecisión, murmura:

—Empieza tú.

Asiento con un gesto.

—Como quieras. —Una vez digo esto me levanto y tras separarme un poco de Ava para que pueda verme mejor, empiezo a quitarme la ropa.

Llevo las manos al borde de mi camiseta y me la quito con un movimiento lento y relajado. La suelto sobre la cama notando como sus ojos siguen cada uno de mis movimientos.

Hasta que parecen detenerse en un punto particular: La cicatriz que tengo en el hombro a causa de la cirugía.

Un pequeño recordatorio de lo frágiles que podemos ser, pero también de lo que somos capaces de superar.

Eso es lo que no dejo de repetirme a mí mismo cuando me da por autocompadecerme.

Aparto esos pensamientos e introduzco los dedos tras el elástico del pantalón. Me lo bajo tomándome mi tiempo, tras lo que me lo paso por los pies y lo dejo a un lado. Permanezco de pie, solo con los calzoncillos puestos, dejando que Ava se acostumbre al momento.

Al principio, su mirada refleja vergüenza, pero poco a poco la curiosidad se impone. Así que decido seguir y darle lo que quiere.

Con un movimiento rápido me deshago de los boxers y me quedo completamente desnudo frente a ella. El silencio de la habitación se vuelve casi palpable mientras ella se dedica a mirarme. Hay recelo en su mirada, pero también fascinación, y no puedo evitar sonreír ante lo adorable que se ve.

En serio, ¿de dónde ha salido está chica?

El tiempo parece estirarse, por lo que estoy a punto de decir algo para rebajar la tensión, cuando Ava se me adelanta:

—Esto… ¿Todos los hombres son como tú?

Parpadeo, sorprendido por su pregunta.

—¿Qué?

—Quiero decir ahí abajo —añade haciendo un gesto vago con el cuello hacia mis partes íntimas.

Me río sin poder evitarlo.

—No, no todos —confieso—. Supongo que he tenido suerte.

Ava asiente con calma, y otro silencio incómodo vuelve a instalarse entre nosotros. Entonces decido que ya ha llegado el momento de seguir con la lección.

Adelanto un pie y me acerco lentamente a ella.

Ava pega un respingo, pero no me detengo. Me paro a pocos centímetros de ella, y con expresión divertida murmuro:

—Venga, tócame. Sé que lo estás deseando.

Frunce el ceño y me dirige una sonrisa de incredulidad.

—¿Te lo tienes muy creído, no?

—Puede ser —bromeo—. Pero en el fondo no te importa tanto, ¿a qué no?

Ava se ríe de forma sincera, al mismo tiempo que sus hombros se relajan. Luego nos miramos durante un momento en el que puedo percibir en sus ojos algo parecido a la determinación.

Sin decir ni una palabra, extiende la mano hacia mi pecho.

Aunque el primer contacto es suave yo lo siento de una forma muy diferente. Una sensación que me golpea como una descarga eléctrica, recorriéndome el cuerpo con una intensidad que no esperaba. Por suerte consigo controlarme, al menos lo justo para que ella no note lo mucho que me afecta.

Desliza su mano de un pectoral al otro como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, como si yo fuera algo nuevo e insólito que acaba de descubrir. Y no sé si es a causa de esa

fascinación en sus ojos, o la quemazón que me provoca cada roce de su mano, pero me está volviendo loco.

Justo lo mismo que me ha pasado hace un rato en el salón, y eso que aún estábamos completamente vestidos.

Joder… Me ha resultado tan excitante ver cómo se corría debajo de mí, oír sus dulces gemidos…

Ninguna mujer con la que he estado ha reaccionado de una forma tan intensa con un simple roce. Y tengo que admitir que yo tampoco. Porque, de no haberme controlado, habría estado a punto de correrme también. Y directamente sobre los pantalones como si fuera un adolescente.

He estado a punto de perder el control, sí. Y ahora voy por el mismo camino, cuando lo único que está haciendo Ava es tocarme.

Su mano desciende lentamente hacia mi abdomen, dejando mi piel en llamas en el proceso. Cada roce suyo me parece una tortura, pero al mismo tiempo no quiero que se detenga. Entonces llega a la zona de mi bajo vientre y todo se amplifica hasta niveles extremos.

Es en ese momento cuando llego a la conclusión de que tengo que parar esto, o acabaré con una erección imposible de disimular delante de Ava.

Inspiro y con un esfuerzo monumental coloco mi mano sobre la suya y la obligo a detenerse.

—Se acabo el tiempo —le digo dando un paso hacia atrás. Y tras darme un instante para recomponerme añado—: Es tu turno. Desvístete.

Los ojos de Ava se abren con sorpresa a pesar de que ya sabía que llegaría este momento. Pero aun así asiente en silencio y empieza a desvestirse con manos temblorosas.

Curiosamente empieza por su pantalón vaquero. Desabrocha el botón y lo baja lentamente, mostrando una cadera sexy y curvilínea que me entran ganas de agarrar. Luego le llega el turno al jersey. Coge el dobladillo y tras titubear un momento se lo saca. Pero antes de que tenga tiempo de ver nada, lo deja sobre la cama y se agacha para quitarse las bragas. Las baja con rapidez, las deja junto al resto de su ropa, y cuando se vuelve de nuevo por fin puedo verla sin tapujos.

Joder… tiene un cuerpo increíble, curvas suaves, piernas firmes, unos pechos que son un maldito espectáculo. Pero antes de que pueda regodearme con ello, mi atención se desvía sin querer hacia otra cosa.

Hacia una cicatriz para ser exactos. Una cicatriz que cruza su pecho de forma vertical. Es delgada y marcada y parece fruto de una operación quirúrgica. Una operación a corazón abierto.

Trago saliva mientras todo empieza a encajar en mi cabeza. Su falta de confianza, su inseguridad, su inexperiencia…

Es obvio que Ava ha pasado por algo que la ha marcado. Tanto física como psicológicamente. Y también que esa cicatriz la acompleja mucho. Su mirada esquiva me lo demuestra. Pero no debería ser así. Ava es una chica preciosa, y su belleza va más allá de su piel marcada. Es más que un cuerpo, más que una cicatriz. Y quiero que lo sepa.

Por ello doy un paso hacia ella y alargo el brazo con la intención de tocar esa marca. Como un intento de transmitirle que no la veo de la misma manera en que ella se ve. Mis dedos se posan en el extremo superior de la cicatriz, lo que me permite sentir su borde irregular. Pero antes de que tenga tiempo de seguir explorando, su cuerpo se tensa bajo mi mano, y en un instante, se aparta, alejándose de mí.

—Lo siento —digo al instante —yo solo quería…

—No discúlpame tú a mí —me interrumpe ella agitando la cabeza—. Creía que estaba preparada para hacer esto, pero… Está claro que me equivocaba.

Su voz se rompe un poco al decir estas últimas palabras, y se abraza a sí misma. Como si de alguna manera eso la fuera ayudar con la incomodidad.

—Tranquila —me apresuro a decir, sin intención de presionarla más—. No tienes que hacer nada que no quieras, ya te lo dije.

Ella se limita a asentir con un gesto vago, y en el proceso me percato de que su rostro se ha vuelto pálido. Por ello no puedo evitar que una especie de instinto protector se active dentro de mí.

Cojo mi pantalón y me lo pongo con movimientos rápidos. Luego descuelgo del perchero un albornoz, y se lo paso a Ava.

—Toma, ponte esto.

Ella lo coge y hace lo que le digo, pero todavía parece afectada por lo que acaba de pasar. La guio hacia la cama, hago un gesto para que se siente y ella obedece sin decir ni una palabra. Luego le pido si quiere beber o comer algo, pero me dice que no. Así que me limito a sentarme a su lado.

A partir de ahí nos quedamos los dos en silencio con la mirada puesta en un punto a lo lejos. Un silencio denso y palpable, cargado de muchas cosas. Hasta que Ava murmura:

—Cuando tenía diecisiete años me sometí a un trasplante de corazón. Por eso tengo esa cicatriz.

Vuelvo la cabeza hacia ella y la miro algo sorprendido. No por lo de la operación, eso ya me lo esperaba, sino porque haya decidido confiar en mí y explicármelo.

Asiento con calma mientras ella deja ir un largo suspiro.

—De niña me diagnosticaron una miocardiopatía —continúa—. Mi corazón no bombeaba sangre de manera eficiente, y al final el trasplante fue la única opción —confiesa tras lo que se encoge de hombros como si lo que acaba de decir no fuera gran cosa—. Pero gracias a la operación, ahora estoy bien.

Me quedo en silencio asimilando lo que acaba de decir y, tras pensar un poco en ello esbozo una sonrisa ligera, y murmuro:

—Así que ese es el motivo por el que vivías atrapada en tu torre.

Ava parpadea, sorprendida de que haya sacado a relucir las palabras que intercambiamos el

otro día en el bar. Pero poco a poco una sonrisa se instala también en su rostro.

—Supongo que sí —responde con voz algo más relajada—. Y no es que mis padres fueran estrictos, al menos no como te dije; solo querían protegerme. Y a ver, que ya sé que lo hacían de buena fe, pero… —Hace una pausa, mientras juega con el cinturón del albornoz—. Creo que toda esa protección solo hizo que me viera aún más… diferente. Quiero decir…, que mientras mis compañeros de clase salían por ahí, y hacían vida normal, yo vivía atrapada entre médicos y restricciones. —Una vez dice esto, deja escapar una risa breve y sacude la cabeza—. Supongo que eso explica muchas cosas, ¿verdad? Como mi brillante idea de escribir una carta de amor, y mi falta total de experiencia con… ya sabes… Los hombres.

Me río suavemente.

—Bueno lo de la carta tengo que decir que fue original.

—Sí tú lo dices —responde con una pequeña sonrisa, antes de que los dos volvamos a quedarnos en silencio.

Aunque este silencio ya no es tan incómodo como el anterior. Pienso en lo que me ha contado, en lo que ha tenido que enfrentar desde tan corta edad. Y eso, inevitablemente, me lleva a mis propios recuerdos, a los años en que mi vida tampoco fue fácil.

Mis pensamientos se arremolinan, y antes de que me llegue a dar cuenta, estoy hablando sobre mi pasado.

—¿Sabes? No creo que el término «normal» sea tan fácil de definir —constato con un suspiro—. Pero si tiene que ver con vivir una adolescencia despreocupada y sin problemas, yo tampoco sé lo que es eso. —Una sonrisa amarga se adueña de mis labios mientras evoco aquella época—. Mientras mis amigos no tenían otra cosa de la que preocuparse que no fuera el fútbol, salir de fiesta, o estudiar, yo cuidaba de mi madre enferma. Y además tenía que pensar en cómo pagar la comida, o que hacer si ella tenía un mal día.

Por el rabillo del ojo noto como Ava se vuelve hacia mí. Supongo que no se esperaba para nada lo que le acabo de decir.

—¿Y tu padre? —pregunta entonces con voz vacilante. Como si no tuviera del todo claro si está haciendo bien en adentrarse en ese terreno.

Mi mandíbula se tensa de manera involuntaria al oír esas palabras, pero hago un esfuerzo por responder con calma.

—Se largó cuando yo tenía 10 años. Ni siquiera dejó una nota. Solo desapareció. —El tono de mi voz es neutro, aunque todavía siento un resquicio de aquella vieja herida—. Desde entonces solo estábamos mi madre y yo.

—¿Y qué pasó con… ella? —pregunta Ava casi en un susurro, como si temiera conocer la respuesta.

Trago saliva y bajo la mirada hacia mis manos antes de responder.

—Tenía cáncer. Luchamos todo lo que pudimos, pero no fue suficiente. —Me quedo en silencio unos segundos, dejando que los recuerdos me alcancen, y no puedo evitar que mis labios

se curven en una sonrisa nostálgica—. Aun así, nunca dejo de sonreír —añado—. Siempre encontraba la forma de hacer que todo pareciera más llevadero. Quizá por eso le gustaban tanto los girasoles. Porque, al igual que ella, siempre miran hacia la luz.

Mi voz se apaga en el aire, y por un momento me quedo yo solo con mis recuerdos. Hasta que la voz de Ava me trae de nuevo al presente.

—¿Es por eso por lo que quieres plantarlos?

Asiento con calma.

—Sí —confieso—. Supongo que quiero recuperar un poco de esa luz.

Otro pequeño silencio se instala entre nosotros hasta que Ava pregunta:

—¿Y qué hiciste después de que ella muriera?

Mis labios se curvan en una sonrisa triste.

—Me las arreglé como pude. Terminé el instituto mientras estaba en un programa de acogida, y por suerte conseguí una beca para jugar al fútbol en la universidad. Aunque como no lo cubría todo, no me quedó otra que compaginar los entrenamientos y las clases, con un trabajo a tiempo parcial —le explico—. No fue fácil… pero sabía que sabía que tenía que salir adelante.

Mis palabras quedan suspendidas en el aire mientras mantengo la mirada fija en un punto indefinido. Es curioso. No suelo hablar de mi pasado porque me incomoda demasiado. Por eso, hasta ahora, solo se lo había contado a Drew. Pero con Ava… no ha sido así. No he sentido ni un ápice incomodidad. Solo alivio.

—¿Sabes una cosa? —murmura de repente Ava sacándome de mis pensamientos—. Creo que tu madre estaría muy orgullosa de ti.

Le dirijo una mirada cargada de sorpresa y cuando veo que me está sonriendo no puedo evitar hacerlo yo también.

—¿Tú crees? —pregunto.

—Sí. Y no solo por lo que hiciste por ella, sino por quien te has convertido. Eres fuerte, perseverante, y mucho más sensible, y protector de lo que aparentas. Pero tranquilo, no voy a arruinar tu imagen de tipo duro.

Me río entre dientes.

—Vaya, gracias por proteger mi reputación —digo mientras siento como la tensión de mi interior se disuelve—. Tú también tienes mucho de lo que enorgullecerte, ¿sabes? A pesar del miedo o de tus inseguridades nunca te rindes, y tienes una fuerza interior fuera de lo común. Así que no deberías avergonzarte de tus cicatrices, forman parte de lo que te ha hecho ser quién eres ahora.

Ava asiente asimilando mis palabras y cuando me mira de nuevo lo hace con una expresión alegre y renovada.

—Gracias por tus palabras. Necesitaba oírlas.

No digo nada más, solo le devuelvo la sonrisa mientras algo diferente revolotea entre nosotros. Una sensación que me llena el pecho de una forma que nunca había experimentado, y al mismo tiempo me hace sentir en paz.

No tardamos mucho en retomar la conversación. Esta vez sobre temas más ligeros: recuerdos divertidos, anécdotas, cosas que nos hacen sonreír y, al mismo tiempo, nos permiten conocernos mejor.

El tiempo pasa sin que nos demos cuenta y, poco a poco, siento como el cansancio me empieza a pesar. Supongo que a causa del agotamiento que me ha supuesto abrirme tanto a nivel emocional. Ava también parece estar sintiéndolo, por la forma en que se acaba de recostar. Sobre un costado y con la cabeza vuelta hacia mí.

Me acomodo a su lado dejándome llevar por la calma del momento. Y permito que el silencio haga el resto.

Capítulo 23

Ava

Un trueno me despierta de golpe. Abro los ojos, aturdida, e intento descifrar dónde me encuentro. Una luz, procedente de una lámpara de mesa, proyecta sombras suaves en unas paredes que no me resultan familiares. Y la cama sobre la que estoy tampoco, puesto que es demasiado grande y cómoda para tratarse de la mía.

Parpadeo mientras me incorporo y entonces me doy cuenta de que no estoy sola. Tyler está a mi lado, aparentemente dormido. Y para más inri, tiene el torso al descubierto, mientras que yo solo llevo puesto un albornoz.

Me tenso al instante a causa del desconcierto, pero entonces recuerdo la conversación que tuvimos, y llego a la conclusión de que debí quedarme dormida sin darme cuenta.

Respiro hondo y, tras echar un vistazo a mi alrededor, vuelvo a mirar hacia Tyler. Tengo que decir que la calma de su rostro me deja un poco desconcertada. Así, con los ojos cerrados y el rostro relajado, parece diferente.

Más vulnerable y humano. Más parecido a cómo es en realidad, sin la fachada de seguridad que suele mostrar.

Y eso lo hace aún más atractivo ante mis ojos, no lo voy a negar. Por eso no puedo evitar recrearme en sus rasgos. Hay algo hipnótico en la forma en que su fuerte mandíbula contrasta con la dulzura de sus labios bien formados. Y en cómo sus largas pestañas acarician su piel con delicadeza. Realmente su rostro es tan perfecto que parece haber sido esculpido por un artista de la época renacentista.

¿Y qué decir de su cuerpo de atleta?

Es igual de perfecto.

Su pecho amplio y definido es literalmente una obra de arte, y sus brazos y hombros tampoco se quedan atrás.

Deslizo la mirada por su brazo derecho y me detengo al ver la cicatriz de su hombro. La piel está ligeramente levantada formando una línea irregular que recorre parte de la zona de la lesión. Pero no le resta atractivo sino al contrario.

Porque tal y como dijo Tyler, las cicatrices forman parte de quienes somos. Y esta en particular es una prueba de la lucha que está enfrentando ahora.

Con ese pensamiento, miro un poco más abajo y mis ojos van a parar al mensaje que tiene tatuado: *Never give up*.

Recuerdo lo que pensé la primera vez que lo vi. Me pareció irónico que alguien como él

llevara eso tatuado, porque creía que nunca había enfrentado ningún problema real, que solo era para presumir.

Ahora sé lo equivocada que estaba, y me avergüenzo de haberlo juzgado sin conocerlo.

Ese tatuaje no es un lema vacío. Es un recordatorio de las batallas que tuvo que librar cuando era solo un niño. Del abandono de su padre. De cómo asumió la responsabilidad de cuidar a su madre enferma. Y, sobre todo, de cómo logró mantenerse en pie cuando se quedó completamente solo.

Ahora entiendo porque lleva esa marca. No es una muestra de orgullo, ni algo que exhiba para los demás. Es una promesa que se hizo a sí mismo. Una forma de recordar que, pase lo que pase, siempre va a seguir adelante.

Sin pensar mucho en lo que estoy haciendo, alargo mi mano hacia su brazo. Quiero tocar el tatuaje, como si eso pudiera acercarme más a todo lo que significa.

Estoy a punto de rozar su piel cuando, de repente, Tyler se mueve.

Me aparto en el acto y, a los pocos segundos, su respiración cambia y sus ojos comienzan a abrirse.

Parpadea un par de veces con expresión desorientada. Luego se incorpora un poco y su mirada viaja por la habitación antes de detenerse en mí.

—¿Ava? —murmura, claramente preguntándose qué demonios hago en su cama. Pero enseguida debe recordar lo que pasó porque su expresión se suaviza—. Joder…, me he quedado dormido.

Se gira hacia la mesita de noche a su izquierda mientras alarga la mano para coger su móvil.

Y es en ese preciso instante cuando la colcha que cubría parte de su cuerpo se mueve, y me doy cuenta de que tiene una tienda de campaña monumental entre las piernas.

El calor sube por mi cuello como un fuego incontrolable y aparto la mirada al instante. Pero mi mente sigue atrapada en lo que acabo de ver.

—Son solo las 9 —oigo que dice Tyler ajeno a todo—. Por un momento pensaba que ya era por la ma… —Deja de hablar de golpe y cuando me vuelvo hacia él me doy cuenta del porqué.

Él también se ha percatado de la situación porque su mirada se ha quedado fija en su cuerpo antes de volver a encontrarse con la mía. Pero en lugar de compartir mi incomodidad, se dedica a sonreír sin más.

—Bueno… Esto es interesante —murmura pasándose una mano por el pelo alborotado—. Aunque tienes que saber que es completamente normal. Muchas veces los tíos nos despertamos empalmados. Forma parte de nuestra naturaleza—. Asiento de forma rápida sintiendo las mejillas encendidas. Él, por el contrario, se vuelve a apoyar en la almohada con total tranquilidad. Luego añade con una media sonrisa que no augura nada bueno—: ¿Sabes qué? Estaba pensando que podríamos aprovecharlo.

Mis ojos vuelan hacia él.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que es una buena oportunidad para que aprendas algo más —me aclara—. En concreto, cómo darle placer a un hombre de forma efectiva.

El calor de mi rostro sube hasta cotas infinitas, y por un instante me entran ganas de salir corriendo de la habitación.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente, ¿no es lo que querías? —continúa—. Ganar experiencia.

Abro la boca para contestarle, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Carraspeo y lo vuelvo a intentar.

—Sí, pero… —consigo decir al fin—. ¿No es un poco precipitado?

Tyler se encoge de hombros.

—Puede ser, pero las mejores oportunidades se presentan así. Sin avisar. Y si quieres aprovechar esta no te queda otra que lanzarte y confiar en mí. —Su mirada, ahora practica y resolutiva se encuentra con la mía, y no tarda en suavizarse un poco—. A ver, Ava, sobre todo quiero que sepas que no estoy intentando presionarte. Solo quiero ayudarte, ¿lo sabes no?

Asiento mientras sus palabras penetran en mi sistema nervioso y, de alguna manera, llego a la conclusión de que tiene razón. Así que me las arreglo para dejar a un lado la vergüenza y la incomodidad y digo:

—Está bien… Vamos a intentarlo.

Una nueva sonrisa aparece en los labios de Tyler.

—Buena decisión.

A partir de ahí Tyler empieza con la lección. Me explica de forma rápida que la clave para tocar el miembro de un hombre es hacerlo con la presión y el ritmo adecuados. Y no tarda en bajarse los pantalones para demostrármelo de forma gráfica.

Es ahí cuando su polla hace acto de presencia, y no puedo evitar mirarla con una mezcla de nerviosismo y fascinación.

—Tranquila, no muerde —bromea Tyler al percatarse de mi reacción.

Luego se la rodea con la mano y empieza a hacer movimientos rítmicos, de arriba abajo.

—Fíjate —murmura sin dejar de moverse—. Tienes que subir y bajar manteniendo una presión constante, pero el ritmo puede variar. Y si rotas la muñeca ayudas a incrementar la sensación de placer. —Desliza sus dedos con facilidad mostrándome lo que ha dicho—. Y no debes olvidarte del glande. Es una zona sensible, pero la puedes estimular con movimientos circulares.

—Vale —digo con voz titubeante. Pero antes de que tenga tiempo de asimilar toda la información, Tyler se detiene en seco.

Luego me dedica una mirada juguetona, a la vez que desafiante, y murmura:

—Venga, prueba tú.

Trago saliva y asiento, aunque mi mano vacila un poco cuando la llevo hacia él. Tyler lo nota y me acaba acompañado con la suya.

—Tranquila —dice con una sonrisa ligera, al mismo tiempo que coloca mi mano sobre su miembro.

Mi respiración se detiene al instante en que mis dedos envuelven su piel cálida, pero como Tyler me está guiando no me queda otra que seguir.

Mueve nuestras manos a ritmo lento, pero constante, incluyendo el movimiento rotatorio que me ha explicado, hasta que le pillo el truco y empiezo a hacerlo sola.

—Eso es —murmura Tyler apoyándose en la almohada.

Su voz ha sonado ronca y sus ojos están nublados, así que asumo que debe estar disfrutando.

Y eso me da las fuerzas que necesito para continuar.

Sigo subiendo y bajando al mismo tiempo que observo sus reacciones. Y entonces me percato de que es lo que más le gusta y me concentro en eso.

El placer es cada vez más evidente en su rostro, y lo mejor de todo es que se lo estoy provocando yo. Y eso me hace sentir cada vez más segura de mí misma.

Además, no sé si es por los sexys gemidos que brotan de su garganta, o por la fuerza que desprende su miembro palpitante, pero de repente empiezo a sentir un cosquilleo en mi bajo vientre. Un cosquilleo cada vez más intenso que me lleva a recordar lo bien que me sentí con esa dureza apretando entre mis piernas.

—Lo estás haciendo perfecto —oigo que dice Tyler con voz queda— Sigue así…

Continúo con mi cometido mientras el tiempo parece desdibujarse a nuestro alrededor, hasta que dentro de mi crece una necesidad que no puedo ignorar.

Entonces, antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, me subo a horcajadas sobre él.

Sus ojos se abren como platos a causa de la sorpresa, pero eso no impide que sus manos vayan a parar a mis caderas.

—Ava, ¿qué estás haciendo? —pegunta con una voz que se mueve entre el desconcierto y el deseo.

—No lo sé… —contesto con la respiración entrecortada—. Solo sé que necesito volver a sentirla.

Bajo mis caderas intentando aliviar esa necesidad que arde en mi interior, pero antes de que llegue a conseguirlo Tyler pega un respingo debajo de mí, y me detiene en el acto.

—Espera, para… No tengo nada en contra de que te roces contra mí, pero antes debería ponerme protección.

Miro hacia mis piernas en un acto instintivo y entonces me doy cuenta de que no llevo ropa interior debajo del albornoz. El calor sube rápidamente por mi cuello, pero esta vez a causa de la

vergüenza.

—Lo siento —balbuceo apartándome de él—. No había caído en eso.

—Tranquila.

Una vez Tyler dice eso se instala entre nosotros un silencio algo incómodo que él no tarda en romper.

—Entonces… ¿quieres hacerlo? —murmura—. ¿Quieres que me restriegue contra ti?

Mis ojos vuelan hacia los suyos y la intensidad de su mirada hace que mi estómago se contraiga.

—Yo… —Las palabras se atascan en mi garganta a causas de mis dudas, pero mi creciente necesidad se acaba anteponiendo—. Sí…

Una sonrisa ladeada aparece en el rostro de Tyler.

—Vale, pero primero el condón.

Se vuelve hacia la mesita de noche, de la que saca un pequeño envoltorio plateado. Luego lo rasga con destreza, y saca un preservativo que extiende en toda la envergadura de su miembro.

Cuando termina, su mirada juguetona vuelve a mí y me pide que me tumbe. Luego, sin apartar sus ojos de los míos, desliza las manos hasta el nudo de mi albornoz. Lo desabrocha con un movimiento lento y deliberado, la tela se abre, y quedo completamente expuesta ante él.

El aire caldeado de la habitación acaricia mi piel desnuda, y al igual que hace unas horas siento el impulso de cubrirme. De cubrir mi cicatriz. La verdad es que siempre me ha acomplejado y es una de las razones por las que tengo tan poca experiencia con hombres. Porque no quería que la vieran, que vieran mi fragilidad.

Sin embargo, aquí estoy completamente expuesta a Tyler. Y a él mi cicatriz no parece molestarle sino al contrario. Hay deseo en sus ojos, dejando patente que esa marca no cambia nada.

Trago saliva cuando acerca su mano lentamente y empieza a recorrerla con los dedos. Mi primer instinto es encogerme, pero me obligo a permanecer quieta mientras él sigue con su exploración. Entonces, cuando creo que no voy a ser capaz de soportarlo más se aparta y añade:

—Eres preciosa, Ava. Que nada ni nadie te haga creer lo contrario.

Sus palabras atraviesan mis defensas y siento como algo se remueve dentro de mí. Mi pecho sube y baja con rapidez, pero antes de que tenga tiempo de decir algo, Tyler se inclina sobre mí y roza mis labios con los suyos.

Es un beso suave pero provocador que consigue que me relaje por completo. Mi cuerpo reacciona a su contacto mientras él apoya un brazo a mi lado y se coloca sobre mí. Es entonces cuando me percato de que esta postura quizá no sea la mejor para su hombro lesionado.

No tardo en buscar su mirada y preguntarle por ello.

—Espera, ¿no te duele el hombro estando así?

Tyler sonríe ligeramente y niega con la cabeza.

—Tranquila, estoy bien. Me estoy apoyando con el brazo izquierdo.

Dicho esto, coge su miembro, lo acerca a mi entrada y ya no puedo hacer otra cosa que concentrarme en eso.

Empieza deslizando la punta a lo largo de mi abertura, con una suavidad que me hace estremecer. Es un roce lento y deliberado que deja claro que sabe perfectamente lo que se hace. Luego repite el movimiento, pero variando el ritmo, para acabar trazando pequeños círculos que me arrancan un jadeo.

Y justo cuando creo que no puede haber nada más placentero que eso, su boca desciende hasta mi pecho, y atrapa el pezón succionándolo con lentitud.

Me arqueo mientras me sujeto a las sábanas.

—¿Te gusta? —pregunta Tyler con la voz cargada de deseo.

Le respondo con otro gemido perdida en la sensación de su lengua jugueteando con mi piel. Pero, entonces su boca desciende hacia arriba, me deja un reguero de besos en la mandíbula y encuentra mis labios.

Su lengua se entrelaza con la mía en un baile desesperado mientras él sigue dibujando esos malditos círculos con su miembro que parecen diseñados para enloquecerme. Cada roce me lleva un poco más lejos, la tensión arremolinándose en mi interior.

Y a medida que crece mi excitación puedo sentir su polla cada vez más resbaladiza contra mi sexo.

—Joder, estás muy mojada —murmura Tyler con voz grave junto a mi cuello, disfrutando tanto como yo de ese descubrimiento.

Me arqueo en busca de más contacto y fricción, ya que la tensión me resulta cada vez más difícil de sobrellevar. Pero Tyler en lugar de facilitarme las cosas decide torturarme un poco más. Deja de moverse, aparta su miembro de mi entrada, y justo cuando suelto un quejido de frustración, vuelve a rozarme con más determinación que antes.

Repite ese juego una vez más, y luego otra. Cada pausa es una eternidad. Cada roce un pequeño estallido que me lleva hasta el límite. Hasta que decido tomar yo el control de la situación.

Cojo su miembro, lo dirijo hacia mi abertura y adelanto las caderas con decisión. Lo que provoca que la punta cuele un poco en mi interior.

Jadeo, sobrecogida ante la nueva sensación de sentirlo dentro de mí, aunque sea por un instante.

Y no puedo evitar volver a hacerlo de nuevo.

Introduzco la punta y la vuelvo a sacar mientras que un cosquilleo ardiente recorre mi cuerpo.

—Ava deberías parar de hacer eso —me avisa de repente Tyler.

La verdad es que estaba tan perdida en mis propias sensaciones que no me había dado cuenta de que cuerpo se ha puesto rígido.

—¿Por qué? —pregunto un poco confundida—. ¿No te gusta?

El cierra un momento los ojos y esboza una sonrisa irónica.

—Por supuesto que me gusta. Me gusta tanto que no dejaría de empujar hasta que mi polla entrara al completo dentro de ti —confiesa con voz ronca.

—¿Y porque no lo haces?

—Porque eso significaría desvirgarte y no puedo permitir que desperdicies tu primera vez así —añade con un autocontrol que no parece sentir su cuerpo, duro como una roca.

¿Desperdiciar? ¿Porque piensa que compartir mi primera con él vez es un desperdicio?

Por fin estoy experimentando lo que es estar con un hombre de forma plena y satisfactoria. Y todo gracias a él. Él ha sido quien ha derribado mi muro de miedo e inseguridad, quien me ha hecho sentir cómoda en mi propia piel, quien me ha ayudado a dejarme llevar y confiar en alguien.

Por eso mismo no puedo pensar en nadie mejor que él para este momento. Ahora mismo solo existe Tyler. Su cuerpo cálido y firme contra el mío, su ardiente mirada, sus habilidosas caricias. Y más allá del deseo sé que será cuidadoso y me hará sentir bien.

¿Qué más puedo pedir? Quiero que sea él. Tiene que ser él.

—No creo que hacerlo contigo sea un desperdicio —le digo dando voz a mis pensamientos.

Tyler parpadea claramente sorprendido por mis palabras y murmura.

—Ava…

—No, espera, déjame terminar —le interrumpo buscando su mirada—. Quiero tú seas el primero, Tyler. Porque tú eres quien me ha hecho dejar atrás mis miedos. Porque contigo me siento cómoda y segura. Y porque ahora mismo no puedo imaginar a nadie más.

Se me queda mirando en silencio, como si mis palabras lo hubieran desarmado por completo.

Luego suspira y cierra un momento los ojos.

—Joder, Ava… No tienes ni idea de lo que me alegra escuchar que confías en mí de esa manera. Pero aun así no sé si deberíamos dejarnos llevar. No quiero aprovecharme de ti.

—¿Y quién dice que te estás aprovechando de mí? —le contradigo—. Soy una persona adulta, Tyler. Una persona adulta que toma sus propias decisiones. Y ahora mismo te estoy eligiendo a ti. —Nada más decir eso noto como su respiración se acelera, y crece el conflicto en sus ojos. Aun así, no puedo evitar volver a restregarme contra él dejando que el deseo hable por mí. —Por favor, Tyler, necesito sentirte dentro de mí.

—Ava, para… —murmura con voz débil.

Pero en lugar de hacerle caso adelanto la cabeza y lo beso. Él se resiste al principio, pero

gime contra mi boca, y unimos nuestras lenguas en un baile desesperado hasta que los dos nos quedamos sin aliento.

—Mierda, Ava. Me estás volviendo loco, ¿Estás segura de que quieres esto? —Sus ojos oscurecidos por el deseo buscan los míos—. Porque si sigues así, no voy a poder contenerme.

—Es lo que quiero, sí. Por favor, Tyler, métemela ya.

Las palabras apenas han salido de mi boca cuando Tyler pierde todo el poco autocontrol que le quedaba.

Gruñe, atrapa mis labios con los suyos y me besa descargando todo el deseo que ha estado reprimiendo. Sus manos también hacen lo propio recorriéndome sin freno. Me masajea el pecho con avidez, luego desciende por mi costado hasta mis caderas.

Entonces se coloca por fin entre mis piernas y empieza a introducir su miembro dentro de mí.

—Avísame si te duele —me pide.

Asiento con un gesto sintiendo como él avanza poco a poco, dándome tiempo a ajustarme a su grosor. No tardo en sentir un pequeño tirón abrasador que me hace pegar un pequeño sobresalto. Tyler se detiene en seco y me mira con preocupación.

—¿Estás bien?

—Tranquilo, sí. Puedes seguir.

Tyler retoma el movimiento deslizándose dentro de mí de forma lenta y controlada. Hasta que llega un momento que cada empuje me llena por completo y la incomodidad se desvanece, dejando paso a una sensación abrumadora.

—Dios, Ava, estar dentro de ti es la puta gloria— murmura sin dejar de moverse.

Entra y sale, una y otra vez, pero su ritmo es medido, como si se estuviera conteniendo.

Y yo no quiero que lo haga.

En un acto instintivo adelanto mis caderas, buscando más fricción, más profundidad.

Un gruñido suave escapa de su garganta, así que lo vuelvo a hacer. Repito el movimiento, pero con más descaro y necesidad. Y ese movimiento provoca que su polla se hunda más dentro de mí, arrancándonos un gemido ahogado a ambos.

Es en ese momento cuando algo se desata dentro de Tyler. Algo primitivo.

De un momento a otro, sus embestidas se vuelven más rápidas y profundas, y sus besos más intensos, más demandantes. Me aplasta contra el colchón que cruje debajo de nosotros al mismo ritmo frenético que nuestros movimientos.

La habitación desaparece y solo quedamos nosotros. Nuestros cuerpos chocando sin control, nuestros gemidos, el calor de su piel sobre la mía. El placer empieza a arremolinarse en mi interior, pero Tyler se detiene y suelto un quejido de frustración.

No tardo en comprender que su idea es la de cambiar de postura. Sus manos se deslizan por

uno de mis muslos y me levanta las piernas hasta que quedan por encima de sus hombros. Entonces reanuda el movimiento y…

La nueva embestida es demoledora. Tan demoledora e intensa que un grito ahogado escapa de mis labios sin que pueda evitarlo.

Y Tyler vuelve a hacerlo. Me penetra una vez más. Luego otra. Y otra. Hasta que todo empieza a dar vueltas a mi alrededor. Como si mi cuerpo ya no perteneciera, como si solo existiera esta sensación que me consume por dentro.

Es como si su polla tocara un punto sensible dentro de mí. Un punto diseñado para volverme loca de placer.

Sus caderas avanzan y retroceden golpeándolo una y otra vez, con una precisión que me destroza. Hasta que ya no puedo soportar más la tensión y exploto. Exploto en un orgasmo todavía más intenso que el del hace unas horas en el sofá.

Me arqueo, grito el nombre de Tyler mientras mi cuerpo se estremece sin control. Y eso parece ser lo que le arrastra conmigo.

Sus embestidas se vuelven más rápidas, más desesperadas y frenéticas, hasta que gruñe con fuerza y también se deja ir.

Capítulo 24

Ava

Un mes. Ha pasado un mes desde mi primera vez con Tyler, y tengo que confesar que desde entonces mi vida ha dado un giro de 180 grados. Porque lo que comenzó como una única noche de práctica ha derivado en algo mucho más intenso.

Quiero decir que hemos seguido acostándonos, con la excusa de que necesito ganar más experiencia. Aunque en el fondo ha significado mucho más. Al menos para mí.

Han sido cuatro semanas de exploración, de piel contra piel y de un sinfín de posturas sexuales que jamás me habría imaginado que probaría. Pero también de risas, y conversaciones interminables.

Tyler no es solo un entrenador excelente tanto en la cama como fuera de ella, sino que parece tener una habilidad mágica para sacar lo mejor de mí.

Nunca me había sentido tan libre… tan viva. Por primera vez en años siento que estoy dejando atrás mis miedos y empezando a vivir de verdad. Es como si estuviera descubriendo una versión de mí que no sabía ni que existía, lo cual me hace enormemente feliz. Pero al mismo tiempo tengo que reconocer que me siento un poco confundida.

Y todo porque no puedo evitar preguntarme qué significa todo esto realmente. Es decir, lo mío con Tyler.

En teoría seguimos con el plan original, preparar el terreno para que pueda llegar a tener algo con Scott. Pero cuanto más tiempo paso con Tyler, más difícil me resulta recordar el propósito inicial. Cada caricia, cada mirada y cada palabra que compartimos parecen demasiado personales como para que se trate solo de un simple entrenamiento.

O quizá soy yo la que estoy confundiendo las cosas. Al fin y al cabo, no tengo otras experiencias con las que comparar, mientras que Tyler…

Bueno, él tiene un historial que habla por sí mismo. O al menos es lo que dicen en los medios de comunicación. Es un experto en tener sexo sin ataduras, sin complicaciones ni expectativas. Eso es lo que hace y parece hacerlo muy bien.

Por eso no dejo de repetirme que es imposible que lo nuestro signifique algo para él. Pero entonces recuerdo la intensidad con la que me mira, o con la que escucha todo lo que le digo, como si nada más existiera en ese momento. Y ahí viene cuando mi confusión se dispara.

Esos son los pensamientos que últimamente me acompañan a todas horas del día, incluso cuando estoy trabajando, como ahora.

Intento concentrarme en llevar las bandejas de comida al mostrador, sin acabar tirando el contenido al suelo, pero mi mente no deja de regresar al asunto de Tyler.

Quizá por eso agradezco no tener que llevarle la comida a casa. Como su hombro ya está mejor, entre él y la dirección de su equipo determinaron que ya no era necesario. Al principio pensé que echaría de menos esos momentos, especialmente los detalles que solía añadir en las bolsas.

Pero ahora, teniendo en cuenta mi grado de confusión creo que es mejor así.

Justo cuando acabo de colocar una bandeja con arroz una voz conocida llama mi atención.

—Ey, hola, Ava.

Levanto la vista y al otro lado del mostrador me encuentro a Scott. Scott con esa sonrisa sincera y cálida habitual que parece iluminar cualquier lugar.

—Ey —lo saludo con una sonrisa.

Desde aquella cena en casa de Tyler, hemos hablado con frecuencia y por fin he conseguido que su presencia no me altere.

—Bien, ¿y tú?

—Todo bien —respondo antes de añadir—: Por cierto, menuda recepción que hiciste en el partido del otro día. Fue increíble.

—¿La viste? —pregunta con una chispa de orgullo en su voz—. Me alegra que te gustara.

—Claro que la vi. Fue impresionante cómo ajustaste la ruta en el último momento.

Scott levanta una ceja, claramente impresionado.

—Vaya, no sabía que entendías tanto fútbol.

Me encojo de hombros

—Bueno, últimamente me he aficionado —le contesto, lo cual tiene parte de verdad.

Al principio se trataba de una obligación que me impuso Tyler, como una forma más de prepararme para «el plan», pero con el tiempo terminé disfrutándolo.

Scott asiente con una sonrisa.

—Si te soy sincero no ha sido fácil regresar a ese nivel de juego —confiesa—. Pero poco a poco he conseguido volver a encontrarme de nuevo. Y creo que las palabras que me dijiste aquella noche tuvieron mucho que ver.

Parpadeo, sorprendida.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, me ayudaste a ver que estaba dejando que demasiadas cosas me afectaran. Desde entonces he intentado centrarme solo en lo que puedo controlar, y tengo que decir que funciona.

Por un momento me quedo sin palabras. Es muy gratificante oír que lo que le dije realmente le ayudó.

—Me alegra saber que te sirvieron —le respondo con una sonrisa sincera.

Scott asiente.

—Bueno, ahora tienes que venir a los partidos. Tal vez seas mi amuleto de la buena suerte.

Me río y Scott lo hace conmigo, ambos dejándonos llevar por el buen rollo del momento, hasta que algo parece cambiar en el ambiente. Entonces Scott carraspea y dice:

—Oye, estaba pensando… ¿Te gustaría quedar algún día para tomar algo? Fuera de aquí me refiero.

El aire parece volverse denso a mi alrededor. Este es el momento que con el que he fantaseado miles de veces. El momento en que Scott Wilson, el chico que admiraba en silencio, me invita a salir. Pero algo no encaja conmigo. No siento la emoción que creía que sentiría. No hay entusiasmo ni mariposas en el estómago, sino una sensación de incomodidad, como si estuviera haciendo algo mal.

Entonces, de repente, pienso en Tyler. Recuerdo sus miradas intensas, y la forma en que me hace reír.

Y la confusión me abruma aún más.

Dios… ¿Qué pasa conmigo? ¿Por qué no puedo simplemente disfrutar de este momento?

Todavía estoy atrapada en esos pensamientos cuando oigo una voz que viene fuera del comedor.

—Ey, Lewis, ¿cómo vas?

Giro la cabeza de forma instintiva, y de repente veo a Tyler junto a la puerta del comedor. Está saludando a uno de sus compañeros de equipo con un apretón de manos. Luego intercambian unas cuantas palabras sobre el estado de salud de Tyler y no tardo en descubrir que tiene visita con el médico del equipo.

¿Desde cuándo está en la puerta del comedor? ¿Habrá escuchado lo que ha dicho Scott?

—¿Ava? —La voz de Scott me saca de mis pensamientos y no pierdo ni un segundo en volverme de nuevo hacia él—. ¿Pasa algo con Tyler?

De repente, siento cómo me empiezan a arder las mejillas.

—¿Qué? Oh, no —respondo intentando sonar convincente—. Solo me ha sorprendido verlo aquí, eso es todo.

Scott me mira unos segundos en silencio, luego mira en dirección a Tyler y murmura:

—Debe tener visita médica.

Asiento con la cabeza.

—Cierto, sí —digo rápidamente, intentando centrarme de nuevo en Scott—. Y esto… Respecto a lo que has dicho antes, ¿me puedes dar algo de tiempo para pensarlo? Es que me has pillado un poco desprevenida.

Scott esboza una sonrisa nerviosa.

—Lo sé, quizá no he elegido la mejor forma de decirlo.

—No, no pasa nada —bajo la cabeza buscando las palabras adecuadas—. En realidad, tu propuesta me hace sentir muy halagada. Así que gracias.

Scott parece relajarse de nuevo y su sonrisa vuelve a trasmitir la calidez a la que estoy acostumbrada.

—Me alegra oír eso. Tomate tu tiempo, no hay prisa.

—Vale.

Una vez dicho esto, me pasa su telefono y yo le hago una pérdida para que también tenga el mío. Luego se despide con un gesto tranquilo y comienza a alejarse. Lo sigo con la mirada hasta que sale de la puerta, y es entonces cuando realizo que Tyler y el otro chico también se han marchado.

Es entonces cuando me doy cuenta de que la idea inicial de Tyler era saludarme, pero al verme con Scott ha decidido no intervenir. Y es lógico teniendo en cuenta que él fue quien propuso este plan.

Repito eso en mi mente en un intento de calmar la extraña inquietud que tengo en el pecho, pero no funciona. Sigo con mi tarea de preparar el mostrador para el turno de comida, pero por mucho más que lo intente no puedo evitar que mi mente siga volviendo a lo de Tyler.

Porque si su intención era la de saludarme, ¿por qué no ha vuelto a aparecer por aquí?

¿Tan ocupado está?

El pensamiento me pesa más de lo que me gustaría admitir mientras no dejo de mirar hacia la puerta. Entonces llego a la conclusión de que es posible que ya se haya marchado y mi sensación de incomodidad se eleva hasta el infinito. Es en ese momento cuando decido que ha llegado la hora de ser sincera conmigo misma.

Y el primer paso para ello es enviarle un mensaje a Scott. Así que cojo el móvil del bolsillo, le escribo que gracias por su invitación, pero que en realidad me siento atraída por otra persona, y luego salgo en busca de Tyler.

Recorro varios pasillos mientras a mis oídos llega un cumulo de voces amortiguadas provenientes del gimnasio y agradezco que los jugadores estén todavía entrenando. Más que nada porque no es muy normal que alguien del servicio de catering este deambulando por esta zona, así que prefiero que no me vea nadie.

Mis pasos resuenan levemente sobre el suelo mientras intento orientarme hacia la zona donde se supone que están las salas de rehabilitación y demás. Una vez allí lo único que me recibe son puertas cerradas a través de las cuales no se escucha nada.

Por un momento me quedo inmóvil, preguntándome qué sentido tiene lo que estoy haciendo. Entonces llego a la conclusión de que lo más probable es que Tyler ya se haya marchado.

Suspiro, me doy media vuelta y justo cuando estoy a punto de doblar la esquina oigo el sonido de una puerta. Me vuelvo de nuevo y entonces lo veo. A Tyler, con la chaqueta en una mano y una carpeta en la otra.

Ignoro el subidón de nervios mezclados con alegría que me recorren el pecho y llamo su atención.

—Tyler.

Él se vuelve hacia mí y tras conectar su mirada con la mí me saluda con una sonrisa despreocupada. Aunque no puedo evitar que me parezca un poco forzada.

¿O solo me lo estoy imaginando?

—¿Has tenido visita con el médico? —me intereso en cuanto me acerco.

—Sí —me contesta poniéndose la chaqueta—. Me ha dicho que si todo va bien podré volver a practicar en unas cuatro semanas.

Una sonrisa de alivio aparece en mis labios.

—¿En serio? Eso es genial. Sabía que lo conseguirías —acompaño mis palabras de un apretón afectuoso en el brazo, pero no tardo en darme cuenta de que alguien nos podría ver, y aparto la mano en el acto.

Él se me queda mirando en silencio, como si estuviera analizando mi reacción, pero enseguida su expresión se suaviza.

—Gracias —murmura volviendo a sonreír de forma relajada—. Y felicidades a ti también.

Arrugo la frente sin comprender a que se refiere.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por lo de Scott. He oído que te ha pedido salir —me aclara—. Así que enhorabuena.

Por un instante no sé cómo reaccionar. Así que al final lo único que hago es asentir con la cabeza mientras el aire a nuestro alrededor se vuelve incómodamente denso. Intento reorganizar mis confusos pensamientos para decir algo más, algo que muestre como me siento en realidad, pero Tyler se me adelanta.

—Bueno, yo me marcho ya —murmura—. Nos vemos.

Se encamina hacia la salida y yo me quedo inmóvil mientras lo veo alejarse. Entonces cruza la puerta y cuando finalmente dejo de verlo algo se desata en mi interior. Una extraña sensación de perdida mezclada con frustración. Como si algo importante se me estuviera escapando de las manos sin que esté haciendo nada para evitarlo.

Y lo peor de todo es que me siento furiosa por ello, no solo conmigo misma, sino también con Tyler.

Joder…

¿En serio se va a ir así sin más?

Entiendo que para él todo lo que hemos compartido haya sea fingido, porque de eso trataba el plan. Pero al menos debería haberme dado unas palabras de cierre, ¿no? Algo que me diera más claridad en lugar de dejarme nadando en este mar de incertidumbre.

Pero da el caso que estoy harta de que la vida pase ante mis ojos, estoy harta de ser una mera espectadora mientras los demás actúan. Ahora sé lo que siento por Tyler y voy a actuar en consecuencia. Por eso, sin pensarlo más, yo también dirijo mis pasos hacia la salida y la empujo con determinación.

El aire fresco me golpea de inmediato, pero lo ignoro y me centro en buscar a Tyler. No tardo en divisarlo caminando hacia la parte derecha del aparcamiento. Voy detrás de él y cuando ya solo nos separamos unos pocos metros grito su nombre.

—¡Tyler!

Él enseguida se detiene y vuelve la cabeza hacia mí.

—¿Qué pasa? —pregunta con expresión de sorpresa en cuanto me planto a su altura.

—Pues que hay varias cosas que necesito aclarar y no puedo esperar —le respondo con la respiración acelerada—. Como, por ejemplo, ¿Qué va a pasar a partir de ahora? Con nosotros, quiero decir. Vamos a seguir practicando o…

—¿Tú qué crees? —me interrumpe él mientras una sonrisa de incredulidad aparece en sus labios—. Ya hemos conseguido que Scott te invite a salir, ¿no? Ahora es momento de poner en práctica lo que has aprendido y centrarte solo en él.

Sus palabras me atraviesan con una flecha, confirmando lo que ya sabía, pero aun así me duelen. No tanto por su significado, sino por la forma en que las ha soltado Tyler.

¿En serio lo que hemos compartido no ha significado nada para él? ¿Tan buen actor es?

Joder… Me niego a creerlo.

Por eso decido ir a por todas. Como me dijo él una vez es mejor hacer algo y arrepentirse, que arrepentirse por no haberlo hecho. Así que dando voz a mis pensamientos suelto:

—¿Y si ya no quiero seguir con el plan?

Tyler arruga la frente, sorprendido ante mi reacción.

—¿A qué te refieres? —pregunta en tono cauteloso, con sus ojos clavados en mí.

Como de costumbre la intensidad de su mirada me deja un instante sin palabras, pero no voy a dejar que me afecte. No ahora cuando por fin he decidido ser sincera y tomar las riendas de mi vida.

—Pues a que me he dado cuenta de que lo que sentía por Scott no era más que una película que me había montado en mi cabeza —confieso con voz entrecortada—. Quiero decir que sí que me sentía atraída hacia él, pero de forma superficial, nada más.

Tyler asiente con calma, pero en sus ojos aparece un destello de algo que antes no estaba ahí.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión? —murmura dando un paso hacia mí, aunque algo me dice que ya lo sabe.

—Porque ahora ya sé lo que se siente cuando te gusta alguien de verdad. Y ese alguien eres

tú, Tyler. —Me callo un momento y tomo una bocanada de aire antes de continuar—. Tú eres el único con el que he conectado tanto a nivel físico como emocional. El único que hace que mi corazon se acelere. El único que me hace sentir viva —confieso incapaz de reprimirme más—. Y aunque ya sé que es probable que tu no sientas lo mismo necesitaba…

No consigo seguir hablando. Porque antes de que pueda precisar lo que está pasando, Tyler salva la distancia que nos separa y acalla mis palabras con sus labios. Luego no pierde un segundo en introducirme su lengua en la boca, y me da un beso tan profundo e intenso, que por un momento olvido que estamos en medio del aparcamiento.

Y yo se lo devuelvo de la misma manera, ya lo creo que sí. Lo beso poniendo toda mi alma y mi corazón en cada roce y en cada suspiro, para que no tenga ninguna duda de que mis palabras son sinceras.

Finalmente nos separamos, nuestros pechos todavía subiendo y bajando a causa de lo que acabamos de compartir. Luego intercambiamos una mirada cargada de significado y Tyler murmura en mi oído:

—Te ha quedado ya claro lo que siento yo por ti, ¿o necesitas más muestras de afecto por mi parte?

Sonrío divertida.

—Ummm no lo sé. Quizá necesitaría que me dieras otro beso para asegurarme.

—Me parece bien —responde al instante—. Pero antes quiero saber cómo ha acabado el asunto de Scott.

Ladeo la cabeza pensando en ello.

—Pues todo se resume a que al final le he enviado un mensaje diciéndole que no puedo salir con el porque me siento atraída hacia otra persona.

Tyler asiente con una sonrisa de suficiencia.

—Vale, ¿entonces qué hacemos ahora? Aunque no te lo creas esta es la primera vez que me comprometo a ir en serio con alguien.

—Pues ya somos dos —le contesto tras lo que ambos nos reímos. De repente es como si ante mí se hubiera abierto un mundo nuevo lleno de posibilidades y no veo el momento de compartirlo con Tyler—. Pero para empezar estaría bien que me dieras ese beso que me has prometido —añado con una sonrisa pícara.

—Tus deseos son órdenes —me contesta, atrayéndome hacia él.

Y cuando sus brazos me rodean no necesito nada más. Por primera vez en mi vida estoy exactamente donde quiero estar.

Capítulo 25

Ava

Me despierto con el cuerpo de Tyler pegado a mi espalda y su brazo rodeándome la cintura. Su calor me envuelve como una manta, una manta bajo la que me quedaría hasta el fin de mis días. Por ello no puedo evitar quedarme quieta mientras su respiración calmada roza mi nuca.

Ya ha pasado un mes y medio desde que empezamos a salir de forma oficial. Un mes y medio de risas compartidas, sexo desenfrenado y momentos de paz absoluta, como este. Momentos en los que siento que los brazos de Tyler se han convertido en mi lugar favorito del mundo entero.

De repente, el estridente sonido del despertador rompe el hechizo, arrancando a Tyler de las fauces del sueño. Lo oigo gruñir detrás de mí al mismo tiempo que entierra su rostro en mi cuello.

—No quiero levantarme todavía —murmura con voz ronca.

—Lo sé, pero no creo que a tu entrenador le haga gracia esa idea —le digo con una sonrisa, ignorando cómo mi corazón se acelera cuando me aprieta más contra él.

—Ya lo sé. —Suspira—. Dame un minuto. Solo uno.

Vuelvo a sonreír y no puedo evitar pensar en lo feliz que me hace que Tyler haya vuelto a entrenar. De momento solo puede realizar lanzamientos ligeros, que combina con ejercicio cardiovascular y de fortalecimiento, pero ya es un gran avance. Aunque todavía no puede salir al campo, está de vuelta con el equipo, y sé lo mucho que eso significa para él.

Me giro, le doy un ligero beso en los labios y me acurruco contra su pecho, pero Tyler no tarda en separarse un poco.

Luego empieza a palpar mi rostro de una forma que me hace sonreír.

—¿Qué haces? —pregunto con expresión divertida.

—Estás caliente.

—Eso es porque llevo toda la noche pegada a ti —bromeo, pero él, en lugar de reírse, me toca la frente y frunce más el ceño.

—Te lo digo en serio, Ava. Estás como un horno. Ya sabía yo que esa tos que tenías no era buena señal.

—Es solo un resfriado, ya te lo dije —le contesto apartando su mano.

—Pues no lo parece. Voy a buscar el termómetro. —Una vez dice esto hace el gesto de levantarse, pero se lo impido rodeándolo con las piernas.

—Tyler, te lo digo en serio. Estoy bien. —Acompaño mis palabras con un beso que el recibe

de forma rígida, aunque no tarda en dejarse llevar.

Sus labios responden a los míos con un toque de urgencia contenida al mismo tiempo que planta una de sus fuertes manos en mi cintura. Quiero que se relaje, que se olvide de su preocupación, pero cuando abrimos los ojos de nuevo, todavía percibo cierta tensión en los suyos.

—¿Estás segura de que estás bien? —insiste—. Porque no me cuesta nada acompañarte al médico. Por un día que no entrene no pasa nada.

Me siento en la cama con gesto de reprobación.

—Claro que pasa. Ahora que por fin has regresado, no puedes faltar. Cada día cuenta para que vuelvas a estar al cien por cien.

—Lo sé, pero no puedo concentrarme si estoy preocupado por ti —responde mientras se incorpora.

—No tienes nada de lo que preocuparte, te lo prometo. Es solo un resfriado sin importancia —le pongo las manos en las mejillas y se las aprieto suavemente en un intento de hacerle reír.

Por suerte funciona y sus labios no tardan en curvarse en una sonrisa.

—Está bien —murmura al final con un suspiro—. Pero nada de ir a trabajar hoy. Voy a llevarte a casa para que descanses, ¿de acuerdo?

Ruedo los ojos.

—Vale, pesado. —Chasqueo la lengua, pero no le contradigo porque en el fondo tiene razón. El golpe de frío que he notado al apartar la manta es un indicativo de que mi temperatura corporal está más alta de lo normal, así que mejor que me tome las cosas con calma.

Tyler asiente, pero en sus ojos aún hay cierto recelo.

—Y quiero que me mantengas informado de todo. Si te pones peor me llamas. No importa la hora.

—Eso haré, lo prometo. —Le dedico una pequeña sonrisa, esperando que me crea.

Él parece relajarse por fin y, tras acariciarme la mejilla con delicadeza, añade:

—Sé que ahora mismo sueno como un cavernícola, pero solo quiero asegurarme de que estés bien. —Sus palabras son cálidas, aunque la intensidad de su mirada no se desvanece—. Y si vivieras aquí, todo sería mucho más fácil.

Mi corazón se salta un latido en cuanto comprendo el verdadero significado de sus palabras.

—¿Me estás diciendo que quieres que me mude contigo?

—Eso parece. —Una leve sonrisa aparece en sus labios—. Ya pasas más tiempo aquí que en tu apartamento, y tus cosas están esparcidas por todos sitios. Así que no habría tanta diferencia, ¿no crees?

Alzo una ceja, intentando ocultar el torbellino de emociones que sus palabras han desatado.

—Ah, ¿así que ahora resulta que soy una invasora de territorios?

—Eso mismo, sí —Su sonrisa se ensancha mientras me atrae hacia él—. Pero, para que conste, me encanta tenerte aquí. Por eso te estoy pidiendo que te quedes… Ya sabes… Todo el tiempo.

Mi corazón empieza a latir tan fuerte que creo que se me va a salir del pecho.

—¿Pero eso no significaría hacer lo nuestro oficial? —pregunto aun intentando procesar sus palabras—. Ya sabes, decírselo al resto de la gente.

Hasta ahora, solo Violet y Drew, el amigo cercano de Tyler, sabían lo nuestro. Más que nada porque Tyler no es una persona cualquiera. Su fama como *quarterback* profesional lo obliga a ser constantemente el centro de atención. Y eso significa que si damos el paso de exponer nuestra relación es porque ambos lo tenemos muy claro.

Violet, por su parte, aunque sospechaba que me pasaba algo, se quedó boquiabierta al enterarse de que había empezado a salir con Tyler. Como era de esperar, me sometió a un interrogatorio digno de la CIA y, a día de hoy, todavía sigue sin estar muy convencida de mi decisión. Pero, ante todo, quiere que sea feliz y, por ahora, ha decidido que le dará a Tyler el beneficio de la duda. Lo cual es un gran avance.

—Sí, pero tranquila, mi agente ya se ocupará de todo. No voy a dejar que nadie invada tu privacidad —esboza una sonrisa tranquilizadora y tras analizar mi rostro unos segundos murmura—: ¿Qué dices?

Yo también lo miro mientras una sonrisa de felicidad absoluta se adueña de mis labios.

—Que estás subestimando cuánto espacio ocupan mis cosas.

Tyler se ríe entre dientes, sus ojos brillando con una calidez que me derriten por dentro.

—Tranquila, que, si esta casa se llena, tengo suficiente dinero para comprar otra.

***

Una hora más tarde Tyler me deja en el portal de mi edificio. Me despido de él con un beso rápido seguido de una sonrisa, asegurándole que me voy a cuidar, y subo a mi apartamento. Cuando entro el silencio me da la bienvenida. A estas horas Violet ya está trabajando en su peluquería, así que decido aprovechar para ver un rato la tele en soledad.

Me acomodo en el sofá bajo una manta y le envio un mensaje a mi madre avisándola de que no voy a ir a trabajar. Como era de esperar su llamada no tarda en llegar. Le aseguro que estoy bien, solo un poco resfriada, al igual que he hecho con Tyler y consigo tranquilizarla antes de despedirme.

Después cojo el mando y me pongo mi serie favorita.

Los créditos aparecen en pantalla y veo un capítulo al completo, pero justo comienzo el siguiente, empiezo a sentirme algo inquieta. Más que nada porque me he tomado un antitérmico justo antes de salir de casa de Tyler, pero los escalofríos y la sensación de cansancio no remiten.

Me arropo mejor con la manta, pero no sirve de mucho. Tampoco es que me sorprenda. Como ya mencioné mi cuerpo no responde a las infecciones como el de los demás. Mi sistema inmunitario está debilitado a causa de la medicación que tomo para evitar el rechazo del trasplante.

Es algo con lo que he aprendido a vivir, pero eso no significa que no me resulte frustrante. Suspiro intentando concentrarme de nuevo en la serie, pero mis sintomas no dejan de empeorar, y al final no puedo ignorarlos más.

Por ello cojo mi móvil y sigo el mismo protocolo que siempre. Le envio un mensaje al doctor Moore, explicando mis sintomas, y le doy a enviar.

Por suerte su respuesta no tarda en llegar:

Hola Ava.

Con los sintomas que describes es preferible que vengas al hospital. Así nos aseguramos de que todo esté bajo control.

Aprieto los ojos con fuerza, suelto un largo resoplido y me preparo para salir.

***

Cuando llego al hospital me someto a las pruebas médicas habituales: análisis de sangre, radiografía de tórax, control de niveles de oxígeno… Luego no me queda otra que esperar hasta que el médico me llama de nuevo a su consulta.

—Ya tengo los resultados de las pruebas —me anuncia en cuanto me siento frente a él—. Tu saturación de oxígeno se encuentra en niveles normales, y la radiografía no muestra signos de complicación pulmonar, lo cual es una buena noticia. Sin embargo… —Hace una pausa revisando los papeles frente a él—. El análisis de sangre indica que tu cuerpo está luchando más de lo habitual contra una infección. Esto no es raro en personas inmunodeprimidas como tú, pero necesitamos actuar con precaución.

—¿Qué tipo de infección? —pregunto tragando saliva.

—Parece una infección viral en las vías respiratorias superiores. —Toma una hoja y empieza a escribir algo mientras continúa—. Vamos a ajustar la medicación para reforzar tus defensas, y asegurarnos que tu cuerpo tiene todo lo que necesita para combatirla. Además, es imprescindible que hagas reposo durante los últimos días. Evita esfuerzos innecesarios.

—De acuerdo —murmuro asintiendo con la cabeza.

—Eso sí, tienes que estar muy atenta a los sintomas. Si persisten o empeoran tendremos que plantearnos un ingreso para controlarte más de cerca. —Deja de escribir y me dirige una mirada que cabalga entre la seriedad y la empatía—. Recuerda que tu cuerpo tiene límites. Cada infección que superas genera un desgaste acumulativo, y no podemos tomarlas a la ligera.

Sus palabras me golpean a pesar de que son nada nuevo para mí.

Aun así, vuelvo a asentir mientras él me pasa la hoja con la medicación, junto con un folleto de información para pacientes como yo.

—Lo estás haciendo bien, Ava —me dice en tono tranquilizador mientras me acompaña hacia la salida—. Te llamaré mañana para ver cómo vas evolucionando.

Asiento y salgo de su consulta con una sensación de cansancio extremo. No solo por la infección, sino porque venir al hospital siempre me agota, tanto física como mentalmente. Me dirijo hacia el ascensor arrastrando los pies mientras las palabras del médico no dejan de resonar en mi cabeza.

Una vez en la planta baja paso por el mostrador de recepción para comprobar que todo esté en orden. Cuando he llegado han tenido problemas para leer mi tarjeta médica, pero según parece ya está solucionado. Le doy las gracias a la administrativa que me acaba de atender, me doy la vuelta y es en ese momento cuando me choco con alguien.

—Lo siento —exclama una voz femenina mientras ambas retrocedemos por el impacto.

Yo también me disculpo y cuando levanto la vista me sorprendo al comprobar que se trata de Halley, la novia de Drew.

—¡Ey! Hola, Ava —me saluda al percatarse de quien soy—. Qué sorpresa encontrarte aquí.

—Hola —respondo con una sonrisa—. Que sorpresa, sí.

Entonces ambas nos percatamos de que los papeles que llevaba Halley han acabado desparramados por el suelo y nos agachamos para recogerlos.

Cojo el que me queda más cerca y no puedo evitar fijarme en que se trata el resultado de una prueba médica. Una ecografía en la que, si no voy mal encaminada, se aprecia un embarazo de pocas semanas.

Mi mirada se detiene en la imagen un segundo más de lo necesario, y en cuanto me doy cuenta de lo que estoy haciendo, se lo devuelvo inmediatamente a Halley.

—Perdona, no quería cotillear… —murmuro ruborizándome un poco.

—Tranquila, es culpa mía por ser tan patosa —me dice Halley con una sonrisa cálida mientras agrupa los papeles en un dossier—. Y sí, estoy embarazada. Supongo que ya lo has deducido.

Asiento devolviéndole la sonrisa.

—Sí… Enhorabuena.

—Gracias —dice Halley visiblemente emocionada—. Es muy reciente, solo estoy de ocho semanas. De momento solo lo sabemos Drew y yo… Bueno, y ahora tú.

—Tranquila, no diré nada —le aseguro.

—Lo sé. —Vuelve a sonreír y tras bajar un poco la voz añade—: Queremos esperar un poco antes de hacerlo público. Ya sabes, por Drew y todo lo que implica.

—Es lógico, sí.

Halley asiente y tras un breve silencio, me mira con un toque de preocupación.

—Oye, ¿y tú? ¿Todo bien?

Su pregunta me toma por sorpresa y parpadeo un par de veces mientras medito lo que le debería decir. Pero antes de que llegue a abrir la boca Halley se da cuenta de que ya ha llegado su turno en el mostrador y agradezco mentalmente la interrupción.

—Perdona, ya me toca —se disculpa—. Me alegra haberte visto. Tenemos que quedar un día de estos.

—Claro, me encantaría —le respondo con sinceridad. Como ya dije Halley me parece una chica muy simpática y agradable, y me siento cómoda en su compañía.

Intercambiamos un par de frases rápidas más y tras despedirme de ella salgo del hospital.

Cuando llego a mi coche, las ventanas están ligeramente empañadas por el frío. Me dejo caer en el asiento y enciendo la calefacción frotándome las manos para entrar en calor. Poco a poco el aire cálido empieza a llenar el espacio, pero yo me siento igual de entumecida.

Es entonces cuando mi móvil vibra dentro de mi bolso. Lo cojo y veo un mensaje de Tyler preguntándome que tal me encuentro.

Al instante me atraviesa una punzada de culpabilidad. No le he dicho que estoy aquí, de la misma manera que esta mañana le he restado importancia a mis sintomas para que no se preocupara.

Y por supuesto tampoco le he explicado lo que implica vivir trasplante de corazón. De lo contrario se preocuparía todavía más por mí y no puedo permitirlo. Tyler ya tuvo que cuidar de su madre enferma en su adolescencia. Sé lo mucho que le afectó y no quiero que se vuelva a ver atrapado en una situación parecida.

Pero… tampoco puedo esconderle esto para siempre, ¿o sí?

Suspiro volviendo a leer su mensaje y tecleo:

Ya estoy mejor. No hay nada que un día de sofá y manta no pueda solucionar. ¡Ánimo con el entreno, campeón!

Luego le doy a enviar y me masajeo la cabeza dolorida.

Estoy bien.

Eso es lo que quiero creer, lo que quiero que crea Tyler. Pero mi cuerpo es el encargado de recordarme que no es así.

Guardo el móvil y leo un poco por encima el folleto informativo que me ha dado el médico. En teoría son consejos para mejorar la vida de los pacientes trasplantados, pero cada frase parece

un recordatorio de lo que no puedo cambiar.

A ver, que nada de esto es nuevo para mí. He vivido con ello prácticamente toda la vida.

Pero ahora… ahora es diferente. Estoy saliendo con Tyler y lo que me pase ya no me repercute solo a mí.

Cierro el folleto con un gruñido y tras dejarlo en el asiento del copiloto me da por pensar en Halley. En lo diferente que es su situación de la mía. No es que sienta celos de ella, pero no puedo evitar compararme.

Ella tiene un futuro lleno de posibilidades. Tiene tiempo de planificar junto a Drew, y si todo va bien pronto tendrán un hijo. En cambio, yo tengo que convivir con infecciones constantes, una esperanza de vida limitada, y ni siquiera sé si podré quedarme embarazada algún día por las complicaciones que eso pueda acarrear.

Así que… ¿qué futuro me espera?

O, mejor dicho,

¿qué futuro puedo ofrecerle yo a Tyler?

Capítulo 26

Ava

Tyler me observa de reojo mientras conduce con una sonrisa instalada en su rostro. Hoy está más guapo que nunca con su pelo rebelde peinado hacia un lado y ese abrigo de paño negro sobre los hombros.

Yo, en cambio, diría que he tenido días mejores. No porque no me haya arreglado para la ocasión, sino porque me he tenido que maquillar más que de costumbre para cubrir la palidez de mi rostro.

Han pasado tres días desde que enfermé y tuve que ir al hospital. Tres días en los que no he salido de casa, por lo que Tyler no ha dejado de insistir en venir a verme. Y yo también me moría por verlo, lo tengo que admitir. Aunque como no quería que viera lo mal que estaba, le he estado dando largas.

Hasta que hoy se ha presentado sin avisar. Por suerte Violet aún no había llegado del trabajo, con lo cual me he librado de hacer las presentaciones. Pero la cuestión es que ya no he podido inventarme más excusas, sobre todo teniendo en cuenta que Tyler me ha dicho que tenía una sorpresa para mí.

Así que no me ha quedado otra que arreglarme lo mejor que he podido mientras él me esperaba en el coche, y aquí estoy sin tener ni idea de adónde nos dirigimos.

—¿Me vas a decir ya a dónde vamos? —pregunto en cuanto entramos en Foxborough.

—No, de lo contrario ya no sería una sorpresa —me contesta Tyler sin despegar la vista de la carretera.

Suelto un suspiro de resignación.

—Está bien, ¿pero falta mucho?

—No. —Sonríe de forma enigmática, y no puedo evitar que la intriga me reconcoma por dentro.

Unos diez minutos después Tyler aparca en una calle tranquila del centro de la localidad. No me suena haber pasado nunca por aquí, pero teniendo en cuenta que no conozco mucho esta zona no es de extrañar.

Apaga el motor y, antes de que me dé tiempo a reaccionar, sale del coche y lo rodea para abrirme la puerta.

—¿Desde cuándo eres tan caballeroso? —bromeo mientras bajo.

Entonces pongo un pie en la acera y… tengo la sensación de que todo se mueve a mi alrededor. Mi cuerpo se tambalea, pero antes de que llegue a darme cuenta, Tyler me sujeta del brazo con firmeza.

—Ey, ¿estás bien? —me pregunta con el ceño fruncido—. Por un momento he pensado que ibas a parar al suelo.

—Sí, sí, tranquilo. Solo he apoyado mal el pie —le digo a modo de excusa, aunque en realidad la culpa la tiene mi infección, que sigue al acecho.

Como era de suponer él no parece del todo convencido ante mi respuesta.

—¿Seguro? Porque si no puedo volver a llevarte a casa. Esto puede esperar.

—¿Y perderme tu sorpresa? —espeto soltándome e intentando parecer la persona más saludable del mundo—. Ni hablar. Ahora ya me has puesto la miel en los labios.

Sonrío para enfatizar mis palabras y Tyler acaba dejando escapar un suspiro.

—Como quieras. Pero prométeme que si te sientes mal me lo dirás.

—Prometido —respondo, aunque no tengo claro que me haya creído del todo—. ¿Hacia dónde hay que tirar?

—Por aquí. —Hace un gesto de cabeza al mismo tiempo que me da la mano.

Empezamos a caminar y dejamos atrás varias calles llenas de comercios cuyos escaparates iluminan la acera. Hace un frío de mil demonios y la nieve que cayó anoche se acumula en sucios montículos a nuestro alrededor, pero aun así me resulta muy reconfortante pasear de la mano de Tyler.

Finalmente, nos detenemos frente a una puerta de cristal junto a un pequeño escaparate. Tyler saca una llave de su bolsillo y me dirige una mirada cargada de expectación.

—¿Lista?

Frunzo el ceño.

—¿Lista para qué?

Sin responder, introduce la llave en la cerradura, abre la puerta y me hace un gesto para que entre.

—Adelante.

Doy un paso al interior y cuando Tyler hace lo mismo cierra la puerta y acciona el interruptor de la luz. El espacio se ilumina revelando un local pequeño pero acogedor, con las paredes blancas y el suelo desnudo.

Me detengo en el centro completamente descolocada.

—¿Qué es este sitio?

Tyler se detiene a mi lado y me dedica una sonrisa suave.

—Tu futuro lugar de trabajo.

Parpadeo, intentando procesar sus palabras.

—¿Mi qué?

—Pasé por aquí hace un par de días y al ver este local pensé que era perfecto para ti —me explica visiblemente emocionado—. Ya sabes para empezar tu negocio de repostería.

Trago saliva.

—¿Quieres decir que lo has alquilado? —pregunto, aunque la respuesta es más que obvia.

—Sí, por unos meses. Es pequeño, pero tiene todo lo que necesitas para empezar. —Miro a mi alrededor con expresión descolocada mientras Tyler añade—: Tal vez no debería haber tomado la decisión sin preguntarte, pero sé lo mucho que has soñado con esto, y algo me decia que necesitabas un pequeño empujón para dar el paso. —Una sonrisa nerviosa aparece en su rostro imagino que a causa de mi incomodidad— Y si te preocupa que haya sido yo quien haya puesto el dinero inicial, siempre me lo puedes devolver cuando el negocio ya esté en marcha. Pero eso ya lo dejo en tus manos.

Su voz es suave, cargada de emoción y buenas intenciones, pero no atenúa la presión que siento en el pecho.

Mis ojos recorren de nuevo el lugar y, por un momento, mi mente empieza a llenarlo.

Me imagino la pared forrada de un papel pintado en color pastel, un mostrador repleto de tartas y otros dulces elaborados por mí, y yo detrás regalando una sonrisa a los clientes ilusionados por probar algo diferente. Incluso puedo oler el aroma a vainilla, azúcar y vainilla flotando en el aire.

Por un instante, parece un sueño hecho realidad.

Pero la ilusión no tarda en desvanecerse.

Porque esa imagen de perfección absoluta queda ahogada por un mar de dudas. Las dudas que siempre me han impedido dar el paso:

Mi salud, mi energía limitada, el miedo constante a fracasar...

¿Y si al final las cosas me van mal, por mi enfermedad, mi inexperiencia en los negocios o qué sé yo?

Tyler será quien acabe recogiendo mis pedazos. Eso por no hablar de que tampoco podré devolverle el dinero que ha invertido en mí. Y al final acabaré decepcionándolo. Le decepcionaré a él y también a mí misma.

—¿Qué te parece? —pregunta Tyler en vista de que yo todavía no he dicho nada.

Entonces lo miro y veo en sus ojos una mezcla de esperanza e ilusión. También de confianza. Está claro que cree en mí, en lo que podría ser capaz de hacer, y no hay mejor muestra de amor que esa. Él es todo lo que cualquier mujer podría desear y más. Un hombre que te apoya y cree en ti más que tu misma, y que está dispuesto a todo por verte feliz.

Sin embargo, esa certeza, en lugar de alegrarme, me hace sentir peor.

—Es muy acogedor —consigo decir a pesar del nudo que siento en la garganta.

—¿Verdad que sí? —responde con el rostro iluminado—. Aquí podrías poner el mostrador aprovechando la luz natural. Y en esta otra sala hay una toma de agua, así que podrías usarla

como cocina. Mira ven a verla. —Hace un gesto para que le siga.

Luego desaparece por la puerta, pero no yo me veo capaz de moverme ni un milímetro. La presión de mi pecho ha ido ascendiendo hasta el punto de que tengo la sensación de que me falta el aliento. Tomo una bocanada de aire y me centro en respirar, pero se me hace difícil con tantos pensamientos catastrofistas rondando por mi cabeza.

Pensamientos que cada vez se me hacen más insoportables, más difíciles de gestionar. Y la única solución que se me ocurre para detenerlos y volver a respirar es escapar.

—¿Ava, vienes? —pregunta de repente Tyler asomándose por la puerta, y algo en mi cara debe revelarle que algo no anda bien, porque no tarda en arrugar la frente con preocupación—. ¿Te pasa algo? —Se acerca a mí con un par de pasos rápidos.

Niego con la cabeza a la vez que me separo un poco de él.

—Yo… —musito en un intento de buscar las palabras adecuadas, pero mi mente se niega a colaborar.

—Ava, ¿qué pasa? —insiste Tyler con voz suave, al mismo tiempo que sus manos viajan a mis hombros.

Agito la cabeza.

—Nada, es solo que… Necesito salir de aquí.

Tyler arruga la frente.

—¿Salir? ¿Por qué? —murmura—. ¿Es por lo del local? ¿Te ha molestado que lo haya alquilado sin decirte nada?

Niego con un gesto.

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué? —Da un paso atrás y me mira con los ojos llenos de preguntas. Preguntas que ahora mismo no estoy preparada para responder— Joder, Ava, háblame. ¿Qué cojones te pasa?

—No puedo… —le contesto sin más mientras me llevo la mano al pecho en un intento de controlar mi respiración.

—¿No puedes qué?

Miro una vez más sus ojos, ahora llenos de preocupación. Preocupación que yo misma le estoy causando. Y de verdad que me encantaría poder aliviarla, pero ahora no me siento capaz.

En lugar de eso empiezo a dirigirme a la puerta.

—Espera, ¿dónde vas? —murmura Tyler agarrándome del brazo con suavidad.

—Ya te he dicho que necesito salir de aquí.

Hace un gesto de asentimiento, aunque la confusión todavía no ha desaparecido de su rostro.

—Está bien, nos vamos.

—No, Tyler —Alzo la cabeza y lo miro directamente a los ojos—. Necesito irme sola.

Él parpadea, claramente desconcertado.

—¿Sola? ¿Pero qué estás diciendo? Si no te encuentras bien déjame llevarte a casa.

—No. —La palabra sale más fuerte de lo que pretendía, pero aun así no me detengo—. Por favor, Tyler. Necesito espacio.

—¿Espacio? —repite mientras una sonrisa de incredulidad se abre paso en sus labios—. ¿De qué estás hablando? Hace 10 minutos todo estaba bien.

—Lo sé. —Mi voz suena como un susurro estrangulado a causa de las lágrimas que se agolpan en mi garganta—. Pero ahora no puedo hablar de ello. Simplemente no puedo.

Tyler se me queda mirando fijamente hasta que su incredulidad deja paso a una expresión herida, que se queda grabada a fuego en mi corazón.

—Como quieras —dice al fin en tono apagado.

Abro los labios en un intento de decir algo más que atenúe su dolor, pero al final llego a la conclusión de que es un poco tarde para ello.

Así que, bajo la mirada, musito un «no me sigas» del que ya no recibo respuesta, y salgo del local.

***

El aire frío me cala hasta los huesos mientras camino por una calle desierta. Apenas soy consciente de hacia dónde mi dirijo porque mi mente sigue siendo un torbellino de emociones y pensamientos, a cuál más negativo.

Todavía me cuesta un poco respirar y mi pecho arde ante tanta presión, pero si soy sincera no sé cuál es la causa exacta. Si se trata de ansiedad, o es por mi infección que se ha complicado. O simplemente sea una mezcla de ambas.

Sea como sea prefiero no saberlo. Solo quiero olvidarme de todo.

Mis piernas siguen moviendo por inercia hasta que de repente me topo con una parada de autobús, también desierta. Me dejo caer en el asiento y me abrazo a mí misma en un intento de controlar mis temblores.

No tardo en oír un pitido proveniente de mi telefono y todo mi cuerpo se tensa. Por un segundo pienso que podría tratarse de Tyler, escribiendo para pedirme más explicaciones, o preguntándome si ya he llegado a casa, y el corazón me da un vuelco. Un vuelco a causa de la culpa y la ansiedad que me persiguen desde lo que ha pasado en el local, mezclado con una pizca de ilusión por volver a tener noticias suyas.

Saco el móvil del bolso con manos temblorosas, pero al final compruebo que el mensaje no es suyo, sino de Violet.

Ey, ¿dónde andas? Creía que el médico te había dicho que te quedaras en casa. Además, hace un frío de la leche.

Sonrío un poco porque no puedo evitar imaginándomela, poniendo su tipica cara de reprobación, y le contesto con un escueto «en nada llego».

Luego salgo de la conversación y estoy a punto de bloquear la pantalla de nuevo, pero en el último momento decido ponerme a leer los últimos mensajes que nos hemos enviado con Tyler.

Como era de esperar no puedo evitar que una oleada de culpa me embargue de nuevo. No solo le he estado mintiendo sobre mi estado de salud, sino que también he arruinado su sorpresa. La sorpresa que ha preparado para mí con tanta ilusión. La posibilidad de perseguir mi sueño.

Pero él no sabe todo lo que yo sé. No sabe que mis limitaciones van más allá de mi miedo a emprender. Que el verdadero problema está en mi salud, en mis constantes visitas al hospital. Que mi enfermedad siempre está ahí para arruinarlo todo.

¿Cómo podría entenderlo si ni siquiera se lo he contado? De la misma manera que tampoco le he contado que es posible que nuestro amor tenga fecha de caducidad. Y aunque no fuera así, incluso si yo formara parte de ese pequeño porcentaje de trasplantados que gozan de una esperanza de vida normal, seguiría sin ser suficiente para lo que él se merece.

No sé si alguna vez podría darle hijos y aunque lo lograra, ¿qué clase de madre sería si estoy constantemente enferma o agotada?

Y lo peor es que tendría que pasarse la vida cuidando de mí. Y lo haría, porque lo conozco y sé cómo es. Sé que se entregaría por completo. Y él, precisamente por lo que ha vivido se merece otra cosa. Se merece a su lado a una persona con quien pueda soñar, construir y planear un futuro lleno de posibilidades.

Y está claro que yo no soy esa persona.

Cierro los ojos mientras sintiendo como las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas. En parte porque sé lo que tengo que hacer ahora, pero eso no implica que sea fácil.

Luego respiro hondo y me pongo a teclear con manos temblorosas.

Tyler, lo siento mucho, pero creo que es mejor que cortemos. Tú mereces algo mejor que yo no puedo ofrecerte.

Quiero que sepas que siempre estaré agradecida por lo que has hecho por mí, incluyendo lo del local. Sé que lo has hecho con la mejor de las intenciones, pero no puedo aceptarlo. Perdona las molestias que esto te haya causado.

Cuídate mucho, y ánimo con tu recuperación. Por favor, no me busques.

Me enjuago una lágrima que no me deja ver, y leo lo que he escrito con el convencimiento de que soy la peor persona del mundo por dejar a alguien mediante un simple mensaje de texto.

Pero no me queda otra.

Si lo hiciera en persona, si le dijera estas palabras a Tyler mientras lo miro a los ojos, me derrumbaría antes de llegar al final.

Así que no me lo pienso más. Tomo una bocanada de aire y pulso el botón de enviar.

«Lo siento, Tyler» pienso mientras el peso de lo que acabo de hacer cae sobre mí como una losa.

Es entonces cuando veo los faros de un autobús acercándose poco a poco. No tardo en fijarme de que se trata del que me deja más cerca de mi casa, así que guardo el móvil y me levanto.

Pero, en cuanto lo hago, el mundo empieza a tambalearse. Un vértigo repentino se apodera de mí mientras mi visión se nubla. Y antes de que pueda hacer nada para evitarlo mis piernas ceden y acabo impactando con el frío suelo.

Intento moverme, pero mi cuerpo se niega a hacerme caso. Entonces, un zumbido ensordecedor llena mis oídos, al mismo tiempo que la oscuridad me atrapa.

Y me dejo llevar por ella.

Capítulo 27

Tyler

Estoy en un bar exclusivo que el equipo ha reservado para celebrar la victoria de hoy. Los Patriots han ganado la Super Bowl por tercer año consecutivo, y todos están eufóricos, como es natural. Las risas y los gritos de júbilo llenan el ambiente, mientras las botellas de champán pasan de mano en mano, y la música disco retumba en las paredes.

Pero yo, en lugar de unirme a la celebración, sigo sentado en la mesa con la mirada perdida. No me malinterpretes, me alegro mucho por ellos. Ver a mis compañeros alzando el trofeo en el campo me ha llenado de un orgullo inmenso. Aunque eso no quita que me haya jodido no haber estado ahí, luchando por la victoria junto al resto del equipo.

Pero ahora lo que más me pesa no es eso, sino el hecho de que hace una semana Ava cortó conmigo.

Cortó conmigo sí, dejándome completamente descolocado y perdido. Y lo peor de todo, es que lo hizo enviándome un puto mensaje de texto.

Joder… La verdad es que he leído tantas veces ese mensaje que lo tengo grabado a fuego en mi cabeza. Y, como es lógico, intenté contactar con ella para que me diera una explicación como es debido, la explicación que merezco después de lo que hemos compartido. Pero ella no contestó ni mis llamadas, ni mis mensajes. Y al día siguiente, cuando me presenté en su casa, tampoco me abrió la puerta.

Para colmo, tampoco la he visto en el centro de entrenamiento. No sé si porque me está evitando, o porque sigue sin encontrarse bien. Y esa idea me carcome por dentro, porque recuerdo lo pálida que estaba el otro día y ni siquiera puedo interesarme por su estado de salud. Porque, como he dicho, no me responde los mensajes…

Así que, en fin… aquí estoy, hecho una puta mierda y sin poder dejar de darle vueltas al asunto. Y cuanto más pienso en ello, más me digo a mí mismo que hay algo que no encaja. Me refiero a que antes de que la llevara a ver el local estábamos bien, increíblemente bien en realidad. O, al menos, es lo que quiero creer.

Entonces…, ¿qué coño pasó?

¿La cagué alquilando el local? ¿Es eso? ¿Me precipité? Pero si ese ha sido el caso, si Ava se sintió presionada, disgustada o qué sé yo…, ¿por qué no me lo dijo en lugar de dejarme así y desaparecer? No tiene ningún sentido. Por ello no puedo evitar que hay algo más detrás de todo esto. Algo que Ava no me está contando.

—Tío, ¿qué haces aquí apartado? —La voz de Drew me saca de mis pensamientos.

Alzo la mirada y me fijo en que no está solo. Scott está a su lado con una copa en la mano y su expresión serena habitual.

—¿Celebrando en solitario? —añade mientras ambos se sientan frente a mí.

—Algo así —murmuro sin ganas.

Drew intercambia una mirada de circunstancias con Scott y luego esboza una sonrisa en mi dirección.

—Venga, hombre, anímate. Sé que te jode no haber podido jugar, pero antes de que te des cuenta, estarás en el campo de nuevo.

—Exacto —interviene Scott—. Además, lesionado o no, sigues formando parte del equipo. Esta victoria también es tuya, y lo sabes.

En mis labios aparece una ligera sonrisa.

—Gracias por el apoyo, tíos. Es bueno saber que cuento con compañeros tan leales como vosotros. —Ellos asienten devolviéndome la sonrisa y tras hacer una pausa añado—: La verdad es que es duro no haber podido estar en el campo en un evento como este pero… no es eso lo que más me preocupa ahora mismo.

Drew arruga la frente.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué te pasa?

Bebo un trago de cerveza y, tras coger mi móvil y buscar el mensaje que me envió directo al abismo, murmuro:

—Es Ava. Me dejó hace una semana.

Una expresión de desconcierto aparece al instante en sus rostros, pero en lugar de darle más explicaciones, les acerco mi móvil.

Drew lo coge y lee el mensaje mientras Scott se inclina en su dirección para hacer lo mismo. Luego ambos intercambian una mirada rápida, antes de volver a mirarme a mí, y la incomodidad no tarda en adueñarse del ambiente.

—Joder… —acaba murmurando Drew—. ¿Y eso fue todo?

Asiento y tras dar permiso para que lean el resto de mensajes, resumo lo que ha pasado desde entonces: mis intentos fallidos de contactar con ella, cómo fui a su casa y no me abrió la puerta…

Luego les hablo sobre lo que pasó el día de la ruptura, lo del local y demás, y lo surrealista que me parece el asunto, sobre todo teniendo en cuenta lo bien que estábamos.

Suspiro con frustración y, tras volver a reflexionar un poco en ello, levanto la vista hacia Scott y añado:

—Supongo que ahora entiendo cómo te sentías, tío. Ya sabes… por lo de tu ruptura.

Scott me dirige una sonrisa que mezcla resignación y camaradería.

—Bienvenido al club —me contesta—. Es una mierda, ¿verdad? Sobre todo, cuando tu mente hierve en buscar de repuestas. —Suspira y hace una mueca—. Pero para tu alivio te diré que al final se supera.

Asiento con calma.

La verdad es que se me hace un poco extraño estar hablando de Ava con Scott, considerando que en un principio mi idea era emparejarla con él. Un plan que dio como resultado que él la acabara pidiéndole una cita. Pero todo cambió cuando Ava me confesó que sentía algo por mí.

A partir de ahí, todo dio un giro inesperado. Yo también le confesé mis sentimientos, empezamos a salir y cuando ambos decidimos que era el momento de hacerlo público se lo dije a Scott. No sé cómo se lo tomaría teniendo en cuenta que él hizo su movimiento primero, pero no sé si es buena idea preguntarle por ello.

—A ver, que cada caso es único —dice rompiendo con el hilo de mis pensamientos—. Y a mí me ha costado lo suyo salir del pozo, lo admito. Pero ahora que por fin lo he conseguido, puedo decir que he salido más fuerte que antes.

Alzo una ceja.

—¿Hablas en serio?

—Sí. ¿Y sabes cuándo me di cuenta de que había recuperado la confianza? —añade—. Cuando le propuse salir a Ava y me rechazó.

Lo miro sorprendido por su confesión, pero antes de que pueda decir nada al respecto Scott sigue hablando.

—Supongo que ya lo sabías, ¿no? Quiero decir…, aquel día estabas allí, así que algo debiste oír.

Parpadeo, recordando aquel momento y asiento.

—Sí, algo oí —admito con cautela—. Pero no sabía muy bien como había acabado el asunto, hasta que Ava me lo contó…

Analizo su expresión en busca algo signo de resentimiento por su parte, porque después de todo yo soy el que ha acabé con la chica que le gustaba, pero no parece molesto ni mucho menos. A ver, que lo mío con ella tampoco ha salido bien, pero una cosa no quita la otra.

Intento pensar en algo que pueda decir al respecto sin revelar lo del plan, pero él se me adelanta.

—Tranquilo, que no me lo tomé mal, ¿eh? —confiesa con una leve sonrisa—. La cuestión es que lo importante aquí no es el rechazo en sí, sino que di el paso de interactuar con una mujer de nuevo. Para mí, eso significó que ya no estaba atrapado en el pasado.

—Me alegra mucho oír eso —le contesto mientras una sonrisa de alivio sea dueña de mis labios.

Es muy reconfortante oír que, al fin, ha recuperado su confianza. Por eso empecé a colaborar con Ava. Porque quería ayudarle a salir del agujero en el que estaba. Y aunque al final todo ha acabado de una forma muy diferente a la que imaginé, puedo decir que ha salido bien. Al menos para él.

—Y a mí. Sabía que saldrías de esta, tío —le dice Drew, pasándole un brazo por los

hombros de forma afectuosa.

Scott esboza una sonrisa de oreja a oreja y por un momento se deja arrastrar por el entusiasmo de Drew.

—Gracias. Pero ahora dejemos de hablar de mí y volvamos al asunto de Tyler —se recoloca la camiseta y me mira volviendo a ponerse serio—. Yo también pienso que es extraño que Ava te haya dejado así tan de repente. Y más teniendo en cuenta lo pendiente que estaba de ti.

Arrugo la frente.

—¿A qué te refieres?

Scott ladea la cabeza.

—A como te miró aquel día cuando apareciste en la puerta del comedor. Como si todo lo demás hubiera desaparecido y solo existieras tú. Por eso, cuando me dijo que le gustaba otra persona, enseguida supe a quien se refería.

Un nudo se forma en mi pecho al escuchar sus palabras. Por un lado, porque me reconforta oír que los sentimientos de Ava por mí eran tan evidentes para otros, pero por otro, no puedo evitar que me asalte una nueva oleada de frustración.

—Vale, entonces, ¿porque me ha dejado? —pregunto incapaz de esconder mi desesperación.

Scott suelta un sonoro suspiro.

—Yo qué sé, tío. Es la hostia de raro.

—A mí también me lo parece —interviene Drew, pasándose una mano por la barbilla—. Pero ya sabéis como son las mujeres. La mayoría de las veces no dicen las cosas directamente, y hay que leer entre líneas.

—¿Leer entre líneas? —repito sonriendo con ironía—. Pues en mi caso, poco voy a poder leer. Solo me envió un mensaje y fue escueto a más no poder.

Drew niega con la cabeza.

—No me refiero a lo que dijo, sino a lo que no dijo —aclara cruzándose de brazos—. A ver, pasó algo fuera de lo común durante los últimos días. Más allá de lo del local, digo.

Frunzo el ceño y dejo que su pregunta cale en mi mente. Entonces llego a la conclusión de que lo único que se salió de la norma esos días fue el estado de salud de Ava.

—Bueno… estaba resfriada —admito—. No parecía algo grave, pero está operada del corazón y eso hizo que me preocupara mucho. Incluso insistí en llevarla al médico, pero no me hizo caso.

Drew arruga la frente, como si algo acabara de encenderse dentro de su cabeza.

—Espera un momento… Halley me dijo algo hace unos días.

Lo miro con desconcierto.

—¿El que?

—Que se había encontrado con Ava en el hospital.

Abro los ojos como platos.

—¿En el hospital? ¿Cuándo fue eso?

Drew se apoya en el respaldo de la silla intentando recordar.

—No recuerdo el día exacto, pero sé que fue hace poco. Espera déjame comprobarlo. —Saca su móvil del bolsillo y tras deslizar varias veces los dedos por la pantalla murmura—: Aquí está. Fue el miércoles de la semana pasada por la tarde.

El corazón me da un vuelco en el pecho.

—¿El miércoles? —repito con voz ronca mientras una sensación de irrealidad se apodera de mí—. Joder…, el miércoles fue el día en el que insistí en llevarla al médico, pero como no quiso, no me quedó otra que conformarme con dejarla en casa. Y más tarde cuando hablamos aseguró que no se había movido del sofá.

Drew alterna su mirada entre Scott y yo mientras la tensión se apodera del ambiente.

—Entonces…, eso significa que… —empieza a decir, pero yo acabo la frase por él.

—Me mintió.

Mis palabras se quedan flotando en el aire cargadas de preguntas. Preguntas para las que no tengo respuesta.

¿Por qué Ava no confió en mí? ¿Qué le estaba pasando para que sintiera la necesidad de ocultármelo? ¿Está relacionado con la ruptura? Y lo más importante ¿será algo grave?

Inspiro con fuerza mientras el peso de la incertidumbre empieza a asfixiarme. Hasta que digo a mí mismo que no puedo seguir de brazos cruzados. Necesito saber que está pasando y lo necesito ya.

—Tengo que hablar con Ava —musito mientras me levanto de golpe.

—Te acompañamos —oigo que dice Scott, a lo que Drew asiente.

Niego con un gesto rápido.

—Gracias, tíos, pero esto es algo que tengo que hacer solo.

Les dirijo una última mirada y voy hacia la salida con el corazón latiendo a toda velocidad.

Capítulo 28

Ava

Estoy tumbada en la cama con la vista fija en el techo. Es blanco y aséptico, como el de todos los hospitales, y, por desgracia, no puedo evitar que me transmita una sensación de familiaridad. También estoy acostumbrada a oír el pitido del monitor que controla mi estado y a notar un ligero escozor en la zona donde tengo conectada la vía intravenosa.

Desde que me ingresaron hace una semana, me han estado inyectando antibióticos y anticuerpos, además de administrarme oxígeno. Según me han dicho los médicos, la infección que tenía derivó en una neumonía, algo que mi cuerpo no estaba preparado para combatir por sí solo.

Y aunque ahora ya estoy fuera de peligro, aún me queda un largo camino por recorrer. Ya no solo por el cansancio físico que siento en todas las partes de mi anatomía, sino por el agotamiento mental. El peso que me supone volver a estar aquí, una vez más, enfrentándome a mi realidad. Enfrentándome a esta odiosa fragilidad que va a acompañarme el resto de mi vida.

Y lo peor de todo es que me siento más sola que nunca. A ver, que mis padres han estado aquí cada día. También mi amiga Violet que no ha parado de traerme dulces y otros caprichos, que inundan la mesita de noche. Su apoyo es innegable y lo agradezco de corazón. Pero por desgracia no logra llenar el vacío que siento en el pecho. Porque la persona que más querría que estuviese a mi lado en estos momentos, no lo está.

Tyler.

Y lo irónico del asunto es que yo misma lo aparté de mi vida. Lo aparté de la forma más fría y cobarde posible. Pero es que fue la única forma que se me ocurrió de protegerle. Porque después de lo que vivió con su madre no quería que se pasara la vida cuidándome a mí. Se merece a una persona sana y fuerte, no alguien como yo.

Pero esa lógica, que en su momento me pareció tan clara, ahora empieza a tambalearse. No paro de pensar si hice lo correcto o no. En su expresión desconcertada y dolida cuando me marché del local. En todas las llamadas y mensajes que he ignorado porque sabía que, si escuchaba su voz, me desmoronaría.

Porque en el fondo, lo único que quiero es volver a estar entre sus brazos y que me diga que todo va a estar bien, aunque sé que eso sería injusto para él.

Aprieto los ojos y trago saliva para controlar las lágrimas que suben por mi garganta. No puedo seguir así, me digo, sobre todo porque cuerpo y mente van de la mano. Y eso significa que si quiero recuperarme tengo que encontrar la forma de dejar de torturarme. Al menos por ahora.

Todavía estoy sumida en ese pensamiento cuando oigo pasos y no tardo en ver a Violet.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto sorprendida—. Creía que ya te habías marchado.

—Eso he hecho, sí —murmura deteniéndose junto a la cama con expresión extraña—. Pero he vuelto…

Frunzo el ceño.

—¿Por qué? ¿Te has dejado algo?

Niega con la cabeza.

—No, no es eso. —Se aclara la garganta y desvía un instante su mirada hacia la puerta—. En realidad…, he venido con alguien que quiere verte.

Mi corazón deja de latir por un segundo.

—¿Quién? —pregunto con voz ronca, y nada más la pregunta sale de mi boca veo aparecer a Tyler en el umbral.

Mis ojos se clavan en él y por un momento todo a nuestro alrededor deja de existir. Ahí está Tyler con toda su perfección y esa mirada intensa que siempre me atraviesa. Tyler el hombre que ha hecho sentir tanto en tan poco tiempo. El hombre al que dejé marchar por miedo a arrastrarlo conmigo.

Una oleada de alivio y miedo, junto a otras emociones que no consigo identificar, empieza a arrastrarme. Pero por suerte la voz de Violet no tarda en devolverme de nuevo a la realidad.

—Me lo encontré en el portal de nuestro edificio, preguntando por ti —me explica. Luego esboza una sonrisa cómplice y tras inclinarse hacia mí susurra en mi oído—: Admito que no es tan descerebrado como pensaba. Y por cómo ha insistido, está claro que le importas de verdad. —La miro sorprendida pero antes de que pueda decir nada ella se aparta se aparta de nuevo y añade—: En fin, os dejo para que podáis hablar.

Mi garganta se seca mientras la sigo con la mirada y sale de la habitación.

Una vez la puerta se cierra Tyler se acerca a la cama, pero se detiene a una distancia prudencial. Al igual que yo parece luchar por encontrar las palabras adecuadas que decir en esta situación.

Poco a poco, la tensión entre nosotros se intensifica hasta que yo soy la que me decido a romper con el silencio.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunto con voz queda—. Que estaba ingresada, quiero decir.

Tyler da un paso hacia mí y niega con la cabeza. Como si todavía no se acabara de creer la forma en que han evolucionado los acontecimientos.

—Lo he sospechado cuando Drew ha mencionado que Halley te vio en el hospital —confiesa—. Ese día me dijiste que estabas en casa descansando, así que al descubrir que me habías mentido he tenido un mal presentimiento. Luego me he presentado en tu casa y ya sabes el resto… —Suspira y tras bajar la cabeza curva sus labios en una sonrisa triste—. Tu amiga es de armas tomar, por cierto. Si no fuera por ella los de la recepción no me habrían dejado entrar.

Quiero sonreír ante su comentario, pero sinceramente me siento incapaz. La culpa y el vacío que siento por dentro no me dejan reaccionar de otra forma.

Bajo la mirada incapaz de sostener la suya por más tiempo y con un hilo de voz digo:

—No tendrías que haber venido.

Tyler suelta un resoplido de frustración y cuando lo miro de nuevo puedo ver la incredulidad ardiendo en sus ojos.

—Joder, Ava... ¿De verdad crees que podía quedarme de brazos cruzados cuando tú estabas pasando por esto? —Lanza su pregunta con voz dura, pero cargada de emociones contenidas, y al no recibir repuesta por mi parte, traga saliva de forma visible y añade—: ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Porque me dejaste fuera de esto? ¿Es que no confías en mí?

Bajo la mirada sintiendo como las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos y murmuro:

—No es eso, Tyler. Claro que confío en ti. Siempre lo he hecho.

—¿Entonces por qué? —Clava sus ojos en los míos y el dolor que veo en ellos me golpea con fuerza.

El nudo que siento en la garganta se intensifica, y trago saliva para atenuarlo, pero aun así las palabras no llegan a mi boca. La verdad es que no sé qué decir. No sé si debería confesarlo todo y enfrentarme a lo que vendrá después, o seguir mintiendo para proteger a Tyler.

Lo peor es que ambas opciones conllevan consecuencias. Para mí. Para él. Para los dos.

—Joder, Ava, contesta… —insiste él apoyando los brazos en la cama—. Te estoy preguntando porque coño decidiste apartarme de tu vida.

Sus palabras entran como un torrente dentro de mí. Un torrente que arrasa con todo lo que he intentado contener. Siento cómo las emociones empiezan a burbujear en mi interior, trepan por mi garganta y…

entonces exploto.

—¡¿Qué por qué?! —suelto, dejando ir todo mi dolor y desesperación—. ¡Mierda, mira cómo estoy, Tyler! ¡Mírame bien! Estoy hecha un puto desastre y esto es lo que me espera el resto de mi vida —espeto—. ¿De verdad quieres estar con alguien así? ¿De verdad quieres pasarte la vida cuidando de alguien cómo yo? ¡No es justo para ti, Tyler! No lo es…

Mi respiración se vuelve errática mientras todo mi cuerpo tiembla, y las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas sin que pueda hacer nada por evitarlo.

Bajo la cabeza porque no quiero que Tyler me vea en este estado tan lamentable, pero él reacciona sentándose en la cama y rodeándome con los brazos.

—Shh, tranquila —murmura junto a mi pelo, con una suavidad que me desarma por completo.

Agito la cabeza y me remuevo en un intento de resistirme, pero sus fuertes brazos no ceden. Y, poco a poco, siento como su familiar calidez empieza a derribar mis barreras.

Entonces todo lo que llevaba guardando durante días explota. Mis lagrimas se convierten en sollozos, mientras mis manos temblorosas se aferran a su camiseta.

A partir de aquí no podría precisar cuánto tiempo pasa. Pero Tyler no se aparta. En su lugar se dedica a acariciar mi espalda y darme besos en la coronilla susurrando palabras tranquilizadoras.

—Estoy aquí, Ava —murmura en un momento dado—. Estoy aquí y no voy a ir a ninguna parte.

Sus palabras y su calidez actúan como un bálsamo que me envuelve por completo, y a medida que el tiempo pasa mis sollozos se van apaciguando hasta convertirse en pequeños suspiros entrecortados.

Me quedo abrazada a él unos segundos más, en parte porque una parte de mi tiene miedo de que al soltarle desaparezca, hasta que él coloca sus manos en mis hombros y me aparta un poco para que le mire.

Para mi alivio no hay reproche en sus ojos sino una mezcla de alivio, cariño y determinación.

—Escúchame bien, Ava —murmura—. No quiero que vuelvas a pensar que eres una carga para mí porque no lo eres. Ni ahora ni nunca.

Sacudo la cabeza.

—Sí que lo soy. Puede que no lo pienses ahora porque llevamos poco tiempo juntos, pero lo seré y lo sabes. —Mi voz tiembla cargada de esa certeza dolorosa y tengo que tragar saliva antes de continuar—. El trasplante de corazón me salvó la vida, sí, pero nunca voy a estar completamente bien. Siempre habrá revisiones, riesgos y momentos como este. Mi cuerpo no es como el de la mayoría de la gente.

—¿Crees que no lo sé? —suelta de repente Tyler—. Cuando me explicaste lo de tu trasplante de corazón, investigué sobre el tema porque quería saber todo lo que habías vivido, lo que habías tenido que enfrentar. Y presamente por eso, no puede evitar sentirme más atraído hacia ti. —Su pulgar acaricia mi mejilla con ternura—. No solo eres una chica que ha pasado por mucho. Eres fuerte y valiente, y creo que tienes más vida dentro de ti que cualquier persona que haya conocido.

—¿Hablas en serio? —pregunto con voz rota.

—Sí, eres increíble, Ava. Lo mejor que me ha pasado. Y bueno, vale, sé que habrá momentos difíciles, la vida es así. Pero quiero enfrentarlos contigo. Así que ni se te ocurra volver a apartarme, ¿me oyes? —Atrapa una lágrima que se acaba de deslizar por mi mejilla y sonríe—. Además, tenemos un trato pendiente, ¿recuerdas? Me dijiste que me ayudarías con el jardín, y ni siquiera hemos llegado a plantar las semillas.

Dejo escapar una risa ahogada.

—¿Me estás chantajeando con la jardinería?

—Exactamente. —La sonrisa se vuelve juguetona mientras acerca su rostro al mío—. ¿Funciona?

Mi corazón empieza a latir con fuerza. Por supuesto que funciona. Funciona a la perfección,

y más teniendo en cuenta que su encantadora sonrisa está implicada en ello.

—Ummm, no lo sé… —le contesto con fingida duda—. Quizá deberías hacer algo más para convencerme.

Tyler suelta una risa grave que retumba en el fondo de mi ser.

—Vale, ¿qué te parece esto?

Antes de que pueda reaccionar, acorta la distancia entre nosotros y me besa.

Su boca atrapa la mía con una necesidad que me deja sin aliento, y yo respondo de la misma manera. Es un beso, profundo y desesperado. Como si fuera la única forma de demostrar todo lo que hemos callado, todo lo que hemos sufrido estos días. Me pierdo en Tyler, en el sabor familiar de sus labios, en lo bien que encajamos.

Y cuando finalmente nos separamos no puedo evitar que mi respiración y mi corazón estén completamente acelerados, pero en el buen sentido de la palabra.

—¿Qué tal? —murmura él con su pecho subiendo y bajando al mismo compás que el mío—. ¿Estás ya convencida de que soy el hombre de tu vida?

Deslizo la mirada por su rostro y sonrío con suavidad.

—Eso no lo he dudado nunca.

—Genial, porque no pensaba aceptar otra respuesta.

Sus labios se curvan en una sonrisa traviesa, y esta vez soy yo la que acorta la distancia y lo beso.

Epílogo

Ava

Seis meses después

Una suave brisa de mediados de septiembre me acaricia el rostro mientras observo nuestro jardín.

En primavera plantamos los girasoles, y ahora están en su mejor momento, con sus cabezas doradas inclinadas hacia el sol de primera hora. Es increíble cómo, gracias a nosotros, una parcela vacía se ha convertido en esta maravilla. Más que un jardín particular parece un pequeño campo de flores, y es una gozada que podamos disfrutar de esto sin salir prácticamente de casa.

Sonrío y deslizo los dedos por uno de los pétalos justo cuando dos brazos fuertes me rodean por detrás.

—Buenos días —murmura con voz suave junto a mi oído—. No está mal para ser nuestra primera cosecha, ¿verdad?

—Para nada —respondo, girando el cuello para darle un beso, y tras preguntarle cómo ha dormido, me apoyo en su pecho para volver a admirar nuestra pequeña creación.

Permanecemos unos minutos en silencio, disfrutando de la tranquilidad de la mañana, hasta que me fijo en que hay varios pétalos desperdigados por el suelo. No puedo evitar pensar que, tarde o temprano, las flores se marchitarán, en lo efímera que es su vida.

—Ojalá los girasoles se quedaran así para siempre —digo dando voz a mis pensamientos.

Tyler se ríe contra mi pelo.

—¿Qué pasa? ¿Ya estás cansada de cavar y remover tierra o qué? —bromea—. Y yo que pensaba que aguantarías hasta la segunda temporada…

Me giro para mirarlo y le doy un leve empujón que él recibe ampliando su sonrisa.

—No es eso —respondo—. Solo lo digo porque me da pena que se marchiten.

La sonrisa de Tyler se suaviza antes de que me ponga una mano en la cintura y me atraiga de nuevo hacia él.

—Sí, es una pena —admite con un suspiro—. Pero eso no significa que sea su final. Cuando llegue el momento, los recogeremos, guardaremos las semillas y, en la próxima primavera, volveremos a plantar. —Hace una pausa con la vista puesta en el jardín—. Puede que no sean exactamente los mismos, pero algo perdurará. Como solía decir mi madre, cuando las cosas buenas se van, siempre dejan algo detrás.

Una sonrisa ligera aparece en mis labios.

—Tu madre era una mujer muy sabia —le contesto mientras sus palabras se asientan en mi pecho con una calidez inesperada—. Y tienes razón, sí, los girasoles volverán a crecer, porque, aunque su tiempo termine, su esencia permanece en las semillas.

—Exacto.

Miro una vez más hacia el jardín y entonces llego a la conclusión de que no se trata solo de lo que dejan atrás, sino lo que hacen cuando están aquí.

Ahí reside su verdadera fuerza.

—Y lo mejor de todo —continúo, sintiendo cómo todo encaja—, es que mientras están aquí, brillan con todo lo que tienen. No se preocupan por cuánto tiempo durarán, solo aprovechan cada día de sol.

Me separo de Tyler y me agacho para coger uno de los pétalos entre mis dedos. Lo sostengo con cuidado, recorriendo su textura. A simple vista parece frágil, pero en realidad no lo es. Es mucho más fuerte de lo que parece y…

lo mismo se podría decir de mi yo actual.

Porque ahora mis miedos y limitaciones ya no definen quién soy, sino lo que elijo hacer a pesar de ellos. Mi cuerpo tiene sus propias reglas, sí. Mi salud me obliga a ser más cuidadosa, a no dar nada por sentado. Pero ya no lo veo como una condena, sino como un recordatorio de que estoy aquí. De que sigo aquí. Y mientras lo esté voy a vivir sin reservas.

Yo también quiero brillar y mirar al sol, y voy a hacerlo con Tyler a mi lado.

—Supongo que de algún modo yo también soy como un girasol —concluyo dejando que el pétalo se funda con la brisa—. Solo quiero aprovechar el tiempo que tengo. No dejar que el miedo me impida florecer.

Me vuelvo hacia Tyler y compartimos una sonrisa. Una sonrisa de esas que dicen más que cualquier palabra. La certeza de que ambos estamos justo donde queremos estar.

—Eso es lo que quería oír —murmura entonces él colocándome un mechón detrás de la oreja—. Que no vas a dejar que nada te impida brillar. —Una vez dice esto me atrae hacia sí, acerca sus labios a mi oído y susurra—: La cuestión ahora es… ¿Cómo quieres aprovechar tu tiempo en este preciso instante?

Un escalofrío de excitación me recorre la espalda porque ya sé hacia dónde se dirige su pregunta. Pero aun así decido hacerme un poco la tonta.

—Pues debería ponerme en marcha para empezar el día —digo estirándome, como si no notara su proximidad—. Tengo muchas cosas que hacer.

Tyler alza una ceja, divertido.

—¿En serio? ¿En domingo?

—Sí, bueno… Recuerda que ha nacido la hija de Drew y Halley. Deberíamos pasar por el hospital para darles la enhorabuena.

—Lo sé, pero eso puede esperar unas horas. Drew me dijo que fuéramos cuando quisiéramos.

Me muerdo el labio y ladeo la cabeza.

—También tengo pensado trabajar en mi nueva receta.

Tyler hace un gesto de reprobación.

—Ava, sabes que soy el primero en apoyar tus ganas de trabajar, pero hoy no es día para eso.

—¿Ah, no? ¿Y qué clase de día es entonces?

—Pues… uno en el que ninguno de los dos tiene nada urgente que hacer salvo disfrutar —me dedica una sonrisa pícara y ahí ya sé que ha ganado la batalla.

Porque desde que abrí mi propio negocio de repostería gracias al empuje de Tyler, ya no tengo que trabajar los domingos. Ahora soy dueña de mi tiempo. Y a Tyler tampoco puedo buscarle ninguna excusa. Ha vuelto a entrenar de forma habitual y en unas semanas jugará de nuevo como *quarterback* titular. Pero como estamos fuera de temporada hoy no tiene ninguna obligación.

—Así que dime —añade sacándome de mis pensamientos—. ¿Realmente prefieres ponerte a hornear, antes de descubrir cuantas veces puedo hacer que te corras?

Nada más decir estas palabras, desliza una de sus manos entre nosotros y empieza a dibujar círculos sobre mi centro de placer.

Un jadeo entrecortado escapa de mi garganta.

Hemos explorado muchos rincones de la casa para nuestros encuentros, pero el jardín aún no formaba parte de la lista. Y por alguna razón el hecho de imaginarnos haciendo el amor aquí fuera, me excita y altera a partes iguales.

No por el hecho de que nos puedan ver, ya que su casa está muy apartada de las demás, sino por todo lo que este jardín significa para él. Lo que significa para nosotros.

—Tyler… —susurro con voz queda.

—Shh… no gastes energía, la vas a necesitar.

Sigue acariciándome mientras siento cómo mi ropa interior se humedece, hasta que se aparta un poco y se quita la camiseta del pijama.

Acto seguido, la extiende sobre la hierba y, tras dirigirme una mirada cargada de deseo, añade:

—Aquí… Quiero follarte aquí.

El corazón empieza a martillearme con fuerza en el pecho.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más seguro de algo en mi vida —contesta.

Y antes de que pueda precisar lo que está pasando, ya estoy tumbada sobre su camiseta con él encima de mí.

El cielo se extiende ante nosotros, despejado e inmenso, pero ahora mismo solo puedo concentrarme en Tyler y en el placer que me hace sentir.

No tardamos mucho en estar completamente unidos, su piel ardiente contra la mía, la hierba fresca bajo mi espalda y los girasoles meciéndose a nuestro alrededor.

Cada embestida de Tyler me conecta más con la naturaleza y al mismo tiempo me eleva. Es salvaje e íntimo y me hace sentir como si estuviera completamente conectada con todo.

Con él. Con la tierra bajo nosotros. Con la vida misma.

El aire se llena con el sonido de nuestros jadeos, de nuestros cuerpos chocando, de nuestros besos.

Y cuando el placer se apodera de mi cuerpo, y todo estalla en una explosión de sensaciones, lo único que puedo pensar es en lo increíblemente maravillosa que es la vida.

Y no veo el momento de experimentar todo lo que tiene que ofrecer.

Junto a Tyler: mi *coach* del amor, mi amigo, mi amante, mi alma gemela…

El hombre de mi vida.

Mis otras novelas

¡Hola, soy Amber!

Muchas gracias por leer esta historia. Tu apoyo significa muchísimo para mí**.** Si te ha gustado, no olvides dejar tu valoración, eso me ayuda a seguir escribiendo.

Estos son mis otros libros disponibles en Amazon:

—Serie Futbolistas de Boston

Mi futbolista prohibido: Leer aquí

—Novelas independientes

No te acerques a Ward: Leer aquí

Futuras publicaciones

Sígueme en mis redes para no perderte ninguna de mis novedades:

Instagram: https://www.instagram.com/amberkingautora/

Facebook: https://www.facebook.com/amberkingautora/

Página de autor de Amazon:
https://www.amazon.es/Amber-King/e/B09WKSPWW7/